



Colección
Clásicos del pensamiento

Director
Antonio Truyol y Serra

Giuseppe Mazzini

Diseño de cubierta:
Joaquín Gallego

Pensamientos sobre la democracia en Europa y otros escritos

Estudio preliminar, traducción y notas de ISABEL
MARÍA PASCUAL SASTRE

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Estudio preliminar, traducción
y notas, © ISABEL MARÍA PASCUAL SASTRE, 2004
© EDITORIAL TECNOS (GRUPO ANAYA, S.A.), 2004
Juan Ignacio Lúea de Tena, 15 - 28027 MADRID
Maquetación: Grupo Anaya
ISBN: 84-309-4102-9 Depósito Legal: M-16770-2004

Printed in Spain. Impreso en España por Fernández Ciudad

LOS DEBERES DEL HOMBRE

A LOS OBREROS ITALIANOS

A vosotros, hijos e hijas del pueblo, os dedico este librito, en el que he consignado los principios en cuyo nombre y en virtud de los cuales, si queréis, cumpliréis vuestra misión en Italia; misión de progreso republicano para todos y de emancipación para vosotros. Quienes favorecidos por las circunstancias o por la inteligencia, pueden adentrarse más fácilmente en la comprensión de esos principios, que los expliquen y los comenten a los demás, con tanto amor como el que yo sentía escribiendo, al pensar en vosotros, en vuestros dolores, en vuestras íntegras aspiraciones, en la nueva vida que infundiréis a la Patria italiana, una vez superada la injusta desigualdad, funesta para vuestras facultades.

Yo os amo desde mis primeros años. El instinto republicano de mi madre me enseñó a buscar en mis semejantes al *hombre*, no al rico ni al poderoso; y la inconsciente y sencilla virtud paterna me educó a admirar, más que la vanidosa y afectada sabiduría mediocre, la tácita e inadvertida virtud del sacrificio que a

menudo hay en vosotros. Más tarde, de nuestra Historia aprendí que la verdadera vida de Italia es vida de pueblo; que el trabajo lento de los siglos siempre ha tendido —en medio del choque de las distintas razas, y de las transformaciones superficiales y pasajeras ocasionadas por las usurpaciones y conquistas— a preparar la gran Unidad Democrática Nacional. Y entonces, hace treinta años, me entregué a vosotros.

Vi que la Patria, la Patria Una, integrada por hombres iguales y libres, no saldría de una aristocracia que, entre nosotros, no tuvo nunca una vida colectiva ni tomó la iniciativa; ni de la Monarquía que, entre nosotros, no logró introducirse hasta el siglo XVI siguiendo las huellas del extranjero y sin misión propia, sin idea de Unidad ni de emancipación; sino que sólo brotaría del pueblo de Italia, y lo dije. Vi que vosotros necesitabais substraeros del yugo del *salario* y, con la libre *asociación*, poco a poco hacer al Trabajo dueño del suelo y de los capitales de Italia y, antes que el *socialismo* de las sectas francesas viniera a enturbiar la cuestión, lo dije. Vi que Italia, tal como nuestras almas la presienten, no existiría más que cuando una Ley Moral, reconocida y superior a todos los que se colocan como intermediarios entre Dios y el Pueblo, hubiera subvertido la base de toda autoridad tiránica, el Papado, y lo dije.

Y, por más locas acusaciones, calumnias y burlas que me lanzaron, jamás os traicioné ni a vosotros ni vuestra causa, ni abandoné la bandera del futuro, cuando incluso vosotros mismos, desviados por enseñanzas de hombres idólatras más que *creyentes*, me abandonasteis por quien, después de haber traficado con vuestra sangre, retiraba su mirada de vosotros. El vigoroso y sincero estrechar de manos que recibí de algunos de

los mejores de entre vosotros, hijas e hijos del pueblo, me consoló del abandono de otros y de muchas amarguísimas desilusiones vertidas sobre mi alma por hombres que yo también amaba y que habían declarado públicamente que me amaban. Me quedan pocos años de vida, mas nada de lo que ocurra hasta mis últimos días podrá violar el pacto concluido por esos pocos conmigo; y quizás el pacto les sobreviva.

Pensad en mí, como yo pienso en vosotros. Hermanémonos en el afecto a la Patria. Especialmente en vosotros está el elemento constitutivo de su futuro. No conseguiréis fundar este porvenir de la Patria y vuestro sino es liberándoos de dos plagas que hoy desgraciadamente contaminan, espero que por poco tiempo, a las clases más acomodadas y amenazan con desviar el progreso italiano: el *Maquiavelismo* y el *Materialismo*. El primero, camuflaje mezquino de la ciencia de un Grande desgraciado, os aleja del amor y de la adoración sincera y lealmente audaz a la Verdad. El segundo os arrastra inevitablemente, con el culto a los *intereses*, al egoísmo y a la anarquía.

Debéis adorar a Dios para substraeros a la arbitrariedad y a la prepotencia de los hombres. Y en la guerra que se combate entre el Bien y el Mal, debéis unir vuestro nombre a la bandera del Bien y perseguir sin tregua el Mal, rechazando todo estandarte dudoso, toda transacción cobarde, toda hipocresía de jefes que buscan contemporizar con ambos. En la vía del Bien, me tendréis como compañero mientras viva.

Y como a menudo esas dos Mentiras se os presentan con apariencia seductora y con la fascinación de unas esperanzas que sólo el culto a Dios y a la Verdad os puede convertir en *hechos*, he creído mi deber escribir este

librito para preveniros. Os amo demasiado para adular vuestras pasiones o para acariciar los sueños dorados con los que otro intenta conseguir vuestro favor. Mi voz puede parecer severa y demasiado insistente al enseñaros la necesidad del sacrificio y de la virtud para los demás. Pero yo sé, y vosotros —buenos y no corrompidos por falsa ciencia ni por la riqueza— comprenderéis dentro de poco, que cada uno de vuestros *derechos* no puede ser fruto más que de un *deber* cumplido.

Adiós. Consideradme ahora y siempre vuestro hermano.

GIUSEPPE MAZZINI

23 de abril de 1860.

INTRODUCCION

Quiero hablaros de vuestros deberes. Quiero hablaros, como el corazón nos dicta, de las cosas más santas que conocemos, de Dios, de la Humanidad, de la Patria, de la Familia. Escuchadme con amor, al igual que yo os hablaré con amor. Mi palabra es palabra de convicción madurada a través de largos años de dolores, de observaciones y de estudios. Los deberes que os indico, intento e intentaré cumplirlos mientras viva, en la medida que mis fuerzas me lo permitan. Puedo equivocarme, pero no intencionadamente. Puedo engañarme, pero no engañaros. Por tanto, escuchadme de forma fraterna; juzgad libremente por vosotros mismos si os parece que os digo la verdad; abandonadme si os parece que predico el error; mas seguidme, y obrad según mis enseñanzas, si me consideráis apóstol de la verdad. El error es una desgracia de la que hay que lamentarse; pero conocer la verdad y no adecuar las acciones a ella es un delito que el cielo y la tierra condenan.

¿Por qué os hablo de vuestros *deberes* antes de hablaros de vuestros *derechos*? ¿Por qué, en una sociedad donde todos, voluntaria o involuntariamente, os oprimen, donde el ejercicio de todos los derechos que pertenecen al hombre os es secuestrado constantemente, donde todas las desgracias son para vosotros, y lo que se llama felicidad es para los hombres de otras clases, os hablo de *sacrificio*, y no de *conquista*, de virtud, de mejora moral, de educación y no de *bienestar* material? Ésta es una cuestión que debo aclarar antes de seguir adelante, porque precisamente en esto radica la diferencia entre nuestra escuela y muchas otras que predicán hoy en Europa; y, además, porque ésta es una pregunta que brota fácilmente del alma irritada del obrero que sufre.

Somos pobres, esclavos, infelices; habladnos de mejoras materiales, de libertad, de felicidad. Decidnos si estamos condenados a sufrir siempre o si también nosotros debemos gozar. Predicad el Deber a nuestros señores, a las clases que están por encima de nosotros y que, tratándonos como máquinas, monopolizan los bienes que pertenecen a todos. A nosotros, habladnos de derechos; habladnos de las formas de reivindicarlos; hablad de nuestra fuerza. Permitid que se reconozca nuestra existencia; nos hablaréis entonces de deberes y de sacrificio. Así dicen muchos entre nuestros obreros, y siguen doctrinas y asociaciones que concuerdan con sus deseos, no olvidando más que una cosa: que este lenguaje se ha mantenido desde hace cincuenta años sin haber producido la más mínima mejora material en la condición de los obreros.

Desde hace cincuenta años¹, todo lo que se ha realizado para el progreso y para el bien contra los go-

biernos absolutos y contra la aristocracia de sangre, se ha obrado en nombre de los Derechos del hombre, en nombre de la libertad como medio y del *bienestar* como fin de la vida. Todos los actos de la Revolución francesa, y de las otras que la siguieron y la imitaron, fueron .a consecuencia de una *Declaración de los Derechos del hombre*. Todos los trabajos de los Filósofos que la prepararon se fundaban en una teoría de libertad y en la enseñanza a cada individuo de sus propios derechos. Todas las escuelas revolucionarias predicaron al hombre que ha nacido para la felicidad, que tiene derecho a buscarla por todos los medios, que nadie tiene derecho a impedirle esa búsqueda, y que tiene el derecho a derribar los obstáculos encontrados en su camino. Y los obstáculos fueron derribados, la libertad fue conquistada y duró años en muchos países; en algunos dura todavía. ¿Ha mejorado acaso la condición *del pueblo*? Los millones de hombres que viven al día del trabajo de sus brazos, ¿han adquirido quizás una mínima parte del *bienestar* esperado y prometido?

No, la condición del pueblo no ha mejorado; es más, ha empeorado y empeora en casi todos los países, y especialmente aquí donde yo escribo². El precio de las cosas necesarias para la vida ha ido aumentando progresivamente, el salario del obrero en muchos ramos de actividad ha ido disminuyendo progresivamente, y la población multiplicándose. En casi todos los países, la suerte de los trabajadores se ha hecho más incierta, más precaria; las crisis que condenan a millares de obreros a la inercia por un cierto tiempo se han hecho más frecuentes. El crecimiento anual de las emigraciones de

² Gran Bretaña

¹ 1810-1860

país a país, y de Europa a otras partes del mundo, y la cifra siempre creciente de los institutos de beneficencia, de las tasas en favor de los pobres, y de las medidas para la mendicidad, bastan para probarlo. Estas últimas prueban también que la atención pública va despertándose cada vez más hacia los males del pueblo; pero su ineficacia para disminuir visiblemente aquellos males, demuestra un aumento de miseria igualmente progresivo en las clases a las que se busca atender.

Sin embargo, en estos últimos cincuenta años, las fuentes de la riqueza social y la masa de los bienes materiales han ido creciendo. La producción se ha doblado. El comercio, a través de continuas crisis, inevitables ante la ausencia absoluta de una organización, ha conquistado una actividad más intensa y una esfera más vasta para sus operaciones. Casi por todo, las comunicaciones han adquirido seguridad y rapidez, y disminuido, por tanto, con el precio del transporte el precio de las mercancías. Y, por otra parte, la idea de los derechos inherentes a la naturaleza humana ya es aceptada en general. Aceptada de palabra e hipócritamente también por quien busca eludirla de hecho. Entonces, ¿por qué la condición del pueblo no ha mejorado? ¿Por qué el consumo de los productos, en lugar de repartirse de forma equitativa entre todos los miembros de las sociedades europeas, se ha concentrado en manos de pocos hombres pertenecientes a una nueva aristocracia³? ¿Por qué el nuevo impulso infundido a la industria y al comercio ha creado, no el *bienestar* de la mayoría, sino el lujo de algunos?

La respuesta es clara para quien quiera profundizar un poco en las cosas. Los hombres son criaturas de edu-

cación y no actúan sino en función del principio educativo que les es dado. Los hombres que promovieron las revoluciones anteriores se habían fundado en la idea de los *derechos* pertenecientes al individuo. Las revoluciones conquistaron la libertad: libertad individual, libertad de enseñanza, libertad de creencias, libertad de comercio, libertad en todos los ámbitos y para todos. Pero ¿qué importaban los derechos reconocidos a quien no tenía los medios para ejercerlos?, ¿qué importaba la libertad de enseñanza a quien no tenía ni tiempo, ni medios para aprovecharse de ella?, ¿qué importaba la libertad de comercio a quien no tenía cosa alguna con la que comerciar, ni capitales, ni crédito?

La sociedad se componía, en todos los países en donde aquellos principios fueron proclamados, de un pequeño número de individuos en posesión de la tierra, el crédito y los capitales, y de vastas multitudes de hombres que no tenían más que sus propios brazos, forzados a darlos sin poner condiciones, como instrumentos de trabajo, a ese pequeño grupo para vivir. Forzados a dedicar la jornada entera a fatigas físicas monótonas, ¿qué era para ellos la libertad, obligados a combatir el hambre, sino una ilusión, una amarga ironía? Para que no lo fuera, habría sido necesario que los hombres de las clases acomodadas hubiesen consentido en reducir el tiempo de trabajo, en aumentar la retribución, en proporcionar una educación uniforme y gratuita a las muchedumbres, en hacer que los instrumentos de trabajo fueran accesibles a todos, en constituir un crédito para el trabajador dotado de facultades y buenas intenciones.

Pues bien, ¿por qué iban a hacerlo? ¿No era el *bienestar* el fin supremo de la vida? ¿No eran los bienes materiales más deseables que cualquier otra cosa? ¿Por

³ En referencia a la burguesía.

qué disminuir su disfrute en beneficio ajeno? Por tanto, quien pueda que se ayude a sí mismo. Cuando la sociedad asegura a todo el que puede el ejercicio libre de los derechos que pertenecen a toda la naturaleza humana, hace cuanto se le pide que haga. Si hay quien, por fatalidad de su propia condición, no puede ejercer ningún derecho, que se resigne y no culpe a nadie. Era natural que dijeran esto, y de hecho dijeron esto. Y este pensamiento de las clases privilegiadas en su fortuna respecto a las clases pobres, se convirtió rápidamente en pensamiento de todo individuo hacia todo individuo. Cada hombre se cuidó de sus propios derechos y de la mejora de su propia condición, sin intentar atender a los ajenos; y cuando sus propios derechos se hallaron en conflicto con los de los demás, fue la guerra. Guerra no de sangre, sino de oro y de insidias; guerra menos viril que la otra, pero igualmente desastrosa; guerra encarnizada en la que los fuertes en cuanto a medios aplastan inexorablemente a los débiles o a los inexpertos. En esta guerra continua, los hombres se educaron en el egoísmo y en la avidez de los bienes exclusivamente materiales. La libertad de creencia rompió toda comunión de fe. La libertad de educación generó la anarquía moral. Los hombres, sin vínculo común, sin unidad de creencia religiosa ni de fin, llamados al disfrute y a nada más, intentaron cada uno su propia vía, sin preocuparse si caminando por ella pisaban las cabezas de sus hermanos, hermanos de nombre y enemigos de hecho. A esto hemos llegado hoy, gracias a la teoría de los *derechos*.

Es cierto, existen derechos; pero, donde los derechos de un individuo entran en conflicto con los de otro, ¿cómo esperar que se concilien y ponerlos en armonía, sin recurrir a algo superior a todos los derechos? Y donde

los derechos de un individuo, de muchos individuos, entran en conflicto con los derechos del país, ¿a qué tribunal recurrir? Si el derecho al *bienestar*, al mayor *bienestar* posible, corresponde a todos los vivientes, ¿quién resolverá la cuestión entre el obrero y el propietario de las manufacturas? Si el derecho a la existencia es el primer derecho inviolable de todo hombre, ¿quién puede ordenar el sacrificio de la propia existencia para la mejora de otros hombres? ¿Lo mandaréis en nombre de la Patria, de la Sociedad, de la multitud de hermanos vuestros? ¿Qué es la Patria, en favor de la cual yo hablo, sino el lugar en que nuestros derechos individuales están más seguros? ¿Qué es la Sociedad, sino una reunión de hombres, que han pactado poner la fuerza de *muchos* en apoyo de los derechos de *cada uno*?

Y vosotros, después de haber enseñado durante cincuenta años al individuo que la Sociedad está constituida para *asegurarle el ejercicio de sus derechos*, ¿queréis pedirle que los sacrifique todos a la Sociedad, y si es necesario que se someta a continuas fatigas, a la prisión, al exilio, para mejorarla? Después de haberle predicado a todas horas que el fin de la vida es el *bienestar*, ¿queréis de repente ordenarle que pierda el *bienestar* y la vida misma para liberar al propio país del extranjero, o para conseguir proporcionar condiciones mejores a una clase que no es la suya? Después de haberle hablado durante años en nombre de los *intereses materiales*, ¿pretendéis que, hallando ante sí riqueza y fuerza, no extienda su mano para cogerlas, incluso en perjuicio de sus hermanos?

Obreros italianos, ésta no es una idea que nos ha venido a la mente sin el apoyo de hechos; es historia, historia de nuestros tiempos, historia cuyas páginas

destilan sangre, y sangre de pueblo. Interrogad a todos los hombres que transformaron la revolución de 1830 en una substitución de unas personas por otras y, por ejemplo, hicieron de los cadáveres de vuestros compañeros de Francia, muertos combatiendo en las tres jornadas, un escabel para su propia fuerza. Todas sus doctrinas, antes de 1830, estaban fundadas en la vieja idea de los *derechos*, no en la creencia en los *deberes* del hombre. Hoy les llamáis traidores y apóstatas, y fueron consecuentes con su doctrina. Combatían con sinceridad el gobierno de Carlos X, porque aquel gobierno era enemigo directo de la clase de la que salían, y violaba y tendía a suprimir sus derechos. Combatían en nombre del *bienestar* que ellos no poseían en la medida que consideraban merecer. Algunos eran perseguidos en la libertad de pensamiento; otros, inteligencias portentosas, se veían ninguneados, alejados de empleos que ocupaban hombres de capacidad inferior a la suya. En aquellos tiempos, también los males del pueblo les irritaban. Entonces escribían con audacia y de buena fe en torno a los derechos que pertenecen a todo hombre. Después, cuando *sus* derechos políticos e intelectuales se hallaron asegurados, cuando el camino hacia esos empleos les fue abierto, cuando hubieron conquistado el *bienestar* que buscaban, olvidaron al pueblo, olvidaron que los millones de hombres, inferiores a ellos en educación y en aspiraciones, buscaban el ejercicio de otros *derechos* y la conquista de otro *bienestar*; tranquilizaron su conciencia y no se ocuparon de nadie más que de sí mismos. ¿Por qué los llamáis traidores?, ¿por qué no llamáis, en cambio, traidora a su doctrina?

Vivía y escribía entonces en Francia un hombre que no debéis olvidar, de inteligencia más preclara que la

de todos ellos. Entonces era enemigo nuestro, pero creía en el Deber: en el *deber* de sacrificar la existencia entera a favor del bien común, de la búsqueda y el triunfo de la verdad. Estudiaba con atención a los hombres y los tiempos; no se dejaba seducir por los aplausos, ni abatir por las desilusiones; intentada y fallida una vía, reintentaba a través de otra la mejora de la mayoría. Y cuando el cambio de los tiempos le mostró un único elemento capaz de realizarla, cuando el pueblo se mostró en la arena más virtuoso y creyente que todos aquellos que habían pretendido tratar su causa, él, Lamennais, el autor de las *Palabras de un creyente*, que todos vosotros habéis leído, se convirtió en el mejor apóstol de la causa en la que somos hermanos. En él y en los hombres de los que os he hablado está representada la diferencia entre los hombres de los *derechos* y los del *Deber*. A los primeros, la conquista de sus derechos individuales, eliminando todo empuje, basta para detenerles; en cambio, el trabajo de los segundos no se detiene aquí en la tierra más que con la muerte.

Y entre los pueblos completamente esclavos, donde la lucha tiene otros peligros, donde todo paso que se da en favor del bien está marcado por la sangre de un mártir, donde el trabajo contra la injusticia dominadora es necesariamente secreto y carece de los consuelos de la notoriedad y de la alabanza, ¿qué obligación, qué estímulo a la constancia puede mantener en la vía del bien a los hombres que reducen la santa guerra social que nosotros sostenemos a un combate por sus *derechos*? Entiéndase que hablo de la generalidad, y no de las excepciones que existen en todas las doctrinas. Calmado el tumulto de los espíritus y el movimiento de reacción contra la tiranía que arrastra naturalmente a la lucha a

la juventud, después de algunos años de esfuerzos, después de desilusiones inevitables en semejante empresa, ¿por qué esos hombres no se cansarían? ¿Por qué no preferirían el reposo a una vida inquieta, agitada por enfrentamientos y peligros, que puede acabar un día u otro en una prisión, en el patíbulo o en el exilio? Ésta es la historia desgraciadamente de la mayoría de los italianos de hoy, embebidos como están en las viejas ideas francesas. Tristísima historia, pero ¿cómo interrumpirla si no es transformando el principio del que parten? ¿Cómo y en nombre de quién convencerles de que el peligro y las desilusiones deben hacerles más fuertes, que tienen que combatir no algunos años, sino toda su vida? ¿Quién puede decir a un hombre: *continúa luchando por tus derechos*, cuando luchar por ellos le cuesta más caro que abandonarlos?

¿Y quién puede, incluso en una sociedad constituida sobre bases más justas que las actuales, convencer a un hombre fundado únicamente en la teoría de los *derechos* de que tiene que mantenerse en el camino común y ocuparse de desarrollar el pensamiento social? Imaginad que se rebela, imaginad que se siente fuerte y os dice: *rompo el pacto social. Mis inclinaciones y mis facultades me llaman a otro lugar; tengo el derecho sagrado e inviolable a desarrollarlas, y me pongo en guerra contra todos*. ¿Qué respuesta podríais darle de acuerdo a su doctrina? ¿Qué derecho tenéis, por ser mayoría, de imponerle obediencia a leyes que no se avienen con sus deseos, con sus aspiraciones individuales? ¿Qué derecho tenéis de castigarlo cuando las viola? Los derechos pertenecen por igual a todo individuo; la convivencia social no puede crear ni uno solo. La Sociedad tiene más fuerza, no más derechos que el

individuo. Entonces, ¿cómo demostraréis al individuo que debe conformar su voluntad a la voluntad de sus hermanos en la Patria y en la Humanidad?, ¿con el verdugo, con la prisión? Las Sociedades que han existido hasta ahora han hecho esto. Pero esto es la guerra y nosotros queremos la paz; es represión tiránica y nosotros queremos educación.

EDUCACIÓN hemos dicho, y es el gran lema que resume toda nuestra doctrina. La cuestión vital que se agita en nuestro siglo es una cuestión de Educación. No se trata de *establecer un nuevo orden de cosas con la violencia*. Un orden de cosas establecido con la violencia es siempre tiránico aun cuando sea mejor que el viejo. Se trata de *derribar con la fuerza la fuerza brutal que se opone hoy a todo intento de mejora*, de proponer a la aprobación de la Nación —puesta en una situación de libertad para expresar su voluntad— el orden que parece mejor, y, con todos los medios posibles, *educar* a los hombres para desarrollarlo y para obrar en consecuencia. Con la teoría de los *derechos* podemos sublevarnos y derribar los obstáculos; pero no fundar la armonía fuerte y duradera de todos los elementos que componen la Nación. Con la teoría de la felicidad, del *bienestar* considerado como primer objetivo de la vida, formaremos hombres egoístas, adoradores de la materia, que trasladarán las viejas pasiones al orden nuevo y lo corromperán pocos meses después.

Se trata, por tanto, de encontrar un principio educador superior a esa teoría que guíe a los hombres hacia lo mejor, que les enseñe la constancia en el sacrificio, que los vincule a sus hermanos sin hacerlos dependientes del pensamiento de uno solo o de la fuerza de todos.

Y este principio es el DEBER. Es necesario convencer a

los hombres de que, hijos todos de un solo Dios, aquí en la tierra tienen que cumplir una sola Ley; que cada uno debe vivir no para sí, sino para los demás; que el fin de su vida no es ser más o menos felices, sino el hacerse mejores a sí mismos y a los demás; que el combatir la injusticia y el error en beneficio de sus hermanos —allí donde se hallare— es no sólo *derecho*, sino *deber*, deber que no puede omitirse sin culpa, deber para toda la vida.

Obreros italianos, ¡hermanos míos!, escuchadme bien. Cuando yo digo que el conocimiento de sus *derechos* no basta a los hombres para realizar una mejora importante y duradera, no pido que renunciéis a estos derechos; digo sólo que no son sino la consecuencia o: deberes cumplidos, y que es necesario comenzar por éstos para llegar a aquéllos. Y cuando digo que proponiendo como fin de la vida *la felicidad*, el *bienestar*, los intereses *materiales*, corremos el riesgo de crear egoístas, no me refiero a que no os debáis ocupar de ello; digo que los intereses materiales buscados a exclusiva, propuestos no como *medios*, sino como fin conducen siempre a ese tristísimo resultado.

Cuando, bajo los Emperadores, los antiguos romanos se limitaban a pedir *pan* y *diversiones* eran la raza más abyecta que darse pueda, y después de haber sufrido la estúpida y feroz tiranía de los Emperadores, cayeron vilmente esclavos de los bárbaros que les invadían. En Francia y en otras partes, los enemigos de todo progreso social han sembrado la corrupción e intentan desviar las mentes de la idea de cambio, fomentando el desarrollo de la actividad material. ¿Y ayudaremos al enemigo con nuestras manos? Las mejoras materiales son esenciales, y lucharemos para conquistármolas. Pero no

porque importe que los hombres estén únicamente bien nutridos y bien alojados; sino porque la conciencia de vuestra dignidad y vuestro desarrollo moral no os pueden llegar mientras estéis, como hoy, en un continuo duelo con la miseria.

Vosotros trabajáis diez o doce horas al día, ¿cómo podéis encontrar *tiempo* para educaros? La mayoría de vosotros gana apenas lo suficiente para sustentarse a sí mismo y a su familia, ¿cómo puede encontrar medios para educarse? La precariedad y las interrupciones en vuestro trabajo os hacen pasar de la excesiva laboriosidad a las costumbres del ocioso, ¿cómo podríais adquirir las tendencias al orden, a la regularidad, a la asiduidad? Vuestra escasa ganancia elimina toda esperanza de un ahorro eficaz, que un día podría resultar útil a vuestros hijos y a los años de vuestra vejez, ¿cómo podríais educaros en hábitos de economía? Muchos entre vosotros son obligados por la miseria a separar a los muchachos, no diremos de los cuidados — ¿qué cuidados educativos pueden dar a sus hijos las pobres madres de los obreros?—, sino del amor y de la mirada de las madres, enviándoles, por unos dineros, a los trabajos nocivos de las manufacturas, ¿cómo pueden, en tal condición, desarrollarse y refinarse los sentimientos de familia? No tenéis derechos de ciudadanos, ni participación alguna en la elección o en el voto de las: leyes que regulan vuestros actos y vuestra vida, ¿cómo podríais tener conciencia de ciudadanos, celo por el Estado y afecto sincero a las leyes? La justicia está desigualmente distribuida entre vosotros y las otras clases, ¿de dónde aprenderíais el respeto y el amor a la justicia? La sociedad os trata sin pizca de simpatía, ¿de donde aprenderíais a simpatizar con la sociedad?

Vosotros, por tanto, necesitáis que cambien vuestras condiciones materiales para que podáis desarrollaros moralmente; tenéis necesidad de trabajar menos para poder consagrar algunas horas de vuestra jornada al progreso de vuestra alma; tenéis necesidad de una retribución por el trabajo que os permita acumular ahorros, tranquilizar vuestro corazón en cuanto al futuro, y purificaros, sobre todo, de todo sentimiento de reacción, de todo impulso de venganza, de toda idea de injusticia hacia quien os fue injusto. De ahí que debáis buscar, y conseguiréis este cambio; pero debéis buscarlo como *medio*, no como *fin*; buscarlo por sentido del *deber*, no únicamente del *derecho*; buscarlo para haceros *mejores*, no sólo para haceros *materialmente* felices. En el caso de que no fuera así, ¿qué diferencia habría entre vosotros y vuestros tiranos? Éstos lo son precisamente porque no miran más que al *bienestar*, al placer y a la fuerza.

Haceros mejores: éste ha de ser el fin de vuestra vida. Vosotros no podéis haceros definitivamente menos infelices si no es mejorando. Los tiranos surgirían a miles entre vosotros si sólo lucharais en nombre de los intereses materiales, o de una cierta organización. Poco importa que cambiéis las organizaciones, si vosotros mismos y los demás permanecéis con las pasiones y el egoísmo de hoy. Las organizaciones son como ciertas plantas que dan veneno o remedios según el trato de quien las cuida. Los hombres buenos hacen buenas las organizaciones malas, los malvados hacen malas a las buenas. Se trata de hacer mejores y convencidas de sus deberes a las clases que hoy, voluntaria o involuntariamente, os oprimen; y no podéis conseguirlo si no es, en la medida de lo posible, comenzando a haceros mejores a vosotros mismos.

Por tanto, cuando oís que los hombres que predicán la necesidad de un cambio social os dicen que ellos lo llevarán a cabo invocando únicamente vuestros *derechos*, agradecedles las buenas intenciones, pero desconfiad de sus logros. Los males del pobre son conocidos, al menos en parte, por las clases acomodadas; *conocidos*, pero no *sentidos*. En la indiferencia general nacida de la falta de una fe común, en el egoísmo, consecuencia inevitable de la predicación continuada durante tantos años del *bienestar* material, los que no sufren se han acostumbrado poco a poco a considerar aquellos males como una triste necesidad del orden social o a dejar a las generaciones futuras la preocupación por su remedio. La dificultad no está en convencerles; está en sacarles de la inercia, en obligarles —cuando estén convencidos— a *actuar*, a asociarse, a hermanarse con vosotros para conquistar la organización social que pondrá fin, en la medida que las condiciones de la Humanidad lo permitan, a vuestros males y a sus terrores. Ahora bien, ésta es la obra de la fe, de la fe en la misión que Dios ha dado a la criatura humana aquí en la Tierra, en la responsabilidad que pesa sobre todos los que no la cumplen, en el deber que impone a cada uno de obrar continuamente conforme a la Verdad y con sacrificio. Todas las Doctrinas posibles de *derechos* y de *bienestar* material sólo podrán conducirlos a tentativas que, si permanecen aisladas y apoyadas únicamente por vuestras fuerzas, no tendrán éxito; y no podrán preparar más que el más grave de los delitos sociales: una guerra civil entre clase y clase. ¡Obreros italianos! ¡Hermanos míos! Cuando Cristo vino y cambió la faz de la Tierra, no habló de los derechos a los ricos, que no tenían necesidad de conquistar-

los; ni a los pobres, que quizás habrían abusado de ellos imitando a los ricos; no habló de ganancias o de intereses a una gente a la que los intereses y las ganancias habían corrompido. Habló de Deber, habló de Amor, de Sacrificio, de Fe. Dijo que *sería el primero entre todos, sólo aquel que hubiera ayudado a todos los demás con sus obras*. Y estas palabras, susurradas al oído de una sociedad que ya no tenía más aliento de vida, la reanimaron, conquistaron a millones de hombres, conquistaron el mundo e hicieron progresar paralelamente la educación del género humano. ¡Obreros italianos! estamos en una época semejante a la de Cristo. Vivimos en una sociedad podrida como lo era la del Imperio romano, con la necesidad en el corazón de reavivarla, de transformarla, de unir a todos los miembros y trabajos en una sola fe, bajo una sola ley, hacia un único fin: el desarrollo libre y progresivo de todas las facultades que Dios ha puesto en germen en su creación. Buscamos que Dios reine en la Tierra como en el Cielo, o mejor, que la Tierra sea una preparación para el Cielo, y la Sociedad un intento de acercamiento progresivo al proyecto divino.

Todo acto de Cristo representaba la fe que predicaba, y en torno suyo había apóstoles que encarnaban en sus actos la fe que habían aceptado. Sed así y venceréis. Predicad el Deber a los hombres de las clases que están por encima de vosotros, y cumplid vuestros deberes en la medida de lo posible; predicad la virtud, el sacrificio y el amor. Expresad valientemente vuestras necesidades y vuestras ideas; pero sin ira, sin reacción, sin amenaza. La amenaza más potente — si alguien tiene necesidad de ella — es la firmeza, no la irritación del lenguaje. Mientras difundís entre vuestros compañeros la idea de su futuro destino, es decir, la idea de una Nación que

les dará nombre, educación, trabajo y retribución proporcionada, conciencia y misión de hombres; mientras infundís en ellos la conciencia de la lucha inevitable a la que deben prepararse para conquistarla contra la fuerza de nuestros malvados gobiernos y del extranjero, buscad instruiros, mejorar, educaros en la plena conciencia y en la práctica de vuestros deberes. Éste es un trabajo imposible para las multitudes en gran parte de Italia. Ningún plan de educación popular puede desarrollarse entre nosotros sin un cambio en las condiciones materiales del pueblo y sin una revolución política. Quien se engaña esperándolo o lo predica como preparativo indispensable a todo intento de emancipación, predica la inercia y no otra cosa. Mas la minoría entre vosotros a quienes las circunstancias les son algo más favorables, y la estancia en países extranjeros les concede medios más libres para educarse, pueden y, por tanto, deben hacerlo. Y los pocos entre vosotros que ya se hallen embebidos de los verdaderos principios de los que depende la educación de un Pueblo, bastarán para difundir esos principios entre miles de hombres, para dirigirles por el buen camino, y para protegerles de los sofismas y de las falsas doctrinas que les acecharán.

II

DIOS

El origen de vuestros DEBERES está en Dios. La definición de vuestros DEBERES está en su Ley. El descubrimiento progresivo y la aplicación de su Ley pertenecen a la Humanidad.

Dios existe. No debemos ni queremos probároslo. Intentarlo nos parecería una blasfemia, igual que negarlo, una locura. Dios existe, porque nosotros existimos. Dios vive en nuestra conciencia, en la conciencia de la Humanidad, en el Universo que nos circunda. Nuestra conciencia lo invoca en los momentos más solemnes de dolor y de alegría. La Humanidad ha podido transformar y pervertir su santo nombre, pero nunca suprimirlo. El universo lo manifiesta con el orden, con la armonía, con la inteligencia de sus movimientos y de sus leyes. No hay ateos entre vosotros; si los hubiera, serían dignos no de maldición, sino de lástima. Quien puede negar a Dios ante una noche estrellada, ante la

sepultura de sus seres más queridos, ante el martirio, es extremadamente infeliz y extremadamente culpable. El primer ateo fue sin ningún lugar a duda un hombre que había ocultado un delito a los otros hombres e intentaba, negando a Dios, liberarse del único testigo a quien no podía esconderlo, y ahogar el remordimiento que lo atormentaba. Quizás fue un tirano que había secuestrado —con la libertad— la mitad del alma a sus hermanos e intentaba que la adoración a la Fuerza bruta substituyera a la fe en el Deber y el Derecho inmortal. Después de él, de siglo en siglo, existieron aquí y allá hombres que por aberración filosófica insinuaron el ateísmo; pero poquísimos y vergonzosos. En momentos no lejanos a nosotros, vinieron multitudes que, por irritación contra una idea de Dios falsa, estúpida y concebida por una casta o por un poder tiránico en beneficio propio, negaron a Dios mismo. Pero fue un instante, y en aquel instante tenían tanta necesidad de Dios que adoraron a la diosa Razón y a la diosa Naturaleza.

Hoy existen hombres que aborrecen toda religión porque ven la corrupción en las creencias actuales y no adivinan la pureza de las del porvenir. Pero ninguno entre ellos osa decirse ateo. Hay sacerdotes que prostituyen el nombre de Dios con cálculos venales o con el terror a los poderosos. Hay tiranos que hacen de él una impostura invocándolo como protector de sus tiranías. Mas, por el hecho de que la luz del sol a menudo nos sea empañada y alterada por sucios vapores, ¿negaremos el sol o el poder vivificador de sus rayos sobre el universo? Por el hecho de que los malvados alguna vez puedan hacer brotar la anarquía de la libertad, ¿maldeciremos la libertad? La fe en Dios brilla con una luz inmortal a través de todas las imposturas y corruptelas

que los hombres acumulan en torno a aquel nombre. Las imposturas y las corruptelas pasan, como pasan las tiranías; Dios permanece, como permanece el *Pueblo*, imagen de Dios sobre la Tierra. Al igual que el Pueblo, a través de la esclavitud, padecimientos y miserias conquista paso a paso conciencia, tuerza y emancipación, así el nombre santo de Dios se levanta de las ruinas de los cultos corruptos para brillar circundado de un culto más puro, más ardiente y más razonable.

Por tanto, no os hablo de Dios para demostrar su existencia, o para deciros que debéis adorarlo. Vosotros lo adoráis, incluso sin nombrarlo, cada vez que *sentís* vuestra *vida* y la *vida* de los seres que tenéis a vuestro alrededor. Lo hago para deciros *cómo* debéis adorarlo, para amonestaros acerca de un error que domina las mentes de muchos hombres de las clases que os dirigen o, a causa del ejemplo de éstos, de muchos de vosotros. Grave y ruinoso error, igual que lo es el ateísmo.

Ese error consiste en separar, de forma más o menos declarada, a Dios de su obra, de la Tierra sobre la que tenéis que transcurrir un período de vuestra vida.

Por un lado, tenéis gente que dice: «Está bien. Dios existe, pero vosotros no podéis más que admitirlo y adorarlo. La relación entre él y los hombres, nadie puede comprenderla ni explicarla. Es una cuestión que debe debatirse entre Dios mismo y vuestra conciencia. Pensad sobre esto lo que queráis, pero no propongáis vuestra creencia a vuestros semejantes; no intentéis aplicarla a las cosas de esta Tierra. La política es una cosa, la religión es otra. No las confundáis. Dejad las cosas del Cielo al poder espiritual establecido, sea cual sea, reservándoos el no creer en él si os parece que traiciona su misión. Dejad que cada uno piense y crea

a su manera; no os debéis ocupar en común más que de las cosas de la Tierra. Materialistas o espiritualistas, ¿creéis en la libertad y en la igualdad de los hombres? ¿Queréis el bienestar para la mayoría? ¿Queréis el sufragio universal? Reuniros para obtener este objetivo; para ello no tenéis por qué poneros de acuerdo sobre las cuestiones que afectan al cielo.»

Por otro lado, tenéis hombres que os dicen: «Dios existe; pero muy grande, demasiado superior a todas las cosas creadas para que podáis esperar alcanzarlo con las obras humanas. La Tierra es fango. La vida es un día. Separaos de la primera lo más que podáis y no deis a la segunda más valor del que merece. ¿Qué son todos los intereses terrenos frente a la vida inmortal de vuestra alma? Pensad en ella y mirad al Cielo. ¿Qué más os da si vivís aquí abajo de un modo u otro? Estáis destinados a morir, y Dios os juzgará de acuerdo con los pensamientos que habréis ofrecido no a la Tierra, sino a Él. ¿Sufrís? Bendecid al Señor que os manda estos padecimientos. La existencia terrena es una prueba. La vuestra es tierra de exilio. Despreciadla y levantaos. En medio de los sufrimientos, de la miseria y de la esclavitud podéis dirigiros a Dios y santificaros en la adoración a Él, en la oración, en la fe en un futuro que os compensará ampliamente, y en el desprecio de las cosas mundanas.»

De los que así os hablan, los primeros no *aman* a Dios; los segundos no le *conocen*.

El hombre es uno, diréis a los primeros. No podéis dividirlo en dos y hacer que esté de acuerdo con vosotros en los principios que deben regular el ordenamiento de la sociedad, cuando a la vez discrepe sobre su origen, sus destinos y su ley de vida aquí abajo. Las religiones go-

bieman el mundo. Cuando los hombres de la India *creían* haber nacido, unos de la cabeza, otros de los brazos y otros de los pies de Brama, Divinidad suya, ordenaban la sociedad según la división de los hombres en castas, asignaban de forma hereditaria a unos el trabajo intelectual, a otros la milicia y a otros las obras serviles, y se condenaban a una inmovilidad que todavía dura y durará hasta que no desaparezca la creencia en ese principio. Cuando los Cristianos declararon al mundo que los hombres eran *todos* hijos de Dios y hermanos en Él, todas las doctrinas de los legisladores y de los filósofos de la antigüedad —que establecían la existencia de dos naturalezas en los hombres— no bastaron para impedir la abolición de la esclavitud y, por consiguiente, un ordenamiento radicalmente distinto en la sociedad. A cada progreso en las creencias religiosas podemos mostraros su correspondiente progreso social en la historia de la Humanidad; a vuestra doctrina de indiferencia en cuestión de religión, no podéis mostrarnos otra consecuencia que la anarquía.

Vosotros habéis podido destruir, nunca fundar; desmentidnos, si podéis. A fuerza de exagerar un principio contenido en el Protestantismo, y que hoy el Protestantismo siente la necesidad de abandonar; a fuerza de deducir todas vuestras ideas únicamente de la independencia del *individuo*, ¿a qué habéis llegado? A la anarquía en el comercio, es decir, a la opresión del débil, a la libertad en el ordenamiento político, es decir, a la burla del débil que no tiene medios, ni tiempo, ni instrucción para ejercer sus propios derechos; al egoísmo en la moral, es decir, al aislamiento y la ruina del débil que no puede ayudarse por sí solo.

En cambio, nosotros queremos Asociación. ¿Cómo obtenerla de forma segura si no es a través de herma-

nos que crean en los mismos principios reguladores, que se unan en la misma fe, que juren por el mismo nombre? Queremos educación. ¿Cómo darla o recibirla si no es en virtud de un principio que contenga la expresión de nuestras creencias sobre el origen, sobre el fin y sobre la ley de vida del hombre en esta Tierra? Queremos educación común. ¿Cómo darla o recibirla sin una fe común? Queremos formar Nación. ¿Cómo conseguirla si no es creyendo en un fin común y en un deber común? ¿Y de dónde podemos deducir un *deber* común si no es de la idea que nos formamos de Dios y de su relación con nosotros? Ciertamente, el sufragio universal es una cosa excelente; es el único medio legal con el que un país puede gobernarse, sin crisis violentas cada cierto tiempo. Mas el sufragio universal, que en un país dominado por una fe común dará la expresión de la inclinación y de la voluntad *nacional*, en un país que carece de creencias comunes, ¿qué podrá expresar sino es el interés de la mayoría numérica y la opresión de los demás? Todas las reformas políticas en cualquier país irreligioso, o despreocupado de la religión, durarán lo que el capricho o el interés de los individuos quieran y no más. La experiencia de los últimos cincuenta años nos ha adocetrinado bastante, en lo que a este punto se refiere.

A los otros que os hablan del *Cielo* desaparejándolo de la *Tierra*, les diréis que cielo y tierra son como el camino y el final del camino, una única cosa. No digáis que la Tierra es fango. La Tierra es de Dios; Dios la creó para que por ella subiéramos a Él. La Tierra no es un lugar de expiación o de tentación. Es el lugar de nuestro trabajo realizado con un objetivo de mejora y desarrollo hacia un grado de existencia superior. Dios

nos creó no para la contemplación, sino para la acción. Nos creaba a imagen suya y él es Pensamiento y Acción: es más, no hay en él *pensamiento* que no se traduzca en *acción*. Decís que debemos despreciar todas las cosas mundanas, y pisar la vida terrena, para ocuparnos de la celeste; pero ¿qué es la vida terrena sino un preludio de la celeste, un encaminarse hacia ella hasta alcanzarla? ¿No os dais cuenta de que, bendiciendo el último escalón de la escalera por la que todos nosotros debemos subir, y maldiciendo el primero, nos cortáis el camino? La vida de un alma es sagrada en todos sus periodos, en el periodo terreno como en los otros que vendrán después. Es más, cada periodo debe ser preparación al siguiente, todo desarrollo temporal debe ayudar al continuo desarrollo ascendente de la vida inmortal que Dios infundió en cada uno de nosotros y en la Humanidad en su conjunto, que crece por obra de cada uno de nosotros.

Ahora bien, Dios os ha puesto aquí abajo en la Tierra; os ha puesto en torno a millones de seres semejantes a vosotros, cuyo pensamiento se alimenta de vuestro pensamiento, cuya mejora *avanza* con la vuestra, cuya vida se fecunda con vuestra vida; os ha dado —para salvaros de los peligros del aislamiento— necesidades que no podéis satisfacer solos, e instintos esencialmente sociales que duermen en los brutos y que os distinguen de ellos; os ha extendido en torno a ese mundo que llamáis *Materia*, magnífico por su belleza, impregnado de vida, de una vida que —no debéis olvidarlo— se muestra por todo a fin de que se vea la señal que lleva de Dios, pero que, a pesar de ello, espera vuestra obra, depende de vosotros en sus manifestaciones, y multiplica su fuerza cuanto más se multiplica vuestra actividad;

os ha puesto dentro simpatías inextinguibles: la piedad por quien gime, la alegría con quien sonríe, la ira contra quien oprime a las criaturas, el deseo incesante de la Verdad, la admiración por el Talento que descubre una parte mayor de verdad, el entusiasmo en favor de quien la convierte en una acción beneficiosa para todos, la veneración religiosa por quien —no pudiéndola hacer triunfar— muere mártir, dando testimonio de ella con la propia sangre. Y vosotros negáis, despreciáis estos indicios de vuestra misión, que Dios ha esparcido copiosamente a vuestro alrededor, y, es más, lanzáis el maten contra sus signos, llamándonos a concentrar todas nuestras fuerzas en una obra de purificación interior, imperfecta, ¡imposible cuando es solitaria!

Ahora bien, ¿no castiga Dios a quien intenta esto? ¿No degrada al esclavo? ¿No hunde en los apetitos sensuales, en los instintos ciegos de esa que llamáis *materia*, a la mitad del alma del pobre jornalero obligado —sin luz de educación— a derrochar la vida divina en una serie de actos físicos? ¿Encontráis fe religiosa más viva en el *siervo* ruso que en el polaco que combate las batallas por su patria y por la libertad? ¿Encontráis amor más ferviente a Dios en el súbdito envilecido de un Papa y de un Rey tirano que en el republicano lombardo del siglo XII y en el republicano florentino del XIV? Donde está el espíritu de Dios allí está la libertad, ha dicho uno de los Apóstoles más poderosos que conocemos⁴; y la religión que predicaba decretó la abolición de la esclavitud. ¿Quién puede entender y adorar convenientemente a Dios arrastrándose a los pies de su criatura?

⁴ Se refiere a Pablo de Tarso en su Epístola a los Corintios (2Co3, 17).

La vuestra no es religión, es secta de hombres que han olvidado su origen, las batallas que sus padres sostuvieron contra una sociedad podrida, y las victorias que consiguieron trasformando aquel mundo terreno que hoy, oh contempladores, despreciáis. Cualquier creencia fuerte que se levante de entre las ruinas de las viejas ya agotadas, transformará el ordenamiento social existente, porque toda creencia fuerte intenta aplicarse a todos los ámbitos de la actividad humana: porque siempre, en todas las épocas, la *tierra* ha intentado conformarse al *cielo* en el que creía; porque toda la historia de la Humanidad repite, bajo formas distintas y en grados diversos según los tiempos, el mensaje registrado en la Oración Dominical del Cristianismo: *Venga tu reino, oh Señor, en la tierra, como en el cielo.*

Venga el reino de Dios en la tierra, como en el cielo. Hermanos míos, esta expresión vuestra de fe, vuestra oración, entendedla y aplicadla mejor de lo que lo ha sido en el pasado; repetidla y obrad a fin de que se haga realidad. Dejad que otros os intenten persuadir acerca de la resignación pasiva, la indiferencia hacia las cosas terrenas, la sumisión a todo poder temporal incluso injusto, replicando que ha sido mal entendida aquella otra expresión: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». ¿Pueden deciros algo que no sea de Dios? Nada es del César sino en tanto en cuanto es conforme a la Ley Divina. El César, es decir, el poder temporal, el gobierno civil, no es más que el mandatario, el ejecutor del proyecto de Dios —mientras -permitan sus fuerzas y los tiempos—; cuando traiciona el mandato, es vuestro *deber* —no digo *derecho*— el cambiarlo. ¿Para qué estáis aquí abajo si no es para es

forzaros en desarrollar con vuestros medios y en vuestra esfera el concepto de Dios? ¿A qué profesar que se *cree* en la unidad del género humano, consecuencia inevitable de la unidad de Dios, si no trabajáis para llevarla a cabo, combatiendo las divisiones arbitrarias, las enemistades que separan todavía las distintas tribus que forman la Humanidad? ¿A qué *creer* en la libertad humana, base de la responsabilidad humana, si no nos disponemos a destruir todos los obstáculos que impiden la unidad del género humano y vician la unidad de Dios? ¿A qué hablar de hermandad, si se acepta a la vez que nuestros hermanos cada día sean vilipendiados, humillados, despreciados? La Tierra es nuestra empresa. No hay que maldecirla; hay que santificarla. Las fuerzas materiales que nos encontramos alrededor son nuestros instrumentos de trabajo. No hay que repudiarlos; hay que dirigirlos al bien.

Pero esto no lo podéis hacer sin Dios. Os he hablado de *Deberes*; os he enseñado que el conocimiento sólo de vuestros *Derechos* no basta para guiaros de forma duradera por la vía del bien; no basta para conseguiros esa mejora progresiva, continua, en vuestras condiciones, como buscáis. Así pues, sin Dios, ¿de dónde el Deber? Sin Dios, en cualquier sistema civil no podréis hallar otra base más que la Fuerza ciega, brutal, tiránica. De aquí no se sale. O el desarrollo de las cosas humanas depende de una ley de Providencia que todos nosotros somos incapaces de descubrir y de aplicar, o bien es confiado a la casualidad, a las circunstancias del momento al hombre que mejor sabe valerse de ellas. O debemos obedecer a Dios, o bien servir a hombres, uno o muchos no importa. Si no reina una Mente suprema sobre todas las mentes humanas, ¿quién puede salvar-

nos de la arbitrariedad de nuestros semejantes, cuando se vean más poderosos que nosotros? Si no existe una Ley santa, inviolable, no creada por los hombres, ¿qué norma tendremos para juzgar si un acto es justo o no lo es? ¿En nombre de quién, en nombre de qué protestaremos contra la opresión y la desigualdad? Sin Dios, no hay más dominio que el del Hecho, el Hecho ante el que los materialistas se inclinan siempre, tenga por nombre Revolución o Bonaparte. El Hecho que los materialistas, en Italia y en otras partes, también hoy utilizan como escudo para justificar la inercia, incluso cuando coinciden teóricamente con nuestros principios.

Así pues, ¿les mandaremos sacrificio y martirio en nombre de nuestras opiniones individuales? ¿Transformaremos, sólo en virtud de nuestros intereses, la teoría en práctica, el principio abstracto en acción? Desengañaos. Mientras hablemos como individuos, en nombre de cuanto nos sugiere nuestra inteligencia individual, tendremos lo que hoy tenemos: adhesión de palabra, no obras. El grito que sonó en todas las grandes revoluciones, el grito *Dios lo quiere, Dios lo quiere* de las Cruzadas, es el único que puede convertir a los ociosos en activos, dar ánimo a los miedosos, entusiasmo por el sacrificio a los calculadores, fe a quien rechaza con la duda todo pensamiento humano. Probad a los hombres que la obra de emancipación y de desarrollo progresivo a la que les llamáis está en los designios de Dios; nadie se rebelará. Probadles que la obra terrena que debe realizarse aquí abajo está en íntima relación con su vida inmortal: todos los cálculos del mundo desaparecerán ante la importancia del porvenir. Sin Dios, podéis imponer, no persuadir; podéis ser tiranos también vosotros, no educadores y Apóstoles.

¡Dios lo quiere, Dios lo quiere! Es grito de pueblo, hermanos míos; es grito de *vuestro* pueblo, grito nacional italiano. Vosotros que trabajáis con amor sincero por vuestra Nación, no os dejéis engañar por quien quizás os diga que la inclinación italiana no es más que inclinación política, y que el espíritu religioso se ha alejado de ella. El espíritu religioso no se alejó nunca de Italia, mientras Italia a pesar de estar dividida fue grande y activa. Se alejó cuando en el siglo XVI — caída Florencia bajo las armas extranjeras de Carlos V, y caída toda libertad para conseguir una vida italiana bajo los engaños de los Papas— empezamos a perder inclinaciones nacionales y a vivir como españoles, alemanes y franceses. Entonces nuestros literatos comenzaron a hacer de bufones de príncipes y a acariciar la apatía de sus señores, riéndose de todo y de todos. Entonces, nuestros sacerdotes, viendo imposible toda aplicación-de verdades religiosas, empezaron a hacer negocio del culto y a pensar en sí mismos, no en el pueblo al que debían iluminar y proteger. Y, entonces, el pueblo, despreciado por los literatos, traicionado y empobrecido por los sacerdotes, excluido de toda influencia en las cosas públicas, comenzó a vengarse riéndose de los literatos desconfiando de los sacerdotes, rebelándose contra todas las creencias, pues veía corrompida la antigua creencia y no alcanzaba a presentir el porvenir. Desde aquel tiempo, abyectos e impotentes, nos arrastramos entre las supersticiones —impuestas por la costumbre o por los gobiernos— y la incredulidad.

En cambio, nosotros queremos levantarnos grandes y honrados. Y recordaremos la Tradición Nacional. Recordaremos que, con el nombre de Dios en la boca y con las insignias de su fe en el centro de la batalla, nuestros

hermanos lombardos, en el siglo XII, vencían a los invasores alemanes y reconquistaban sus libertades violadas. Recordaremos que los republicanos de las ciudades toscanas se reunían en asamblea en los templos. Recordaremos a los Artesanos Florentinos que, rechazando la resolución de someter sus libertades democráticas al imperio de la familia Medici, eligieron, por voto solemne, a Cristo como cabeza de la República y al fraile Savonarola, predicador a la vez del dogma de Dios y del Pueblo. Y recordaremos a los genoveses de 1746, quienes, con la furia de sus pedradas y en nombre de María Protectora, liberaron su ciudad del ejército alemán que la ocupaba. Y un sinfín de otros hechos semejantes, en los cuales el pensamiento religioso protegió y fecundó el pensamiento popular italiano. Y el pensamiento religioso duerme en nuestro pueblo, a la espera de desarrollo; quien sepa suscitarlo, habrá hecho a favor de la Nación más que veinte sectas políticas. Quizás, tanto a la ausencia de esta idea en los imitadores de las constituciones y tácticas monárquicas forasteras que guiaron las tentativas pasadas de insurrección en Italia, como a la ausencia de un fin abiertamente popular se debe la frialdad con que el pueblo observó hasta ahora esas tentativas. Predicad, por tanto, hermanos míos, en nombre de Dios. Quien tenga corazón italiano os seguirá.

Predicad en nombre de Dios. Preguntad a los literatos qué han hecho por su Patria: sonreirán. Decid a los sacerdotes que conocéis a Dios más que todos ellos, y que entre Dios y su ley no necesitáis intermediarios: os excomulgarán. El pueblo os entenderá y repetirá con vosotros: *Creemos en Dios Padre, Inteligencia y Amor, Creador y Educador de la Humanidad.*

Y con ese mensaje, vosotros y el Pueblo venceréis.

III

LA LEY

Tenéis vida; por tanto, tenéis una ley de vida. No hay vida sin ley. Cualquier cosa que existe, existe de una cierta manera, según ciertas condiciones, con una cierta ley. Una ley de agregación gobierna los minerales; una ley de desarrollo gobierna las plantas; una ley de movimiento gobierna los astros; una ley os gobierna a vosotros y a vuestra vida. Ley tanto más noble y alta cuanto superiores sois vosotros a todas las cosas creadas sobre la Tierra. Desarrollaros, actuar, vivir según vuestra ley es vuestro primer, o mejor, vuestro único Deber.

Dios os ha dado la vida; por tanto, Dios os ha dado la ley. Dios es el único Legislador de la raza humana. Su ley es la única a la que debéis obedecer. Las leyes humanas no son válidas y buenas si no en cuanto se conforman a ella, explicándola y aplicándola. Cuando la contradicen o se separan de ella, las leyes humanas

[245]

son malas y es, no sólo vuestro derecho, sino vuestro deber desobedecer y abolirlas. Quien mejor explica y aplica a las cosas humanas la ley de Dios es vuestro jefe legítimo. Amadlo y seguidlo. Sin embargo, fuera de Dios no tenéis, ni podéis tener otro *señor* sin traicionarle y rebelaros contra Él.

En la *conciencia* de vuestra ley de vida, de la LEY DE DIOS, está el fundamento de la Moral, la regla de vuestras acciones y de vuestros deberes, la medida de vuestra responsabilidad. En ella está también vuestra defensa contra las leyes injustas que la arbitrariedad de un hombre e de varios hombres puede intentar imponeros. Vosotros, sin conocerla, no podéis pretender llamaros *hombres* o tener los derechos de tales. Todos los derechos tienen su origen en una ley, y vosotros, cada vez que no la invocáis, podéis ser tiranos o esclavos, nada más: tiranos si sois fuertes, esclavos de la fuerza ajena si sois débiles. Para ser *hombres* es necesario conocer la ley que distingue la naturaleza humana de la naturaleza de los bruto s. de las plantas, de los minerales, y conformar a ella vuestras acciones.

Ahora bien, ¿cómo conocerla?

Ésta es la pregunta que en todos los tiempos la Humanidad ha planteado a cuantos han pronunciado la palabra *deberes*; y también hoy hay diversidad de respuestas.

Unos han contestado mostrando un Código, un libro, y diciendo: *aquí dentro está toda la ley moral*. Otros han dicho: *que cada hombre interroge a su propio corazón; allí está la definición del bien y del mal*. Otros aún, rechazando el juicio del individuo, han invocado el acuerdo universal y han declarado que *donde la Humanidad coincide de acuerdo en una creencia, está creencia es la verdadera*.

Se equivocaban todos. Y la historia del género humano declaró ineficaces todas estas respuestas, con hechos irrecusables.

Los que afirman que toda la ley moral se encuentra en un libro o en la boca de un solo hombre olvidan que no hay un solo código del que la Humanidad, tras creer en él durante siglos, no se haya separado para buscar e inspirar otra ley mejor, y que no hay razón, especialmente hoy, para creer que la Humanidad cambie de método.

A quienes sostienen que sólo la conciencia del *individuo* es la norma de lo verdadero y de lo falso, o sea, del bien y del mal, baste recordar que ninguna religión, por santa que fuera, ha existido sin herejes, sin disidentes convencidos y dispuestos a afrontar el martirio en nombre de su conciencia. Hoy el Protestantismo se divide y subdivide en mil sectas, todas ellas fundadas sobre los derechos de la *conciencia* del *individuo*, todas haciéndose una guerra encarnizada entre ellas y perpetuándose la anarquía de creencias, verdadera y única fuente de la discordia que atormenta social y políticamente a los pueblos de Europa.

Y, por otra parte, a los nombres que reniegan del testimonio de la conciencia del individuo, invocando únicamente el acuerdo general de la Humanidad en una creencia, baste recordar que todas las grandes ideas que mejoraron la Humanidad comenzaron a manifestarse en oposición a creencias que la Humanidad permitía y fueron predicadas por individuos de los que la Humanidad se burló, persiguió, crucificó.

Por tanto *cada una* de estas normas es insuficiente para obtener el conocimiento de la LEY DE DIOS, de la verdad y, sin embargo, la conciencia del individuo es

santa, el acuerdo común de la Humanidad es santo; y cualquier renuncia a interrogar a éste o a aquélla priva de un medio esencial para conocer la verdad. El error general hasta aquí ha sido el de querer alcanzar dicha ley con *uno* solo de estos medios en exclusiva. Error decisivo y funestísimo por sus consecuencias, porque no se puede establecer la conciencia del individuo como única norma de la verdad, sin caer en la anarquía: ni se puede invocar como inapelable el consenso general en un momento dado sin sofocar la libertad humana y caer en la tiranía.

Cito estos ejemplos para mostrar cómo de estos primeros cimientos depende, más de lo que se cree por lo general, todo el edificio social. Así, los hombres, desviados por el mismo error, han ordenado la sociedad política, unos en el respeto únicamente de los derechos del *individuo*, olvidando enteramente la misión educadora de la sociedad; otros, en el respeto únicamente de los derechos *sociales*, sacrificando la libertad y la acción del individuo⁵. Y Francia, tras su gran revolución, y especialmente Inglaterra, nos enseñaron cómo el primer sistema no conduce más que a la desigualdad y a la opresión de la mayoría; el Comunismo, entre otros, nos mostraría, si algún día pudiera pasar al terreno de los hechos, como el segundo sistema condena a la sociedad a petrificarse, quitándole todo impulso y toda facultad de progreso.

Así, unos, considerando que los pretendidos derechos del *individuo* han ordenado o, mejor, desordenado

⁵ Hablo naturalmente de los países donde, con el sistema monárquico-constitucional, se ha intentado una organización cualquiera de la sociedad. Por el contrario, en los países gobernados despóticamente no hay sociedad, los derechos sociales y los derechos del individuo son sacrificados a la vez. (*N. del A.*)

el sistema económico, le dan como única base la teoría de la *libre competencia* ilimitada. Mientras, los otros, no mirando más que a la unidad *social*, querían confiar al gobierno el monopolio de todas las fuerzas productivas del Estado. Dos opciones: la primera nos ha dado todos los males de la anarquía, la segunda nos daría la inmovilidad y todos los males de la tiranía.

Dios os ha dado el asentimiento de vuestros hermanos y vuestra conciencia como dos alas para elevaros hasta Él lo más posible. ¿Por qué os obstináis en cortar una de las dos? ¿Por qué aislaros y apropiaros de lo que es del mundo? ¿Por qué querer sofocar la voz del género humano? Ambas son sagradas; Dios habla en ambas. *Allí donde se encuentran*, donde el grito de vuestra conciencia es ratificado por el consenso de la Humanidad, allí está Dios, allí estáis seguros de tenerla verdad: uno es la comprobación del otro.

Si vuestros deberes fueran exclusivamente negativos, si consistieran únicamente en *no hacer el mal*, en no hacer daño a vuestros hermanos, y considerando el grado de desarrollo en el que hoy se hallan incluso los menos educados, quizás el grito de vuestra conciencia bastaría para guiaros. Habéis nacido para el bien, y cada vez que actuáis directamente *contra* la Ley, cada vez que cometéis lo que los hombres denominan *delito* hay algo en vosotros que os acusa, una voz de reproche que podéis disimular a los demás, pero no a vosotros mismos. Sin embargo, vuestros deberes más importantes son positivos. No basta *no hacer*, es necesario hacer. No basta limitarse a no actuar *contra* la Ley; es necesario obrar *según* la Ley. No basta con *no dañar*, es necesario *beneficiar* a vuestros hermanos. Desgraciadamente, hasta ahora la moral se ha presentado a la

mayoría de los hombres en una forma más negativa que afirmativa. Los intérpretes de la Ley han dicho: «no robarás, no matarás»; pocos o nadie han enseñado las obligaciones que competen al hombre, y cómo debe ser útil a sus semejantes y al proyecto de Dios en la creación. Y, en cambio, éste es el primer fin de la Moral; y el individuo jamás puede alcanzarlo, consultando únicamente su propia conciencia.

La conciencia del individuo habla en razón de su *educación*, de sus inclinaciones, de sus costumbres, de sus pasiones. La conciencia del iraquí salvaje habla un lenguaje diferente del europeo civilizado del siglo XIX. La conciencia del hombre libre sugiere deberes que la conciencia del esclavo ni siquiera sospecha. Preguntad al pobre jornalero de Nápoles o Lombardía, para quien un mal sacerdote fue el único apóstol de moral y a quien —suponiendo que supiera leer— el catecismo austríaco fue la única lectura que se le permitió. Ese jornalero os dirá que sus deberes son el trabajo asiduo a cualquier precio para sustentar a su familia, sumisión ilimitada y sin examen a las leyes sean cuales sean, y no dañar a los demás. A quien le hablara de deberes que le ligan a la patria y a la Humanidad, a quien le dijera: «dañáis a vuestros hermanos aceptando trabajar por un precio inferior al valor de lo realizado, pecáis contra Dios y contra vuestra alma obedeciendo a leyes que son injustas»; él respondería, como quien no comprende, levantando las cejas. Preguntad al obrero italiano, a quien circunstancias mejores o el contacto con hombres de inteligencia más educada han enseñado una parte mayor de la verdad; ese obrero os dirá que su patria es esclava, que sus hermanos son *injustamente*, condenados a vivir en la miseria material y moral, y

que siente el deber de protestar, en la medida de lo posible, contra esta injusticia.

¿Por qué tanta diferencia entre lo que sugiere la conciencia en dos individuos de la misma época y país? ¿Por qué entre diez individuos pertenecientes sustancialmente a la misma creencia, la que impone el desarrollo y el progreso de la raza humana, encontramos diez convicciones distintas sobre la forma de aplicar la creencia a las acciones, es decir, sobre los *deberes*? Evidentemente, el grito de la conciencia del individuo no basta —en cualquier circunstancia y sin otra norma— para desvelarle la ley. La conciencia sola basta para enseñaros que una ley existe, no cuáles son estos deberes. Por ello, el martirio no se ha apartado nunca de la Humanidad, por más que predominara el egoísmo. Pero ¿cuántos mártires sacrificaron su existencia por presuntos deberes y en beneficio de errores hoy evidentes para cualquiera?

Se hace necesario, por tanto, un escolta para vuestra conciencia, una luz para diluirle las tinieblas de alrededor, una norma que distinga y dirija sus instintos. Y esta norma es la *Inteligencia de la Humanidad*.

Dios os ha dado la *inteligencia* a cada uno de vosotros a fin de que la eduquéis para conocer su ley. Hoy, la mi sería, los errores inveterados de siglos y la voluntad de vuestros señores os discuten hasta la posibilidad de educarla; y por esto es necesario derribar los obstáculos con la fuerza. Pero incluso cuando los obstáculos hayan desaparecido, la inteligencia de cada uno de vosotros será insuficiente para conocer la ley de Dios si no es apoyándose en la Inteligencia de la Humanidad. Vuestra vida es breve; vuestras facultades individuales son débiles inseguras y necesitan de un punto de apoyo. Ahora

bien, Dios os ha puesto cerca a un ser cuya vida es continua, cuyas facultades son la suma de todas las facultades individuales, las cuales se han ejercitado desde hace cuatrocientos siglos; un ser que, a través de los errores y las culpas de los individuos, mejora siempre en sabiduría y moralidad; un ser en cuyo desarrollo Dios ha escrito y escribe en cada época una línea de su ley.

Este ser es la Humanidad.

La *Humanidad*, ha dicho un pensador del siglo pasado, *es un hombre que aprende siempre*. Los individuos mueren; pero la parte de verdad que han concebido, el bien que han hecho, no se pierde con ellos. La Humanidad lo recoge y los hombres que después pasean sobre su sepultura se benefician de ello. Cada uno de nosotros nace hoy en una atmósfera de ideas y creencias elaborada por toda la Humanidad anterior. Cada uno de nosotros aporta, incluso sin saberlo, un elemento más o menos importante para la vida sucesiva de la Humanidad. La educación de la Humanidad progresa como se levantan en Oriente aquellas pirámides a las que cada viandante añade una piedra. Nosotros, viandantes de un día, pasamos llamados a desarrollar nuestra educación individual en otro lugar. La educación de la Humanidad, que se muestra como un resplandor fugaz en cada uno de nosotros, se desvela lenta, progresiva y continuamente en la Humanidad. La Humanidad es el Verbo viviente de Dios. El espíritu de Dios la fecunda, y se manifiesta de cada vez más puro, de cada vez más activo en ella de una época a otra, un día por medio de un individuo, otro por medio de un pueblo. De trabajo en trabajo, de creencia en creencia, la Humanidad conquista cada vez una noción más clara de su propia vida, de su propia misión, de Dios y de su ley.

Dios se va encarnando *sucesivamente* en la Humanidad. La ley de Dios es una, así como lo es Dios; pero nosotros la descubrimos artículo por artículo, línea por línea, cuanto más se acumula la experiencia educadora de las generaciones que nos preceden, y cuanto más crece en amplitud e intensidad la *asociación* entre las razas, entre los pueblos y entre los individuos. Ningún hombre, ningún pueblo, ningún siglo puede presumir de descubrirla por entero. La ley moral, la ley de vida de la Humanidad no se puede descubrir por entero más que gracias al conjunto de la Humanidad reunida en asociación, cuando todas las fuerzas, todas las facultades que constituyen la naturaleza humana sean desarrolladas y en acción. Mientras, la parte de la Humanidad que ha avanzado más en la educación nos enseña con su desarrollo parte de la ley que buscamos. En su historia leemos el designio de Dios; en sus necesidades leemos nuestros *deberes*, deberes que cambian o, mejor, que crecen con las necesidades, porque nuestro primer deber es contribuir a que la Humanidad se eleve pronto al grado de superación y educación, al que Dios y los tiempos la han preparado.

Vosotros, por tanto, para conocer la Ley de Dios necesitáis interrogar no sólo a *vuestra* conciencia, sino a la conciencia y al consenso de la Humanidad. Para conocer vuestros deberes tenéis necesidad de averiguar las necesidades actuales de la Humanidad. La moral es progresiva, como vuestra educación y la del género humano. La moral del Cristianismo no era la de los tiempos Paganos; la moral de nuestro siglo no es la de dieciocho siglos atrás. Hoy vuestros señores, con su segregación de las otras clases, con la prohibición de toda asociación, con la doble censura impuesta a la prensa,

procuran esconderos, a la vez que las necesidades de la Humanidad, también vuestros deberes. Y, sin embargo, incluso antes de que llegue el tiempo en que la Nación os enseñe gratuitamente —en las escuelas de educación general— la historia de la Humanidad en el pasado y sus necesidades presentes, vosotros podéis, si queréis, aprender la primera al menos en parte, y adivinar las segundas. Las necesidades actuales de la Humanidad brotan, en manifestaciones más o menos violentas, más o menos imperfectas, de los hechos que ocurren cada día en los países en los que la inmovilidad del silencio no es ley absoluta. ¿Quién os prohíbe conocerlas, hermanos de las tierras esclavas? ¿Qué fuerza de sospechosa tiranía puede por mucho tiempo ocultar a millones de hombres, muchísimos de los cuales viajan fuera de Italia y luego regresan, el conocimiento de los hechos europeos? Si las asociaciones públicas están prohibidas en casi toda Italia, ¿quién puede prohibir las secretas, cuando rehuyan los símbolos y las organizaciones complicadas, y no consistan más que en una cadena fraterna extendida de pueblo en pueblo hasta tocar alguno de los infinitos puntos de la frontera? ¿No encontraréis, en cualquier punto de vuestras fronteras terrestres o marítimas, hombres vuestros, hombres que vuestros señores han expulsado de la patria por haber querido ayudarla, que serán para vosotros apóstoles de la verdad, que os dirán con amor lo que los estudios y las desventuradas facilidades del exilio les han enseñado sobre las aspiraciones presentes y sobre la tradición de la Humanidad? ¿Quién os puede impedir, a no ser que vosotros queráis, el recibir alguno de los escritos que vuestros hermanos publican para vosotros aquí en el exilio? Leedlos y quemadlos, de forma que el día después la inquisición de vuestros señores no los encuentre entre

vuestras manos y no los utilice como prueba de culpa contra vuestras familias. Pero, de todas formas, leedlos y repetid a vuestros amigos más fiables lo que hayáis podido conservar en la memoria. Ayudadnos con vuestras aportaciones económicas a ampliar la esfera del Apostolado, a compilar, a publicar para vosotros manuales de historia general y de historia patria. Ayudadnos a difundirlos, multiplicando los contactos.

Convenceos de que sin instrucción, no podéis conocer vuestros deberes. Convenceos de que, cuando la sociedad os disputa toda enseñanza, la responsabilidad es suya no vuestra. Sin embargo, vuestra responsabilidad empezará cuando se os abra una vía cualquiera a la enseñanza, y la desaprovechéis; cuando se os muestren los medios para cambiar una sociedad que os condena a la ignorancia, y vosotros no penséis en usarlos. No sois culpables por vuestra ignorancia; sois culpables porque os resignáis a ignorar; porque dejáis dormir en vuestra alma todas las facultades del pensamiento, mientras vuestra conciencia os advierte de que Dios no os ha dado facultades sin imponeros a la vez el desarrollarlas⁶; porque, a pesar de saber que Dios no os puede haber dado el amor a la verdad sin daros a la vez los medios para conseguirla, en vuestra desesperación renunciáis a buscarla y aceptáis sin examen, como verdad, las afirmaciones del poderoso o del sacerdote vendido al poderoso.

Dios *Padre y Educador de la Humanidad* revela en el espacio y en el tiempo su ley a la Humanidad. Interrogad la tradición de la Humanidad, el Consejo de vuestros hermanos, no en el espacio restringido de un

Cfr. Mt25, 14-30 y Le 19, 12-27.

siglo o de una secta, sino en todos los siglos y en la mayoría de los hombres pasados y presentes. *Cada vez que ese consenso se corresponda con la voz de vuestra conciencia, podéis estar seguros de hallaros ante la verdad*, seguros de contar aunque sólo sea con una simple línea de la ley de Dios.

Creemos en la Humanidad, única intérprete de la ley de Dios en la Tierra. Del consenso de la Humanidad en armonía con nuestra conciencia deducimos todo lo que irá diciéndoos poco a poco en torno a vuestros deberes.

IV DEBERES HACIA LA HUMANIDAD

Vuestros primeros deberes, no en cuanto al tiempo sino por su importancia y porque sin entender éstos no podéis cumplir sino imperfectamente los otros, son hacia la Humanidad. Tenéis deberes de ciudadanos, de hijos, de esposos y de padres; deberes santos e inviolables de los que os hablaré detenidamente a continuación. Pero lo que hace santos e inviolables esos deberes es la misión, el Deber, que vuestra naturaleza de *hombres* os manda. Sois padres para educar *hombres* al culto y al desarrollo de la Ley de Dios. ¡Sois ciudadanos, tenéis una Patria para —en un ámbito limitado y con la ayuda de hombres próximos a vosotros por lengua, inclinaciones y costumbres— poder obrar fácilmente en beneficio de cuantos *hombres* existen y existirán, lo que difícilmente podríais realizar perdidos, solos y débiles entre el inmenso número de vuestros semejantes! Los que os enseñan *moral*, limitando la noción de vuestros

deberes a la familia y a la patria, os enseñan *egoísmo* más o menos restringido y os conducen al mal para los demás y para vosotros mismos. Patria y Familia son como dos círculos concéntricos dentro de un círculo mayor que los contiene; como dos escalones de una misma escalera sin los que no podríais subir más arriba pero sobre los cuales no se os permite deteneros.

Sois *hombres*, es decir, criaturas *razonables, sociables y, por medio únicamente de la asociación, capaces de un progreso* al que nadie puede marcar unos límites. Y esto es lo que hoy sabemos de la Ley de vida dada a la Humanidad. Éstos son los caracteres que constituyen la *naturaleza humana*, que os distingue de los demás seres que os rodean y que es confiada a cada uno de vosotros como una semilla para hacer fructificar. Toda vuestra vida debe tender al ejercicio y al desarrollo ordenado de estas facultades fundamentales de vuestra naturaleza. Cada vez que suprimís o dejáis suprimir en todo o en parte una de estas tres facultades, caéis del rango de hombres al de animales inferiores y violáis la ley de vuestra vida, la Ley de Dios.

Caéis entre los brutos y violáis la Ley de Dios cada vez que suprimís o dejáis suprimir una de las facultades que constituyen la naturaleza humana en vosotros o en los demás. Lo que Dios quiere no es que su Ley se cumpla en vosotros como individuos —si Dios hubiese querido sólo esto os habría creado solos—, sino que se cumpla en toda la Tierra, entre todos los seres que creó a su imagen. Lo que Él quiere es que la Idea de perfeccionamiento y amor depositada por Él en el mundo se revele y resplandezca de cada vez más amada y desarrollada. Vuestra existencia terrena, individual y limitadísima por tiempo y facultades, no puede desarrollarla más

que de forma imperfectísima y a modo de resplandor fugaz. Sólo la Humanidad, gracias a la continuidad de las generaciones y a la inteligencia que se nutre de la inteligencia de todos sus miembros, puede desarrollar paso a paso esa idea inspirada por Dios, aplicarla y glorificarla. La vida, por tanto, os fue dada por Dios para que la uséis en beneficio de la Humanidad, para que dirijáis vuestras facultades individuales al desarrollo de las facultades de vuestros hermanos, para que añadáis con vuestras obras un nuevo elemento a la obra colectiva de mejora y descubrimiento de la Verdad que las generaciones lenta, pero continuamente promueven. Debéis educaros y educar, perfeccionaros y perfeccionar.

Dios está en vosotros, no hay duda; pero Dios también está en todos los hombres que con vosotros pueblan esta tierra. Dios está en la vida de todas las generaciones que existieron, existen y existirán, y han mejorado y mejorarán progresivamente la idea que la Humanidad se forma de Él, de su Ley y de nuestros Deberes. Debéis adorarlo y glorificarlo por todo donde Él está. El Universo es su Templo. Y toda profanación no combatida, no expiada, del Templo de Dios cae sobre todos los creyentes. Poco importa que os consideréis puros; aun en el caso de que, aislándoos, pudierais permanecer como tales, si a dos pasos tenéis la corrupción y no buscáis combatirla, traicionáis vuestros deberes. Poco importa que adoréis en vuestra alma la Verdad; si el Error gobierna a vuestros hermanos en otra esquina de esta tierra que es madre común, y no deseáis e intentáis derribarlo en la medida que os permitan vuestras fuerzas, traicionáis vuestros deberes. La imagen de Dios está deformada en las almas inmortales de vuestros semejantes. Dios quiere ser adorado en su Ley, y

su Ley es malentendida, violada, negada a vuestro alrededor. La naturaleza humana es falseada en millones de hombres a los que, igual que a vosotros, Dios ha confiado el simultáneo cumplimiento de su voluntad. Y vosotros, permaneciendo inertes, ¿osaréis también llamaros creyentes?

Un pueblo, el griego, el polaco, el circasiano, se levanta con el lema de patria e independencia, combate, vence o muere por ellas. ¿Qué es lo que hace latir vuestro corazón ante la narración de sus batallas, qué lo levanta en la alegría ante sus victorias, qué lo aflige ante su caída? Un hombre, vuestro o extranjero, se levanta, ante el silencio común, en una esquina de la tierra, profiere algunas ideas que cree verdaderas, las mantiene en la persecución y con los cepos, y muere en el patíbulo sin renegar de ellas. ¿Por qué lo honráis con el nombre de Santo y de Mártir? ¿Por qué respetáis y hacéis respetar su memoria a vuestros hijos? ¿Y por qué leéis con avidez los milagros de amor patrio registrados en las historias griegas y las repetís a vuestros hijos con un orgullo casi como si fueran historias de vuestros padres? Estos hechos griegos tienen ya dos mil años, y pertenecen a una época de civilización que no es la vuestra, ni lo será nunca. Aquel hombre que llamáis Mártir moría quizás por ideas que no son las vuestras, y en todo caso, con su muerte, cortaba todo camino para su progreso individual aquí abajo. Ese pueblo que admiráis en la victoria y en la caída es un pueblo extranjero para vosotros, quizás hasta casi desconocido. Habla una lengua distinta, y su modo de vida no influye visiblemente sobre el vuestro. ¿Qué os importa a vosotros si quien lo domina es el Sultán o el Rey de Baviera, el ruso o un gobierno salido del consenso de la nación?

Mas en vuestro corazón hay una voz que grita: «Aquellos hombres de hace dos mil años, aquellas poblaciones que hoy combaten lejos de vosotros, aquel mártir por cuyas ideas vosotros no moriríais, fueron y son hermanos vuestros; hermanos no sólo por comunión de origen y de naturaleza, sino por comunión de trabajo y de fin. Aquellos griegos de la antigüedad pasaron; pero su obra no pasó, y sin ella no tendríais hoy el grado de desarrollo intelectual y moral que habéis alcanzado. Aquellas poblaciones consagraron con su sangre una idea de libertad nacional por la que vosotros lucháis. Aquel mártir muriendo enseñaba que el hombre debe sacrificarlo todo y, si es necesario, su vida ante lo que cree que es la Verdad. Poco importa que él y cuantos firman la fe con su propia sangre queden por ello sin su propio desarrollo individual aquí sobre la tierra: Dios provee en otro lugar por ellos. Lo que importa es el desarrollo de la Humanidad. Importa que la generación venidera, amaestrada por vuestras luchas y vuestros sacrificios, se levante más alta y con más fortaleza que vosotros en la comprensión de la Ley y en la adoración de la Verdad. Importa que, fortificada por los ejemplos, la naturaleza humana mejore y compruebe cada vez más el proyecto de Dios sobre la Tierra. Y en cualquier lugar que la naturaleza mejore, en cualquier lugar que se conquiste una verdad, en cualquier parte que se avance un paso en la vía de la educación, del progreso y de la moral, éste es un paso y una conquista que, más pronto o más tarde, fructificará en toda la Humanidad. Todos vosotros sois soldados de un ejército que *avanza* por caminos distintos, dividido en núcleos diferentes, a la conquista de un único objetivo. Hoy no miráis más que a vuestros jefes inmediatos; las diversas

reuniones plenarias, los diversos lemas, las distancias que separan los cuerpos de operaciones, las montañas que ocultan a unos de la mirada de los otros, a menudo os hacen olvidar esta verdad y concentran exclusivamente vuestra atención en el fin más inmediato. Sin embargo, más alto que todos vosotros, hay alguien que abraza el conjunto y dirige sus movimientos. Sólo Dios tiene el secreto de la batalla y sabrá reuniros a todos en un solo campamento y bajo una única bandera.»

¡Qué distancia separa esta creencia que fermenta en nuestras almas y que constituirá la base de la moral de la época que está por venir, y la creencia que daban como base a su Moral las generaciones que hoy llamamos antiguas! ¡Y qué estrecho el nexo de unión entre la idea que nos formamos de la primacía del proyecto de Dios⁷ y la que nos formamos de nuestros deberes! Los primeros hombres sentían a Dios, pero sin entenderlo, sin ni siquiera intentar entenderlo en su Ley. Lo sentían en su potencia, no en su amor; concebían confusamente una relación cualquiera entre él y el propio individuo; nada más. Poco aptos para separarse de la esfera de los objetos sensibles, materializaban a Dios en uno de esos objetos, en el árbol que habían visto partido por el rayo, en la piedra junto a la que habían levantado su tienda, en el primer animal que había aparecido ante su vista. Era el culto que en la historia de la religión se distingue con el nombre de *fetichismo*. Y entonces los hombres

⁷ Mazzini utiliza aquí el término «*Principato Divino*», que no apunta a una república teocrática. Como se ha visto hasta aquí, se refiere al deber de adecuar las acciones humanas y, por tanto, sus leyes a la voluntad, al proyecto, a los designios de Dios. En definitiva, a la íntima relación voluntad de Dios-deberes del hombre. Y, en este adecuarse, el hombre alcanza su plena humanidad.

no conocían más que la *familia*, reproducción en cierto modo de su individuo. Más allá del círculo de la familia no había más que extranjeros, o más en general enemigos. Ayudarse a sí mismos y a su familia era la única base de la *moral*.

Más tarde, la idea de Dios se amplió. Desde los objetos sensibles, el hombre remontó tímidamente a la abstracción: generalizó. Dios no fue ya el protector de la familia, sino de la asociación de muchas familias, de la *ciudad*, de la *gente*. Al *fetichismo* sucedió el *politeísmo*, culto a muchos Dioses. Entonces, también la *moral* amplió su círculo de acción. Los hombres reconocieron la existencia de deberes más extensos que los de la familia y trabajaron para la prosperidad de su *gente* y de su *nación*. A pesar de ello, la Humanidad era ignorada. Cada nación llamaba *bárbaros* a los extranjeros, los trataba como tales, y buscaba con la fuerza y con el arte su conquista o su debilitamiento. Cada nación tenía extranjeros y bárbaros en su seno, hombres, millones de hombres no admitidos a los ritos religiosos de los ciudadanos, considerados de naturaleza diferente y esclavos entre los libres.

La unidad del género humano no podía ser admitida más que como consecuencia de la unidad de Dios. Y la unidad de Dios, adivinada por pocos pensadores de la antigüedad, anunciada comprometidamente por Moisés, pero con la restricción funesta de que sólo un pueblo era el elegido de Dios, no fue reconocida hasta la caída del Imperio romano, por obra del Cristianismo. Cristo puso al frente de la creencia en él estas dos verdades inseparables: *no existe más que un solo Dios, todos los hombres son hijos de Dios*. Y la promulgación de estas dos verdades cambió la faz del mundo y

amplió el alcance de la moral hasta los confines de las tierras habitadas. A los deberes hacia la *familia* y hacia la *patria* se añadieron los deberes hacia la *Humanidad*. Entonces el hombre aprendió que donde encontraba a un semejante, allí había un hermano suyo, un hermano dotado de un alma inmortal como la suya, llamada a reunirse con su Creador, y a quien debía: amor, transmisión de su fe, y ayuda en consejo y obras cuando lo necesitase. Entonces, presentimiento de otras verdades contenidas en germen en el Cristianismo, se oyeron en boca de los Apóstoles palabras sublimes, ininteligibles para la antigüedad, mal comprendidas e incluso traicionadas por sus sucesores: *así como un cuerpo tiene muchos miembros, y cada miembro tiene una función distinta, así, a pesar de ser muchos, formamos un solo cuerpo y miembros unos de los otros*⁸. Y habrá un solo rebaño y un solo pastor⁹.

Y hoy, después de dieciocho siglos de estudios, experiencias y esfuerzos, se trata de desarrollar aquellas semillas. Se trata de aplicar esa verdad no sólo a *cada* individuo, sino a todo ese conjunto de facultades y fuerzas humanas presentes y futuras que se llama la HUMANIDAD. Se trata de promulgar no sólo que la Humanidad es un solo cuerpo y debe ser gobernado por una sola ley, sino que el primer artículo de esta Ley es *Progreso*, progreso aquí en la tierra donde tenemos que discernir al máximo el proyecto de Dios y educarnos para mejores destinos. Se trata de enseñar a los hombres que, si la Humanidad es un solo cuerpo, todos nosotros como miembros de ese cuerpo tenemos que trabajar para su

⁸ Pablo, *Carta a los Romanos*, cap. 12, vers. 4, 5. (*N. del A.*)

⁹ Juan, *Evangelio*, cap. X, vers. 16. (*N. del A.*)

desarrollo y para hacer la vida más armónica, más activa y más potente. Se trata de convencerse de que no podemos subir a Dios si no es por medio de las almas de nuestros hermanos, y que tenemos que mejorarlas y purificarlas, incluso en el caso de que no lo pidan. Desde el momento en que sólo la Humanidad entera puede llevar a término la parte del proyecto de Dios que él quiso que se realizase aquí abajo, se trata de substituir el ejercicio de la *caridad* hacia los individuos por un trabajo de *asociación* tendente a mejorar el conjunto, y de dirigir hacia este fin a la *familia* y a la *patria*. Otros deberes más amplios se nos revelarán en el futuro, conforme adquiramos una idea menos imperfecta y más clara de nuestra Ley de vida. Así, Dios Padre, por medio de una lenta pero continua educación religiosa, guía la Humanidad hacia lo mejor, y en esa mejoría, también nuestro individuo mejora.

Mejora en esa mejoría y, sin una mejora común, no podéis esperar que mejoren las condiciones morales y materiales de vuestro individuo. Vosotros en general, aunque quisierais, no podríais separar vuestra vida de la vida de la Humanidad. Vivís en ella, de ella y para ella. Vuestra alma, salvo las excepciones de muy pocos extraordinariamente superiores, no puede desvincularse de la influencia de los elementos entre los que se desarrolla, al igual que el cuerpo —aunque de constitución robusta— no puede substraerse a la acción de un aire malsano que lo circunde. ¿Cuántos entre vosotros querrán educar a sus hijos en una sinceridad sin límites, sabiendo que ello les llevará a sufrir persecuciones, en lugares donde la tiranía y el espionaje imponen callar o mentir los dos tercios de las opiniones personales? ¿Cuántos querrán educarlos en el desprecio de las

riquezas, en una sociedad donde el oro es el único poder que consigue honores, influencias y respeto, que incluso protege de la arbitrariedad y del insulto de los señores y sus agentes? ¿Quién de vosotros, por amor y con las mejores intenciones del mundo, no ha murmurado al oído de sus seres queridos en Italia: *desconfiad de los hombres; el hombre honesto debe concentrarse en sí mismo y huir de la vida pública; la caridad comienza en casa*, y este tipo de máximas evidentemente inmorales, pero que os han sido sugeridas por la situación general de la sociedad? ¿Qué madre, aunque perteneciente a una fe que adora la cruz de Cristo mártir voluntario de la Humanidad, no ha puesto sus brazos al cuello de su hijo, intentando apartarle de tentativas peligrosas en favor del bien de sus hermanos? Y, cuando incluso encontrarais en vosotros mismos la fuerza para enseñar lo contrario, ¿la sociedad entera no destruiría el efecto de vuestras palabras con sus mil voces, con sus mil malísimos ejemplos? ¿Podéis vosotros mismos purificar, levantar vuestra alma en una atmósfera de corrupción y degradación? Y, bajando a vuestras condiciones materiales, ¿creéis que pueden mejorar definitivamente por otra vía que no sea la vía de la mejora común?

Millones de libras esterlinas se gastan anualmente aquí en Inglaterra, donde escribo, surgidas de la caridad de personas privadas con el fin de aliviar a individuos caídos en la miseria; y la miseria crece anualmente. La caridad hacia los individuos ha demostrado ser incapaz de sanar las llagas, y la necesidad de remedios orgánicos colectivos es cada vez más universalmente sentida. Cuando el país está amenazado continuamente —en virtud de las leyes injustas que lo gobiernan— por

una lucha violenta entre los opresores y los oprimidos, ¿creéis que pueden volver a fluir los capitales y abundar las grandes empresas, duraderas y costosas? Cuando los impuestos y las prohibiciones dependen del capricho de un gobierno absoluto que no tiene quien lo modere, y cuyos gastos en ejércitos, espías, empleados o pensionados crecen con las necesidades de su seguridad, ¿creéis que la actividad de la industria y de las manufacturas puede ser objeto de un desarrollo progresivo y continuo? ¿Responderéis que basta organizar mejor el gobierno y las condiciones sociales en vuestra patria? No basta. Ningún pueblo vive hoy exclusivamente de sus productos. Vivís de intercambios, de importaciones y exportaciones. Una nación extranjera que se empobrece, en la que disminuye la cifra de consumidores, es un mercado menos para vosotros. Un comercio extranjero que, como consecuencia de los malos ordenamientos permanece en crisis o en la ruina, produce crisis o ruina en el vuestro. Los fracasos de Inglaterra o de América conllevan fracasos italianos. El crédito es hoy una institución no nacional, sino europea. Y, además, todo intento de mejora nacional que hagáis tendrá como enemigos a todos los gobiernos, en virtud de las Alianzas contraídas por los príncipes, los primeros en darse cuenta de que la cuestión es hoy general. Y, de hecho, no hay esperanza para vosotros si no es en la mejora universal, en la hermandad entre todos los pueblos de Europa y, por Europa, de la Humanidad.

Por tanto, hermanos míos, no olvidaréis nunca que, por deber y en beneficio vuestro, vuestros primeros deberes son hacia la Humanidad, y sin cumplir esos deberes no podéis esperar cumplir los que la patria y la familia imponen. Sean vuestra palabra y vuestras obras

para todos, como Dios es para todos en su amor y en la Ley. En cualquier lugar que os halléis, donde un hombre lucha por el derecho, por la justicia y por la verdad, allí tenéis a un hermano vuestro; donde un hombre sufre atormentado por el error, por la injusticia o por la tiranía, allí tenéis a un hermano vuestro. Libres o esclavos, TODOS sois HERMANOS. Uno es vuestro origen, una vuestra ley, uno el fin para todos vosotros. Una sea vuestra creencia, una vuestra acción, una la bandera bajo la que os enroléis. No digáis: *el lenguaje que nosotros hablamos es distinto*. Las lágrimas, las acciones y el martirio tienen un lenguaje común para cuantos existen y que todos comprendéis. No digáis: *la Humanidad es demasiado vasta, y nosotros demasiado débiles*. Dios no mide las fuerzas, sino las intenciones. Amad a la Humanidad. En cada una de vuestras obras en el marco de la Patria o de la familia, preguntaos a vosotros mismos: *si lo que yo hago fuese hecho por todos y por todo, ¿beneficiaría o dañaría a la Humanidad?* Y si la conciencia os responde: *dañaría*, desistid; desistid incluso cuando os parezca que de vuestra acción saldría una ventaja inmediata para la Patria o para la Familia. Sed apóstoles de esta fe propia del género humano, apóstoles de la hermandad de las Naciones y de la unidad, hoy admitida como principio pero negada con los hechos. Sedlo donde y como podáis. Ni Dios ni los hombres pueden exigir más de vosotros. Pero yo os digo que haciéndoos apóstoles —y cuando no podáis en otro lugar, en vosotros mismos—, beneficiaréis a la Humanidad. Los grados de educación que Dios hace alcanzar al género humano, Dios los mide en función del número y de la pureza de los creyentes. Cuando seáis puros y numerosos, Dios —que os cuenta— os abrirá el paso a la acción.

V

DEBERES HACIA LA PATRIA

Vuestros primeros Deberes, primeros al menos en importancia, son —como os dije— hacia la Humanidad. Sois *hombres* antes que *ciudadanos* o *padres*. Si no abrazarais con vuestro amor a toda la familia humana; si no confesarais la fe en su unidad, consecuencia de la unidad de Dios, y en el hermanamiento de los Pueblos que deben hacerla realidad; si allí donde gime un semejante, donde la dignidad de la naturaleza humana es violada por la mentira o por la tiranía, no estuvierais dispuestos —si pudierais— a socorrer a ese desgraciado y no os sintierais llamados —si pudierais— a confortar a los engañados y a los oprimidos, entonces traicionaríais vuestra ley de vida y no entenderíais la religión que bendecirá el porvenir.

Pero ¿qué puede *hacer cada uno* de vosotros, con sus fuerzas aisladas, para la mejora moral, para el progreso de la Humanidad? De vez en cuando, podéis ex-

presar infructuosamente vuestras creencias; muy pocas veces, podéis hacer una obra de *caridad* con un hermano que no pertenece a vuestras tierras, y nada más. Así pues, la *caridad* no es la enseñanza de la fe futura. La enseñanza de la fe futura es la *asociación*, la cooperación fraterna dirigida a un objetivo común, superior a la *caridad* en tanto en cuanto las obras de muchos de vosotros que se unen para levantar conjuntamente un edificio para vivir juntos es superior a la que realizaríais levantando cada uno una casucha por vuestra cuenta y limitándoos a intercambiar entre vosotros una ayuda en piedras, ladrillos y cal. Pero no podéis intentar esta obra común, divididos como estáis por la lengua, las inclinaciones, las costumbres y las facultades. El *individuo* es demasiado débil y la Humanidad demasiado vasta. El marinero de la Bretaña al zarpar reza así: *¡Dios mío, protégeme: mi barca es tan pequeña y vuestro Océano tan grande!* Esta plegaria resume la condición de cada uno de vosotros, si no se halla un medio para multiplicar indefinidamente vuestras fuerzas y vuestro poder de acción.

Dios encontró ese medio para vosotros cuando os daba una Patria, cuando —como un sabio maestro de obras distribuye las distintas tareas según las capacidades— repartía la Humanidad en grupos, en núcleos distintos sobre la faz de nuestro globo y lanzaba la semilla de las Naciones. Los gobiernos malvados han pervertido los designios de Dios que podéis ver claramente marcados, por lo que se refiere al menos a nuestra Europa, por el curso de los grandes ríos, por las curvas de las altas montañas y por los otros accidentes geográficos. Lo han pervertido con la conquista, con la avidez, con los celos por el justo poder ajeno. Tan per-

vertido que hoy, excepto Inglaterra y Francia, no hay Nación cuyos confines se correspondan con aquel proyecto. Los gobiernos malvados no conocían ni conocen Patria más allá de su familia, su dinastía, su egoísmo de casta. Mas los designios divinos se cumplirán con toda seguridad. Las divisiones naturales, las innatas y espontáneas inclinaciones de los pueblos substituirán a las divisiones arbitrarias sancionadas por los gobiernos malvados. El Mapa de Europa será rehecho. La Patria del Pueblo se levantará —con sus límites determinados por el voto de los hombres libres— sobre las ruinas de la Patria de los reyes y de las castas privilegiadas. Entre aquellas patrias habrá armonía y hermanamiento. Y, entonces, el trabajo de la Humanidad en pos de la mejora común, hacia el descubrimiento y la aplicación de la propia ley de vida, trabajo asociado y repartido según las capacidades locales, podrá hacerse realidad por medio de un desarrollo progresivo y pacífico. Entonces, cada uno de vosotros, fortalecido por el afecto y los medios de muchos millones de hombres que hablan la misma lengua, que están dotados de inclinaciones semejantes y educados por la misma tradición histórica, cada uno podrá esperar que sus propias obras beneficien a toda la Humanidad.

A vosotros, hombres nacidos en Italia, Dios asignaba —casi con amor de predilección— la Patria mejor definida de Europa. En otras tierras, marcadas por límites más inciertos o interrumpidos, pueden surgir contenciosos que un día se dirimirán con el voto pacífico de todos, pero que han costado y quizás todavía costarán lágrimas y sangre. En vuestra tierra no. Dios os ha extendido sobre líneas de confin elevadas e innegables. Por un lado, los montes más altos de Europa, los Alpes;

por el otro, el Mar, el inmenso Mar. Abrid un compás, colocad una punta al norte de Italia, en Parma; apuntad la otra en la desembocadura del Varo¹⁰ y marcad con ella un semicírculo, en dirección a los Alpes. Concluido el semicírculo, la punta que caiga en la desembocadura del Isonzo¹¹ habrá marcado la frontera que Dios nos daba. Hasta esa frontera se habla y se comprende vuestra lengua; más allá no tenéis derechos. Vuestras son innegablemente Sicilia, Cerdeña, Córcega y las islas menores colocadas entre aquéllas y la península italiana. La fuerza bruta puede disputaros estos confines todavía por algún tiempo; pero el acuerdo secreto de los pueblos los reconoce desde antiguo, y el día en que, todos a una, os levantéis para la última prueba y plantéis nuestra bandera tricolor en esa frontera, entonces Europa entera aclamará a la Italia renacida y aceptada en el consorcio de las Naciones. Debéis tender hacia esta última prueba con todos vuestros esfuerzos.

Sin Patria, no tenéis nombre, ni signo distintivo, ni voto, ni derechos, ni bautismo de hermanos entre los pueblos. Sois los bastardos de la Humanidad. Soldados sin bandera, israelitas de las Naciones, nadie tendrá fe en vosotros ni os dará protección; no tendréis fiadores. No soñéis en llevar a cabo vuestra emancipación de una injusta condición social si antes no os conquistáis una Patria. Donde no hay Patria, no hay Pacto común al que podáis acudir; desde el momento en que no existe una tutela común para la tutela propia, reina sólo el egoísmo de los *intereses* y quien tiene la supremacía

¹⁰ Río que va a desembocar al oeste de Niza.

¹¹ Río que, pasando por Gorizia, va a desembocar cerca de Monfalcone, en el golfo de Trieste. Sirve casi de frontera natural con la actual Eslovenia.

la conserva. No os seduzca la idea de mejorar vuestras condiciones materiales, sin resolver antes la Cuestión Nacional: no podréis conseguirlo. Vuestras asociaciones industriales y las corporaciones de mutuo socorro son buenas como obra educadora; como hecho económico seguirán siendo estériles hasta que no tengáis una Italia. El problema económico exige principalmente un aumento de capital y de producción; y mientras vuestro país esté desmembrado en partes; mientras esté separado por líneas aduaneras y dificultades artificiales de toda clase, no tendréis a vuestra disposición más que mercados restringidos y no podréis esperar su incremento. Hoy por hoy —no os hagáis ilusiones— no sois la clase obrera de Italia, sois fracciones de esa clase, incapaces y desiguales ante el gran objetivo que os habéis propuesto. En la práctica, vuestra emancipación sólo podrá iniciarse cuando un Gobierno Nacional, desde Roma, comprendiendo los signos de los tiempos, haya incluido en la Declaración de los Principios que constituirá la norma para el desarrollo de la vida italiana, las siguientes palabras: *el trabajo es sagrado y es la fuente de la riqueza de Italia*¹².

No os desviéis, por tanto, tras esperanzas de progreso material que, en vuestras condiciones actuales, son ilusorias. Sólo la Patria, la vasta y rica Patria italiana que se extiende desde los Alpes hasta la última tierra de Sicilia, puede realizar esas esperanzas. No podéis obtener lo que es vuestro *derecho* si no es obedeciendo a lo que os manda el Deber. Mereced y tendréis.

¹² No es casual que el artículo 1 de la constitución de la República italiana, elaborada en 1946 (que, tras el fascismo y la Segunda Guerra Mundial, substituía al Estatuto albertino), especifique que «*L'Italia é una Repubblica democratica, fondata sul lavoro.*»

¡Hermanos míos!, amad a la Patria. La Patria es nuestra casa; la casa que Dios nos ha dado, poniendo dentro una familia numerosa que nos ama y a la que nosotros amamos, con la que podemos entendernos mejor y más rápidamente que con otros, y que por la concentración dentro de un territorio dado y por la naturaleza homogénea de los elementos que la forman, está llamada a un especial tipo de acción. La Patria es nuestra empresa; los productos de nuestra actividad deben extenderse desde ella en beneficio de toda la tierra; pero los instrumentos del trabajo que nosotros podemos tratar mejor y más eficazmente están en ella, y no podemos renunciar a ellos sin traicionar la intención de Dios y sin disminuir nuestras fuerzas. Trabajando por la Patria conforme a los principios verdaderos, trabajamos en favor de la Humanidad. La Patria es el punto de apoyo de la palanca que debemos activar en beneficio de todos. Perdiendo ese punto de apoyo, corremos el riesgo de ser inútiles a la Patria y a la Humanidad. Antes de *asociarse* con las Naciones que componen la Humanidad, es necesario existir como Nación. No hay asociación más que entre iguales; y vosotros no tenéis existencia colectiva reconocida.

La Humanidad es un gran ejército que avanza hacia la conquista de tierras desconocidas, contra enemigos poderosos y sagaces. Los Pueblos son los distintos cuerpos, las divisiones de ese ejército. Cada uno tiene un puesto que le es confiado; cada uno tiene una operación concreta que desarrollar; y la victoria común depende de la exactitud con la que las distintas operaciones sean ejecutadas. No modifiquéis el orden de la batalla. No abandonéis la bandera que Dios os dio. Dondequiera que os halléis, sea el que sea el pueblo en cuyo seno las circunstancias os hayan situado, combatid por la libertad

de aquel pueblo, si el momento lo exige. Pero combatid como italianos, de tal guisa que la sangre que virtáis fructifique en honor y amor, no sólo a vosotros, sino a vuestra Patria. Y sea italiano el pensamiento continuo de vuestras almas; sean italianos los actos de vuestra vida; sean italianos los signos bajo los cuales os dispongáis a trabajar para la Humanidad. No digáis: *yo*, decid: *nosotros*. Que la Patria se encarne en cada uno de vosotros. Que cada uno de vosotros se sienta, salga fiador de sus hermanos; que cada uno de vosotros aprenda a conseguir que en él mismo sea respetada y amada la Patria.

La Patria es *una*, indivisible. Al igual que los miembros de una familia no gozan sentándose a la mesa común si uno de ellos está lejos, robado al afecto fraterno, así no tengáis alegría ni reposo mientras una parte del territorio en la que se habla vuestra lengua se halle substraída a la Nación.

La Patria es el signo de la misión que Dios os ha dado para cumplir en la Humanidad. Las facultades, las fuerzas de *todos* sus hijos deben asociarse para el cumplimiento de esa misión. Una cierta cantidad de deberes y derechos comunes corresponde a todo hombre que a la pregunta del *¿quién eres?* de otros pueblos, responda con el: *soy italiano*. Esos deberes y esos derechos no pueden estar representados más que por un *solo* Poder salido de vuestro voto. Por tanto, la Patria debe tener un solo Gobierno. Los políticos que se llaman *federalistas* y que quisieran hacer de Italia una hermandad de distintos Estados, desmiembran la Patria y no entienden la Unidad. Los Estados en los que hoy Italia se divide no son creación de nuestro pueblo. Salieron de cálculos de príncipes ambiciosos y de conquistadores extranjeros, y no contribuyen más que a acariciar la vanidad de las

aristocracias locales, para las que es necesario un espacio más restringido que el de la gran Patria.

Lo que vosotros, pueblo italiano, creasteis, embellecisteis, consagrasteis con vuestros afectos, con vuestras alegrías, con vuestros dolores, con vuestra sangre, es la Ciudad, el Municipio, no la Provincia ni el Estado. En la Ciudad, en el Municipio donde duermen vuestros padres y vivirán los que de vosotros nazcan, se ejercen vuestras facultades, vuestros derechos personales, se desarrolla vuestra vida de *individuo*. De vuestra Ciudad es de donde cada uno puede decir lo que cantan los venecianos de la suya: *Venezia la xe riostra: - L'averno falta mi*¹³. En la Ciudad tenéis necesidad de *libertad*, como en la Patria común tenéis necesidad de *asociación*. Sea, por tanto, vuestra fe: Libertad de Municipio y Unidad de Patria. No digáis: *Roma y Toscana, Roma y Lombardia, Roma y Sicilia*. Decid más bien: *ROMA y Florencia, ROMA y Siena, ROMA y Liorna*, y así para todos los Municipios de Italia. Roma para todo lo que representa la vida italiana, la vida de la Nación; vuestro Municipio para lo que representa la vida *individual*. Todas las demás divisiones son artificiales y no se apoyan sobre vuestra Tradición Nacional.

La Patria es una comunión de hombres libres e iguales hermanados, cuyos trabajos tienden armónicamente hacia un único fin. Debéis construirla y mantenerla así. La Patria no es un *conglomerado*, es una *asociación*. En consecuencia, no hay Patria de verdad sin un Derecho uniforme. No hay Patria donde la uniformidad de ese Derecho es violada por la existencia de castas, privilegios, desigualdades; donde la actividad de una parte de las fuerzas y facultades individuales es anulada o ador-

¹³ «Venecia es nuestra. La hemos hecho nosotros.»

mecida. Donde no hay un principio común aceptado, reconocido, desarrollado por todos, no hay Nación, ni pueblo, sino multitud, aglomeración fortuita de hombres que las circunstancias reunieron, y que circunstancias diferentes separarán. En nombre de vuestro amor a la Patria, combatiréis sin tregua la existencia de cualquier privilegio y de cualquier desigualdad en el suelo que os ha dado la vida. Un único privilegio es legítimo: el privilegio del Genio cuando el Genio se presente hermanado con la Virtud; pero es privilegio concedido por Dios y no por los hombres. Y, cuando lo reconocéis siguiendo sus inspiraciones, lo reconocéis libremente, ejercitando vuestra razón, vuestra elección. Cualquier privilegio que pretenda de vosotros sumisión en virtud de la fuerza, de herencia, de un derecho que no sea el derecho común, es usurpación, es tiranía. Y debéis combatirla y acabar con ella. La Patria debe ser vuestro Templo. Dios en la cima, un Pueblo de hombres iguales en la base; no tengáis otra fórmula, otra Ley moral, si no queréis deshonar a la Patria y a vosotros mismos. Las leyes de segundo rango que deben regular vuestra vida paso a paso sean la aplicación progresiva de esa Ley suprema.

Y, para que éstas lo sean, es necesario que *todos* contribuyan a hacerlas. Las leyes hechas por una sola fracción de ciudadanos no pueden reflejar, por la naturaleza misma de las cosas y de los hombres, más que el pensamiento, las aspiraciones, los deseos de esa fracción. No representan a la Patria, sino a un tercio, un cuarto, una clase, una zona de la Patria. La ley debe expresar la aspiración general, promover el beneficio de todos, responder al latido del corazón de la Nación. Por tanto, la Nación entera debe ser legisladora, directa o indirectamente. Cediendo a pocos hombres esa misión,

substituís a la Patria —que es la unión de *todas* las clases— por el egoísmo de *una* clase.

La Patria no es un territorio; el territorio no es más que la base. La Patria es la idea que brota sobre él; es el pensamiento de amor, el sentido de comunión que apiña a todos los hijos de ese territorio. Mientras uno solo entre vuestros hermanos no esté representado por su propio voto en el desarrollo de la vida nacional; mientras uno solo vegete inculto entre los cultos; mientras uno solo, capaz y deseoso de trabajar, languidezca en la miseria por falta de trabajo, no tendréis la Patria común como deberíais tenerla, la Patria de todos, la Patria para todos. El *voto*, la *educación* y el *trabajo* constituyen los tres pilares básicos de la Nación. No tengáis descanso hasta que no sean levantados sólidamente por obra vuestra.

Y cuando estén levantados, cuando todos vosotros tengáis asegurado el pan del cuerpo y el del alma, cuando libres, unidos, cogidas vuestras manos como hermanos en torno a una madre amada, avancéis en hermosa y santa armonía hacia el desarrollo de vuestras facultades y de la misión italiana, recordad que esa misión es la Unidad moral de Europa y recordad los inmensos deberes que ella os impone. Italia es la única tierra que ha lanzado por dos veces el gran mensaje unificador a las naciones divididas. La vida de Italia fue vida de todos. Dos veces Roma fue la Metrópoli, el Templo del mundo europeo¹⁴: la primera, cuando nuestras águilas recorrieron conquistadoras de un extremo al otro las tierras

¹⁴ No sería casual que, posteriormente, lo fuera una tercera vez en 1961 con la firma del *Tratado de Roma*, que dio vida a la *Comunidad Económica Europea*, hoy *Unión Europea*

conocidas y las prepararon a la Unidad con las instituciones civiles; la segunda, cuando, domados los conquistadores del Norte por la potencia de la naturaleza, por los grandes recuerdos y por la inspiración religiosa, el genio de Italia se encarnó en el Papado y llevó a término desde Roma la solemne misión —que ha cesado desde hace cuatro siglos— de difundir el mensaje de Unidad de las almas a los pueblos del mundo cristiano. Alborea hoy para nuestra Italia una tercera misión, mucho más vasta porque el PUEBLO ITALIANO será más grande y potente que los Césares y los Papas; la Patria Una y Libre que vosotros debéis fundar. El presentimiento de esta misión inquieta a Europa y tiene encadenados a Italia la mirada y el pensamiento de las Naciones.

Vuestros deberes hacia la Patria están en función de la altura de esta misión. Tenéis que mantenerla pura de egoísmo, limpia de mentira y de las artes de ese jesuitismo político que llaman *diplomacia*.

La política de la Patria se fundará gracias a vuestra obra sobre la adoración a los *principios*, no sobre la idolatría del Interés y de la Oportunidad. Europa tiene países para los que la Libertad es sagrada en su interior y violada sistemáticamente fuera; pueblos que dicen: *una cosa es la Verdad y otra el Beneficio*; una cosa es la *teoría* y otra es la *práctica*. Esos países expiarán larga e inevitablemente su culpa en el aislamiento, en la opresión y en la anarquía. Mas vosotros conocéis la misión de nuestra Patria y seguiréis un camino diferente. Para vosotros Italia tendrá, igual que en el cielo un solo Dios, en la tierra una única verdad, una única fe y una única norma de vida política. En lo alto del edificio que el Pueblo de Italia levantará —más elevado que el Capitolio y el Vaticano—, plantaréis la bandera de la

Libertad y la Asociación, de manera que resplandezca ante los ojos de todas las Naciones, y no la esconderéis nunca por temor a los déspotas o por seducción de intereses de un día. Tendréis tanta audacia como fe. Confesaréis con orgullo ante el mundo y ante los que se dicen señores del mundo la idea que fermenta en el corazón de Italia. No renegaréis nunca de las Naciones hermanas. La vida de la Patria se desarrollará para vosotros hermosa y fuerte, libre de miedos serviles y de dudas escépticas, conservando como *base* al pueblo, como *norma* las consecuencias de sus principios, lógicamente deducidas y enérgicamente aplicadas, como *fuerza* la fuerza de todos, como *resultado* la mejora de todos, comodín el cumplimiento de la misión que Dios le daba. Y gracias a que vosotros estaréis dispuestos a morir por la Humanidad, la vida de la Patria será inmortal.

VI

DEBERES HACIA LA FAMILIA

La familia es la Patria del corazón. Hay un Ángel en la Familia que, con una misteriosa influencia de gracias, dulzura y amor, hace menos árido el cumplimiento del deber y menos amargos los dolores. Las únicas alegrías puras y no contaminadas de tristeza que le son dadas al hombre gozar sobre la tierra son —gracias a ese Ángel— las alegrías de la Familia. Quien no ha podido vivir la serena vida de la familia bajo las alas de ese Ángel por la fatalidad de las circunstancias tiene una sombra de aflicción derramada en el alma, un vacío en el corazón que nada puede colmar; y yo, que escribo para vosotros estas páginas, lo sé¹⁵. Bendecid a Dios

¹⁵ De hecho, desde muy joven Mazzini había estado separado de su familia de origen, residente en Génova, al seguir él los caminos del exilio político. Después, no llegó a formar una familia, a pesar de su intenso amor por Giuditta Sidoli, un año más joven que él, perteneciente a una familia acomodada de Milán, ya viuda de un

que creó a ese Ángel, vosotros que tenéis las alegrías y las consolaciones de la Familia. No las consideréis de poca importancia, porque creáis poder encontrar en otro sitio alegrías más ardientes o consolaciones más rápidas a vuestros dolores. La Familia tiene en sí un elemento de bien que es difícil hallar en otro lugar: su duración. Alrededor suyo, los afectos se extienden lentos, inadvertidos, pero tenaces y duraderos, como la hiedra en torno a la planta; os siguen hora tras hora; se identifican tácitamente con vuestra vida. A menudo no los distinguís porque forman parte de vosotros; pero, cuando los perdéis, sentís como si os faltara un no sé qué de íntimo y necesario para vivir. Entonces, erráis inquietos en un malestar. Podéis incluso procuraros alegrías o consuelos breves; pero no el consuelo supremo, la calma, la calma de la ola del lago, la calma del sueño de la confianza, del sueño que el niño duerme sobre el seno materno.

El Ángel de la familia es la Mujer. Madre, esposa, hermana, la Mujer es la caricia de la vida, la suavidad del afecto extendida a todas las dificultades, un reflejo sobre el individuo de la Providencia amorosa que vela sobre la Humanidad. Hay en ella tesoros de dulzura consoladora que son suficientes para atenuar cualquier dolor. Y es además para cada uno de nosotros la iniciadora del porvenir. El primer beso materno enseña al niño el amor. El primer santo beso de la amiga enseña al hombre la esperanza, la fe en la vida; y el amor y la fe crean

miembro de la Carbonería y con cuatro hijos, a quien conoció en Marsella en 1832 cuando él tenía veintisiete años, pero de la que tuvo que separarse un año después por razones políticas. Con todo, mantuvieron esporádicos contactos hasta la muerte de ella en marzo de 1871, exactamente un año antes de la desaparición de Mazzini.

el deseo de lo mejor, la fuerza para conseguirlo paso a paso, el futuro en definitiva cuyo símbolo viviente es el niño, nexo de unión entre nosotros y las generaciones futuras. Por ella, la Familia, con su Misterio divino de reproducción, apunta a la eternidad.

Tened, por tanto, por santa a la Familia, hermanos míos. Tenedla como condición inseparable de la vida, y rechazad todo ataque que pudiera venirle asestado por hombres embebidos de filosofías falsas y brutales, o por incautos que, irritados de verla a menudo convertida en un nido de egoísmo y de espíritu de casta, creen, como los bárbaros, que el remedio al mal está en suprimirla.

La Familia es una idea de Dios, no vuestra. Ningún poder humano puede suprimirla. Como la Patria, mucho más que la Patria, la Familia es un elemento constitutivo de la vida.

He dicho mucho más que la Patria. La Patria, sagrada hoy, quizás desaparezca un día, cuando cada hombre reflexione en su propia conciencia la ley moral de la Humanidad. En cambio, la Familia durará tanto como el hombre. Es la cuna de la Humanidad. Al igual que cada elemento constitutivo de la vida humana, la familia debe estar abierta al Progreso, mejorar cada época sus inclinaciones y sus aspiraciones; pero nadie podrá eliminarla.

Vuestra misión es ésta: hacer la Familia cada vez más santa y cada vez más ligada a la Patria. Lo que la Patria es para la Humanidad, la Familia debe serlo para la Patria. De la misma forma que os he dicho que la función que corresponde a la Patria es la de educar a *hombres*, así la función que corresponde a la familia es la de educar a *ciudadanos*. Familia y Patria son los dos

puntos extremos de una misma línea. Y, cuando no es así, la Familia se convierte en Egoísmo, tanto más asqueroso y brutal cuanto más prostituye, desviándola de su verdadero fin, la cosa más santa: los afectos.

Hoy, el egoísmo reina a menudo, desgraciada y forzosamente en la Familia. Las perversas instituciones sociales lo generan. En una sociedad fundada en espías, esbirros, prisiones y patíbulos, la pobre madre, trémula ante cada noble aspiración de su hijo, se siente forzada a enseñarle la desconfianza y a decirle: *¡mira!, el hombre que te habla de Patria, de Libertad, de Porvenir, y que tú quisieras abrazar, quizás no es más que un traidor.* En una sociedad en la cual el mérito es peligroso, y la riqueza es la única base de la fuerza, de la seguridad, de la defensa contra la persecución y la prepotencia, el padre es arrastrado por el afecto a decir al joven que anhela la Verdad: *date cuenta, la riqueza es tu defensa; la Verdad sola no puede servirte de escudo contra la fuerza ajena, contra la corruptela ajena.* Pero yo os hablo de un tiempo en el que, con vuestro sudor y con vuestra sangre¹⁶ habréis fundado para vuestros hijos una Patria de hombres libres constituida sobre el mérito y sobre el bien que cada uno de vosotros habrá hecho a sus hermanos. Hasta entonces, desgraciadamente no tenéis ante vosotros más que un único camino para mejorar, un único y supremo deber a cumplir: el de organizares, prepararos, elegir la hora oportuna, luchar y conquistaros vuestra Italia con la insurrección.

¹⁶ Alusión a la Revolución francesa, también contenida en el *Fausto* de Goethe (en la Cocina de bruja, de la I parte), pero en un sentido inverso. Ya no será la corona que esté embadumada de sudor y sangre ajeno, sino que la Patria tendrá como cimientos el sudor y la sangre de sus hijos, vertidos por voluntad propia.

Sólo entonces podréis atender al resto de vuestros deberes, sin obstáculos serios y continuos. Y entonces, cuando probablemente yo ya esté bajo tierra, volved sobre estas páginas mías: los pocos consejos fraternos que contienen, vienen de un corazón que os ama y están escritos siendo consciente de la Verdad.

Amad y respetad a la mujer. No busquéis en ella sólo un consuelo, sino una fuerza, una inspiración, un redoblamiento de vuestras facultades intelectuales y morales. Borrada de vuestra mente toda idea de superioridad: no tenéis ninguna. Un largo prejuicio ha creado, con una educación desigual y una perenne opresión de leyes, esa *aparente* inferioridad intelectual de la que hoy se sirven para mantener esa opresión. Pero la historia de las opresiones ¿no os enseña que quien oprime se apoya siempre en un hecho creado por él mismo? Hijos del pueblo, las castas feudales os disputaron la *educación* casi hasta nuestros días; después, de la falta de educación se sirvieron y se sirven también hoy para excluirlos del santuario de la *ciudad*, del recinto donde se hacen las leyes y del derecho de voto que da inicio a vuestra misión social. Los dueños de los negros en América declaran que esa raza es radicalmente inferior e incapaz de educación y, mientras, persiguen a cualquiera que se preste a educarla. Desde hace medio siglo, los fautores de las familias reinantes afirman que nosotros italianos no somos aptos para la libertad y, mientras, con las leyes y con la fuerza bruta de ejércitos asalariados, mantienen cerrada toda vía para que podamos vencer ese obstáculo de la ineptitud —en el caso de que existiera—, como si la tiranía pudiera llegar a ser un modo de educación para la libertad.

Pues bien, todos nosotros fuimos y somos todavía reos de una culpa semejante hacia la Mujer. Alejad de vosotros hasta la sombra de aquella culpa; puesto que no hay culpa más grave ante los ojos de Dios que la que implica una división en dos clases de la familia humana e impone o acepta que una esté sometida a la otra. Ante Dios Uno y Padre no hay *hombre* ni *mujer*; sino el ser *humano*, el ser en el cual, bajo el aspecto de hombre o de mujer, se encuentran todos los caracteres que distinguen a la *Humanidad* del orden de los animales: inclinación social, capacidad de educación y facultad de progreso. Dondequiera que se revelen estos caracteres, allí existe la naturaleza humana, por tanto, igualdad de derechos y de deberes. Como dos ramas distintas que parten desde un mismo tronco común, el hombre y la mujer parten, en su diversidad, desde una base común, que es la *Humanidad*. No existe desigualdad entre uno y otro; más bien, como a menudo ocurre entre dos hombres, sólo hay diversidad de inclinaciones y de vocaciones especiales. Dos notas de *un* acorde musical ¿son desiguales o de naturaleza distinta? La mujer y el hombre son dos notas sin las cuales el acorde *humano* es imposible. ¿Tienen deberes y derechos generales distintos dos Pueblos llamados —por sus inclinaciones especiales o por las condiciones en que viven— uno a difundir el pensamiento de la asociación humana a través de las colonias y el otro a predicarlo con la producción de obras maestras de arte o de literatura universalmente admiradas? Ambos Pueblos son apóstoles, conscientes o no, del mismo concepto divino: iguales y hermanos en él. El hombre y la mujer tienen, como aquellos dos Pueblos, funciones distintas en la Humanidad; pero esas funciones son igualmente sagradas,

necesarias al desarrollo común, ambas representativas de la Idea que Dios ponía, como alma, en el Universo. Así pues, tened a la mujer como compañera y partícipe no sólo de vuestras alegrías o de vuestros dolores, sino de vuestras aspiraciones, de vuestros pensamientos, de vuestros estudios y de vuestros intentos de mejora social. Tenedla como a un igual en vuestra vida civil y política. Sed las dos alas del alma *humana* hacia el ideal que hemos de alcanzar. La Biblia Mosaica ha dicho: *Dios creó al hombre y del hombre a la mujer*¹⁷. Sin embargo, vuestra Biblia, la Biblia del porvenir, dirá: *Dios creó la Humanidad, manifestada en la mujer y en el hombre*¹⁸.

Amad los hijos que la Providencia os manda. Pero amadlos con un amor verdadero, profundo y sobrio; no con un amor extenuante, irrazonable y ciego, que es egoísmo para vosotros y ruina para ellos. En nombre de lo que os es más sagrado, no olvidéis nunca que tenéis a vuestro cuidado a las generaciones futuras, que tenéis hacia esas almas que os son confiadas, hacia la Humanidad y hacia Dios la más tremenda responsabilidad que el ser humano pueda conocer: debéis iniciarlas no a las alegrías o a los placeres de la vida, sino a la vida misma, a sus deberes y a la ley Moral que la gobierna. Pocas madres y pocos padres, en este siglo irreligioso, entienden —especialmente en las clases acomodadas— la gravedad y la santidad de la misión educadora; pocas madres y pocos padres piensan que las numerosas víctimas, las luchas incesantes y el largo

¹⁷ Aquí Mazzini hace referencia sólo al *segundo* de los relatos del Génesis, el relato *elohista* (Gen 2, 20-25).

¹⁸ Esta idea de Mazzini se acercaría más propiamente al *primer* relato del Génesis, el relato *yavista* (Gen 1, 26-27).

martirio de nuestros tiempos son fruto en gran parte del egoísmo injertado treinta años atrás en las almas por madres débiles o por padres incautos, que dejaron que sus hijos se acostumbraran a considerar la vida no como deber y misión, sino como búsqueda de placeres y estudio del propio bienestar. Para vosotros, hombres del trabajo, los peligros son menores. La mayoría entre los nacidos de vosotros desgraciadamente aprenden la vida a partir de las privaciones. Y, por otra parte, obligados por vuestra pobre condición social a continuas tareas, menores son en vosotros las posibilidades de educar como convendría hacerlo. A pesar de ello, incluso vosotros podéis cumplir en parte esa ardua misión. Podéis hacerlo con el ejemplo y con la palabra.

Podéis con el ejemplo.

«Vuestros hijos serán semejantes a vosotros, corruptos o virtuosos, en función de que vosotros seáis virtuosos o corruptos.

»¿Cómo pueden ellos ser honestos, piadosos y humanos, si vosotros carecéis de probidad, si no tenéis corazón para vuestros hermanos?, ¿cómo reprimirán sus apetitos groseros si os ven abandonados a la intemperancia?, ¿cómo conservarán intacta su natural inocencia si no teméis ultrajar ante ellos el pudor con actos indecentes o con palabras obscenas?

«Vosotros sois el modelo viviente sobre el que se formará su naturaleza moldeable. De vosotros depende que vuestros hijos sean hombres o brutos»¹⁹.

Y podéis educar con la palabra. Habladles de Patria, de lo que fue, de lo que debe ser. Por la noche, cuando, entre la sonrisa de la madre y el ingenuo charloteo de

los muchachos sentados sobre vuestras rodillas, olvidáis las fatigas de la jornada, repetidles los grandes hechos protagonizados por los hombres del pueblo de nuestras antiguas repúblicas. Enseñadles los nombres de los buenos que amaron a Italia y a su pueblo, y por un camino de calamidades, de calumnias y de persecuciones, intentaron mejorar sus destinos. Inspirad poco a poco en sus jóvenes corazones, no el odio contra los opresores, sino la enérgica decisión contra la opresión. Aprendan de vuestros labios y del tranquilo asentimiento materno, que es bueno seguir los caminos de la Virtud, que es grande levantarse como apóstoles de la Verdad, que es santo el sacrificarse, si es necesario, por sus propios hermanos. Infundid en las tiernas mentes, junto a la semilla de la rebelión contra toda *autoridad* usurpada y sostenida por la fuerza, la reverencia a la verdadera, a la única Autoridad, la autoridad de la Virtud coronada del Genio. Haced que sean adversos tanto a la tiranía como a la anarquía, y crezcan en la religión de la conciencia inspirada —no encadenada— por la tradición. La Nación debe ayudaros en esta obra. Y vosotros, en nombre de vuestros hijos, tenéis derecho a exigirlo. Sin Educación Nacional no existe verdaderamente Nación.

Amad a vuestros padres. La Familia que de vosotros procede no os haga olvidar nunca a la familia de la que procedéis. Desgraciadamente, a menudo los nuevos vínculos debilitan los antiguos, mientras que no deberían ser sino un nuevo anillo en la cadena de amor que debe anudar en una tres generaciones de la Familia. Circundad de afecto tierno y respetuoso hasta el último día las cabezas encanecidas de vuestra madre y de vuestro padre. Llenadles de flores su camino a la

¹⁹ Lamennais, *Libro del Pueblo*, XII. (N. del A.)

tumba. Difundid un perfume de fe y de inmortalidad sobre sus almas cansadas con la continuidad del amor. Y el afecto puro que conserváis para vuestros padres sea prenda del afecto que os tendrán vuestros hijos.

Padres, hermanas y hermanos, esposa e hijos, sean para vosotros como ramas colocadas en distinto orden en el tronco de la misma planta. Santificad la Familia en la unidad del amor. Haced de ella como un Templo desde el cual unidos podáis sacrificaros a la Patria. Yo no sé si seréis felices; pero sí sé que, actuando así, incluso en medio de las posibles adversidades, brotará en vosotros una sensación de serena paz, un descanso gracias a la conciencia tranquila, que os dará fuerza ante cualquier prueba, y os mantendrá entreabierto un rayo azul de cielo en toda tempestad.

VII

DEBERES HACIA SÍ MISMO

Preliminares

Os he dicho: *tenéis vida; por tanto, tenéis una ley de vida... El primer o, mejor, vuestro único Deber es desarrollaros, actuar, vivir según la ley de vida.* Os he dicho que para conocer cuál es la ley de vuestra vida, Dios os ha dado dos medios: *vuestra* conciencia y la conciencia de la Humanidad, el acuerdo de vuestros hermanos. Os he dicho que cada vez que, interrogando vuestra conciencia, encontréis su voz en armonía con la gran voz del género humano que se os ha transmitido a través de la historia, estáis seguros de tener la verdad eterna, inmutable, en vuestras manos.

Hoy difícilmente podéis interrogar como es debido la gran voz que la Humanidad os transmite a través de la Historia. Hasta ahora os faltan libros verdaderamente buenos y escritos para el pueblo, y os falta tiempo. Pero los hombres que, desde hace más de medio siglo, mejor

representan por inteligencia y conciencia los estudios históricos y la ciencia de la Humanidad han hallado en aquella voz algunos caracteres de nuestra Ley de Vida. Han hallado que la naturaleza humana es esencialmente *educable* y esencialmente *social*; han hallado que, al igual que no hay ni puede haber más que un solo Dios, no hay ni puede haber más que una sola Ley para el hombre *individuo* y para la Humanidad *colectiva*; han hallado que el carácter fundamental, universal de esta Ley es el PROGRESO. De estas verdades, hoy más que nunca innegables porque están confirmadas por todas las ramas del saber humano, se desprenden todos vuestros deberes hacia vosotros mismos, y también vuestros *derechos*, que se resumen en uno: *el derecho a no ser obstaculizados en lo más mínimo en el cumplimiento de vuestros deberes y, en cambio, dentro de ciertos límites, el derecho a ser ayudados en ello.*

Sois y os sentís *libres*. Todos los sofismas de una mísera filosofía que quisiera substituir el grito de la conciencia humana con una doctrina de no sé qué fatalismo, no son suficientes para borrar dos testimonios irrefutables en favor de la *libertad*: el remordimiento y el Martirio. Desde Sócrates hasta Jesús, desde Jesús hasta los hombres que mueren cada cierto tiempo por la Patria, los Mártires de una Fe protestan contra esa doctrina servil gritándoos: «amábamos la vida; amábamos a los seres que nos la hacían entrañable y que nos suplicaban que cediéramos. Todos los impulsos de nuestro corazón nos decían a cada uno de nosotros: ¡vive!; pero para la salvación de las generaciones venideras, elegimos morir». Desde Caín²⁰ hasta el espía vulgar de

nuestros días, los traidores de sus hermanos, los hombres que se han puesto en la vía del mal, sienten en el fondo del alma una condena, una inquietud, un reproche que dice a cada uno de ellos: *¿por qué te alejaste de las vías del bien?* Sois *Ubres* y, por tanto, *responsables*. De esta libertad moral se desprende vuestro derecho a la libertad política, vuestro derecho a conquistarla y a mantenerla intacta, y, en los demás, el deber de no menoscabarla.

Sois *educables*. Existe en cada uno de vosotros una suma de facultades, de capacidades intelectuales y de inclinaciones morales, a las que sólo la *educación* puede dar impulso y vida, y que, sin ésta, yacerían estériles, inertes, no revelándose más que a modo de resplandores fugaces, sin un desarrollo armónico.

La educación es el pan del alma. Como la vida física, orgánica, no puede crecer y desarrollarse sin alimentos, así también la vida moral, intelectual, tiene necesidad, para ampliarse y manifestarse, de las influencias externas y de asimilar, al menos en parte, las ideas, los afectos y las inclinaciones ajenas. La vida del *individuo* se eleva, al igual que una planta, variedad dotada de existencia propia y de caracteres especiales, sobre el terreno común y se nutre de los elementos de la vida común. El individuo es un vástago de la HUMANIDAD, que alimenta y renueva sus propias fuerzas en las de ésta. Esta obra de alimentación y renovación tiene lugar con la Educación que transmite, directa o indirectamente al individuo, los resultados de los progresos de todo el género humano. Así pues, no sólo como *necesidad* de vuestra vida, sino como una santa comunión con todos vuestros hermanos, con todas las generaciones que vivieron, es decir, que pensaron y actuaron antes que la vuestra, así

²⁰ Cfr. Gen 4, 1-10.

es cómo, en los límites de lo posible, debéis conquistaros una educación: educación moral e intelectual, que abrace y fecunde todas las facultades que Dios os daba como depósito para hacer fructificar, que instituya y mantenga un nexo de unión entre vuestra vida individual y la de la Humanidad colectiva.

Y para que esta obra *educadora* tuviera lugar más rápidamente, para que vuestra vida individual se vinculara de forma más cierta e íntima con la vida *colectiva* de todos, con la vida de la Humanidad, Dios os hizo seres esencialmente *sociales*. Todo ser por debajo de vosotros *puede vivir* por sí mismo, sin más comunión que con la naturaleza, con los elementos del mundo físico: vosotros no podéis. Tenéis a cada paso necesidad de vuestros hermanos; y no podéis satisfacer las más simples necesidades de la vida sin ayudaros de las obras de éstos. Superiores a cualquier otro ser gracias a la asociación con vuestros semejantes, aislados sois inferiores en fuerza a muchos animales, y débiles e incapaces de desarrollo y de vida plena. Todas las más nobles aspiraciones de vuestro corazón como el amor a la Patria, e incluso las menos virtuosas como el deseo de gloria y de elogios ajenos, apuntan a una tendencia congénita en vosotros a acercar vuestra vida a la vida de millones de hombres que viven a vuestro alrededor.

Así pues, sois llamados a la *asociación*. Ésta centuplica vuestras fuerzas; hace vuestras las ideas ajenas, vuestro el progreso ajeno; y levanta, mejora y santifica vuestra naturaleza con los afectos y con el sentimiento creciente de la unidad de la familia humana. Cuanto más vasta sea vuestra asociación con vuestros hermanos, cuanto más íntima y general, más adelante os hallaréis en el camino de vuestra mejora. La Ley de la

vida no puede realizarse *toda* en su conjunto si no es con el trabajo conjunto de *todos*. Y a todo gran progreso, a cada descubrimiento de un fragmento de esa Ley corresponde en la Historia una ampliación de la asociación humana, un contacto más vasto entre pueblos diferentes. Cuando los primeros Cristianos proclamaron la unidad de la naturaleza humana frente a la filosofía pagana que admitía dos naturalezas, la de señores y la de esclavos, el pueblo romano había llevado sus águilas de paseo por todos los pueblos conocidos de Europa. Antes de que el Papado — dañino hoy, útil en los primeros siglos de esa institución— dijera: *el poder espiritual es superior al temporal*, los invasores llamados bárbaros habían puesto en contacto violento al mundo germánico con el latino. Antes de que la idea de Libertad aplicada a los pueblos promoviera el concepto de nacionalidad (que agita hoy a Europa y que triunfará), las guerras de la Revolución francesa y del Imperio napoleónico habían despertado y llamado a la acción a un elemento hasta entonces apartado, el elemento eslavo.

Vosotros sois, por último, seres *progresivos*.

Esta palabra PROGRESO, desconocida para la antigüedad, será de ahora en adelante una palabra sagrada para la Humanidad. Encierra toda una transformación social, política y religiosa.

La antigüedad, los hombres de las viejas religiones orientales y del Paganismo, creían en el Hado, en la Casualidad, en una Potencia arcana, ininteligible, señora arbitraria de las cosas humanas, creadora y destructora alternativamente, sin que el hombre pudiera entender, promover o acelerar sus necesidades. Creían al hombre incapaz de fundar ninguna cosa duradera, permanente, en nuestra tierra. Creían que los pueblos, condenados

a moverse en el círculo descrito por los hombres aquí abajo, nacían, alcanzaban la fuerza, luego se dirigían a la vejez, y fatal e irrevocablemente perecían. Con un horizonte de ideas y de hechos bastante restringido ante sí y sin conocimiento de la Historia, salvo la de su nación y a menudo de su ciudad, miraban al género humano únicamente como un *conglomerado* de hombres, sin vida ni ley propia, y no deducían sus pensamientos más que de la contemplación del individuo. La consecuencia de semejantes doctrinas era una tendencia a aceptar los *hechos* que prevalecían, sin cuidarse ni esperar cambiarlos. Donde las circunstancias habían implantado una forma republicana, los hombres de aquel tiempo eran republicanos; donde señoreaba el despotismo, eran esclavos sometidos y despreocupados del progreso. Pero en vista de que por todo, tanto bajo la forma republicana como bajo la tiranía, hallaban dividida la familia humana, o en cuatro castas como en Oriente, o en dos —de ciudadanos libres y esclavos— como en Grecia, aceptaban la división de las castas o la creencia en dos naturalezas distintas de hombres. Y lo aceptaron las inteligencias más portentosas del mundo griego, Platón y Aristóteles. La emancipación de vuestra clase era una imposibilidad entre hombres semejantes.

Los hombres que fundaron, a partir del mensaje de Jesús, una Religión superior a todas las creencias del viejo Oriente y del Paganismo, entrevieron —no conquistaron— la idea santa contenida en la palabra *Progreso*. Entendieron la unidad de la raza humana, entendieron la unidad de la ley, entendieron el deber de perfeccionamiento en el hombre: no entendieron la fuerza dada por Dios al hombre para cumplir este deber, ni el camino a través del cual se cumple. También ellos

se limitaron a deducir las normas de la vida de la contemplación del *individuo*. La Humanidad, como cuerpo colectivo, permaneció desconocida para ellos. Conocieron la Providencia y la substituyeron a la ciega Fatalidad de los antiguos; pero la conocieron como protectora del *individuo*, no como Ley de la Humanidad. Colocados entre la inmensidad del fin de perfeccionamiento que entreveían y la breve y pobre vida del individuo, sintieron la necesidad de un término medio entre uno y otro, entre el hombre y Dios, y, no poseyendo la idea de la Humanidad colectiva, recurrieron a una encarnación divina. Declararon que la fe en ella es la única fuente de salvación, de fuerza y de *gracia* para el hombre.

No sospechando la revelación *continua* que descende de Dios al hombre a través de la Humanidad, creyeron en una revelación *inmediata, única*, apeada en un momento determinado y gracias a un favor *especial de Dios*. Vieron el nexo que une a los hombres en Dios, pero no vieron el que los une en la Humanidad aquí en la tierra. A quien no captaba cómo una generación actuaba sobre otra, poco importaba la serie de las generaciones; así se acostumbraron a no contemplarlas. Se dispusieron a separar al hombre de la tierra, de las cosas concernientes a la Humanidad entera, y terminaron por oponer la *tierra* —que abandonaron a cualquier Poder de hecho y que llamaron lugar de *expiación*— al *cielo*, al que el hombre podía subir, en virtud de la gracia y de la fe, y del que expulsaron para siempre a quien no las tuviera. Siendo para ellos la revelación inmediata y *única* en un período determinado, de ello dedujeron que nada podía añadirse y que los depositarios de esa revelación eran infalibles. Olvidaban que el fundador de su religión había venido *no a anular la ley*,

sino a continuarla, añadiendo. Olvidaban que, en un momento solemne y con un sublime instinto de futuro, Jesús había dicho: *Yo os digo las cosas que hoy podéis entender y poner en práctica; pero vendrá después de mí el espíritu de verdad, y os hablará no por autoridad propia, sino recogiendo la inspiración de todos*, la inspiración colectiva²¹. En estas palabras se encuentra la profecía de la idea del Progreso y de la revelación continua de la Verdad por medio de la Humanidad; en ellas hay la justificación de la fórmula que la Roma renacida propuso a Italia con las palabras *Dios y el Pueblo*, escritas al inicio de sus decretos republicanos. Pero los hombres de las creencias de la Edad Media no podían entenderla. Los tiempos no estaban maduros.

Todo el edificio de las creencias que sucedieron al Paganismo se apoya sobre las bases que acabo de indicar. Está claro que ni siquiera sobre éstas podía fundarse vuestra emancipación aquí en la tierra.

Cerca de mil trescientos años después de las palabras de Jesús ahora citadas, un hombre, italiano, el más grande entre los italianos que yo conozco, escribía las siguientes verdades: «Dios es uno. El Universo es un pensamiento de Dios; por tanto, el Universo también es Uno. Todas las cosas vienen de Dios. Todas participan, más o menos, de la naturaleza divina, según los fines para los que son creadas. El hombre es nobilísimo entre todas las cosas: Dios ha puesto en él más parte de su naturaleza que en las otras cosas. Todo lo que viene de Dios tiende al mayor perfeccionamiento del que es capaz. La capacidad de perfeccionamiento en el hombre es indefinida. La Humanidad es Una. Dios no ha hecho nada inútil; y como existe

²¹ Ver *Evangelio* de Juan, cap. XVI. (*N. del A.*)

una Humanidad, debe existir un fin único para *todos* los hombres, un trabajo a realizarse por obra de todos ellos. El género humano, por tanto, debería trabajar unido de forma que todas las fuerzas intelectuales esparcidas en él consiguieran el más alto desarrollo posible en el ámbito del pensamiento y de la acción. Existe, por tanto, una Religión universal de la naturaleza humana.»

Ese hombre añadía que esta Religión universal, esta Unidad del mundo debía tener a alguien que la representara; y apuntaba a Roma, la Ciudad Santa cuyas piedras, decía, eran merecedoras de reverencia.

El hombre que escribía esas ideas se llamaba DANTE. Cada ciudad de Italia, cuando Italia sea libre y una, debería levantarle una estatua, porque esas ideas contienen en germen la Religión del Porvenir. Las escribía en libros latinos e italianos que se titulaban: *Della Monarchia* y *Convito*, difíciles de entenderse y hoy ignoradas incluso por los hombres que se dicen *literatos*. Pero las ideas, una vez lanzadas al mundo de la inteligencia, ya no mueren. Otro las recoge incluso olvidando la fuente. Los hombres admiran el roble, ¿quién se acuerda de la semilla de la cual salió?

La semilla que Dante lanzó fructificó. Recogida y fecundada de vez en cuando por alguna inteligencia preclara, se transformó en una planta al final del siglo pasado. La idea del Progreso como Ley de la Vida aceptada, desarrollada, comprobada en la historia y confirmada por la ciencia se convirtió en bandera del porvenir. Hoy no hay inteligencia rigurosa que no la ponga como eje de sus trabajos.

Hoy sabemos que la Ley de la Vida es PROGRESO: Progreso para el *individuo* y progreso para la Humanidad. La Humanidad cumple esa Ley en la tierra; el

Individuo en la tierra y en otro lugar. Un solo Dios; una sola Ley. Esa Ley se cumple lenta e inevitablemente en la Humanidad desde el momento de su propio nacimiento. La verdad no se ha manifestado nunca por completo o de golpe. Una revelación continua manifiesta en cada época un fragmento de la Verdad, una *palabra* de la Ley. Cada una de esas *palabras* modifica profundamente la vida humana en su camino de mejora, y constituye una *creencia*, una Fe. Así pues, el desarrollo de la Idea religiosa es indefinidamente progresivo; y, casi como columnas de un Templo, las *creencias* sucesivas, desarrollando y purificando cada vez más esa Idea, constituirán un día el gran Templo común de la Humanidad, la gran y única Religión de nuestra Tierra. Los hombres bendecidos por Dios con el Genio y con Virtud singular son sus Apóstoles; el Pueblo, el sentido *colectivo* de la Humanidad, es su intérprete; acepta esa revelación de la Verdad, la transmite de una generación a otra, y la pone *en práctica*, aplicándola a los diversos ámbitos, a las distintas manifestaciones de la vida humana.

La Humanidad es semejante a un hombre que vive indefinidamente y que aprende siempre. No hay, por tanto, ni puede haber infalibilidad de hombres ni de Poderes; no hay, ni puede haber *casta* privilegiada de depositarios e intérpretes de la Ley; no hay ni puede haber necesidad de *intermediario* entre Dios y el hombre, excepto la Humanidad. Dios, prefigurando un proyecto providencial de Educación progresiva para la Humanidad, poniendo el instinto de progreso en el corazón de cada hombre, ha puesto también en la naturaleza humana las facultades y las fuerzas necesarias para lograrlo. El hombre individuo, criatura libre y responsable, puede usar y abusar de él según que se mantenga en la vía

del Deber o ceda a las ciegas seducciones del Egoísmo; puede retrasarse o acelerar su propio progreso; pero ninguna fuerza humana puede borrar el proyecto providencial.

La Educación de la Humanidad *debe* lograrse. De las invasiones bárbaras, que parecían aniquilar la civilización, vemos salir después una nueva civilización superior a la antigua y extendida sobre una zona más extensa de la tierra; de la tiranía ejercida por los individuos vemos salir después un desarrollo más rápido de la libertad. La Ley y el Progreso deben cumplirse aquí en la tierra al igual que en otro lugar²². No hay oposición entre *tierra* y *cielo*; y es una blasfemia suponer que la obra de Dios —la casa que él nos ha dado— pueda despreciarse sin pecar, ser abandonada a los Poderes sean cuales sean, a las influencias del Mal, del Egoísmo o de la Tiranía. La Tierra no es lugar de *expiación*; es lugar de trabajo en pro del *ideal*, de lo Verdadero y de lo Justo que cada uno de nosotros tiene en germen en su alma. Escalón hacia una Mejora que no podemos alcanzar sino es glorificando a Dios en la Humanidad con las obras, y dedicándonos a convertir en *hechos* todo lo que podamos de su proyecto. El juicio que tendrá lugar sobre cada uno de nosotros, y que nos hará avanzar en la escalera del Perfeccionamiento o nos condenará a arrastrarnos nuevamente al estadio malvada o estérilmente recorrido²³, se fundará en el bien que habremos hecho a nuestros hermanos y en el grado de progreso que habremos ayudado a alcanzar a otros. La *asociación* siempre más íntima, siempre más y más vasta, con

²² Parafraseando la oración del *Padre nuestro*.

²³ Aquí Mazzini parecería apuntar a una cierta reencarnación de tipo budista.

nuestros semejantes es el medio por el que se multiplican nuestras fuerzas, el campo sobre el que se realizan nuestros Deberes, el camino para convertir el Progreso en hechos. Debemos tender a hacer de la Humanidad entera una Familia, cada uno de cuyos miembros represente en sí mismo la Ley moral en beneficio de los demás. Y como el perfeccionamiento de la Humanidad se alcanza de una época a otra, de generación en generación, el perfeccionamiento del *individuo* se alcanza de existencia en existencia, más o menos rápidamente según nuestras obras.

Éstas son *algunas* de la verdades contenidas en esta palabra *Progreso*, de la que saldrá la Religión del Porvenir. Sólo en ella puede lograrse vuestra emancipación.

VIII

LIBERTAD

Vivís y la vida que hay en vosotros no es obra de la Casualidad. La palabra *Casualidad*²⁴ no tiene ningún sentido, y no la encontramos más que para expresar la ignorancia de los hombres sobre ciertas cosas. La vida que hay en vosotros viene de Dios y revela en su desarrollo progresivo un *proyecto* inteligente, un fin.

El fin último, para el que fuimos creados, nos resulta todavía desconocido, y no puede ser de otro modo; y no por esto debemos negarlo. ¿Sabe acaso el niño a qué fin deberá tender en su Familia, en la Patria y en la Humanidad? No, pero el fin existe, y nosotros empezamos a saberlo para él. La Humanidad es el niño de Dios; Él sabe el fin hacia el que

²⁴ Aquí Mazzini utiliza la palabra *Caso*; también en el apartado anterior ha usado los términos *Caso* y *Pato* como sinónimos. Ambos pueden traducirse por casualidad, azar, hado, fatalidad, sino. En realidad, Mazzini lo que pretende es subrayar que todas esas voces implican la anulación de la libertad humana y, por tanto, de su responsabilidad.

ésta debe desarrollarse. La Humanidad apenas comienza hoy a comprender que la ley es Progreso; apenas comienza a entender con incertidumbre alguna cosa del Universo que tiene alrededor. Y la mayor parte de los individuos que la componen es aún inútil —por barbarie, servidumbre o falta absoluta de educación— para el estudio de esa Ley, para el examen del Universo, al que es necesario comprender antes que comprendemos a nosotros mismos. Sólo una minoría de los hombres que pueblan nuestra pequeña Europa es capaz de desarrollar sus facultades intelectuales hacia el fin del conocimiento. En vosotros mismos, la mayoría privados de instrucción y subyugados por la fatalidad de un trabajo físico mal organizado, estas facultades duermen mudas sin poder llevar su tributo a la pirámide de la ciencia. Así pues, ¿cómo podemos pretender conocer hoy lo que requiere la obra asociada de todos? ¿Cómo rebelarnos contra el hecho de no haber alcanzado todavía lo que constituiría el último grado de nuestro Progreso terreno, cuando —pocos y no asociados— apenas comenzamos a balbucear esa sagrada y fecunda palabra? Por tanto, resignémonos todavía por mucho tiempo a la ignorancia sobre las cosas que nos son inaccesibles, y no abandonemos —irritados como muchachos— el estudio de las que podemos descubrir. El descubrimiento de la Verdad exige modestia y temperancia en el deseo tanto como constancia. La impaciencia y el orgullo humano han perdido o desviado del recto sendero a muchas más almas que la deliberada maldad. Esta es la verdad que nos ha querido enseñar la Antigüedad, cuando nos narraba que el Déspota deseoso de alcanzar el cielo no supo levantar más que una Torre de confusión²⁵; y que los Gigantes que asaltaron el Olimpo yacen fulminados bajo nuestros volcanes.

²⁵ Cfr. Gen 11, 1-10.

De lo que importa convencerse es de que, cualquiera que sea el *fin* hacia el que tendamos, no podremos descubrirlo y alcanzarlo si no es con el desarrollo progresivo y con el ejercicio de nuestras facultades intelectuales. Nuestras facultades son los instrumentos de trabajo que Dios nos dio. Por tanto, es necesario que su desarrollo sea promovido y ayudado; y su ejercicio protegido y libre. Sin libertad, no podéis desarrollar ninguno de vuestros deberes. Así pues, tenéis *derecho* a la Libertad y *Deber* de conquistarla de cualquier modo y contra cualquier Poder que la niegue.

Sin *libertad* no existe Moral, porque no existiendo libre elección entre el bien y el mal, entre la dedicación al progreso común y el espíritu de egoísmo, no existe responsabilidad. Sin libertad no existe sociedad verdadera, porque entre libres y esclavos no puede existir *asociación*, sino sólo *dominio* de unos sobre otros. La libertad es sagrada como el *individuo*, del que ella representa la vida. Donde no hay libertad, la vida se reduce a una pura función orgánica. Dejando que su libertad sea violada, el hombre traiciona su propia naturaleza y se rebela contra los decretos de Dios.

No hay libertad donde una casta, una familia o un hombre asume el dominio sobre los demás en virtud de un pretendido derecho divino, en virtud de un privilegio derivado del nacimiento o en virtud de riquezas. La libertad debe ser para todos y frente a todos. Dios no delega la soberanía en ningún individuo; la parte de soberanía que puede manifestarse en nuestra tierra es confiada por Dios a la Humanidad, a las Naciones, a la Sociedad. E incluso esta parte cesa y abandona aquellas fracciones colectivas de la Humanidad, cuando éstas no la dirigen al bien, al cumplimiento del designio.

providencial. Por tanto, no existe Soberanía de *derecho* en nadie; existe una Soberanía del fin y de los actos que tienden a él. Los actos y el fin hacia los que caminamos deben ser sometidos al juicio de todos. Por eso, no hay ni puede haber *soberanía permanente*. La institución que se llama Gobierno no es más que una Dirección: una misión confiada a algunos para alcanzar con más solicitud el fin de la Nación. Y, si esa misión es traicionada, el poder de dirección confiado a esos pocos debe cesar. Todo hombre llamado al Gobierno es un administrador del pensamiento común; debe ser *elegido* y revocado toda vez que lo entienda equivocadamente o lo combata deliberadamente. De ahí que, lo repito, no pueda existir casta o familia que obtenga el Poder por derecho propio, sin violación de vuestra libertad. ¿Cómo podríais llamaros libres ante hombres a quienes correspondiera la facultad del *mando* sin vuestro consentimiento? La República es la única forma legítima y lógica de Gobierno.

No tenéis más señor que Dios en el cielo y el Pueblo en la tierra. Cuando hayáis descubierto una simple línea de la Ley o de la voluntad de Dios, debéis cumplirla bendiciendo. Cuando el Pueblo, la unión colectiva de vuestros hermanos, declara que tal es su creencia, debéis inclinar la cabeza y absteneros de cualquier acto de rebelión. Pero hay cosas que constituyen vuestro *individuo* y son esenciales a la vida humana. Sobre éstas ni siquiera el pueblo tiene potestad. Ninguna mayoría, ninguna fuerza colectiva, puede quitaros lo que os hace *hombres*. Ninguna mayoría puede decretar la tiranía y apagar o alienar su propia libertad. Contra el pueblo suicida que esto hiciera, no podéis usar la fuerza, pero vive y vivirá eterno en cada uno de vosotros el derecho de protesta en el modo que las circunstancias os sugieran

Debéis tener libertad en todo aquello que es indispensable para alimentar la vida, moral y materialmente.

Libertad personal, libertad de movimiento, libertad de creencias religiosas, libertad de opinión sobre cualquier cosa, libertad para expresar vuestro pensamiento en la prensa o en cualquier modo pacífico, libertad de asociación para poderlo fecundar en el contacto con el pensamiento ajeno, libertad de trabajo, libertad de comercio para sus productos. Todas éstas son cosas que nadie puede quitaros —salvo en raras excepciones, que ahora no es necesario decir— sin grave injusticia y sin que surja en vosotros el deber de protestar.

En nombre de la Sociedad, nadie tiene derecho a encarcelaros o someteros a restricciones personales o a vigilancia, sin deciros el porqué, sin decíroslo con la menor dilación posible, sin llevaros con solicitud ante el poder judicial del país. Nadie tiene derecho a bloquear —con restricciones de pasaportes o de otro género— vuestro movimiento por cualquier parte de la Tierra, que es vuestra Patria. Nadie tiene derecho a perseguiros, a ser intolerantes o a legislar de forma única en lo que a vuestras opiniones religiosas se refiere. Nadie más que la gran y pacífica voz de la Humanidad tiene derecho a interponerse entre Dios y vuestra conciencia. Dios os ha dado el Pensamiento; nadie tiene derecho a atarlo o a suprimir su expresión, que es la comunión de vuestra alma con el alma de vuestros hermanos y la única vía de progreso que tenemos. La prensa debe ser ilimitadamente libre; los derechos de la inteligencia son inviolables, y toda *censura preventiva* es tiranía. La Sociedad únicamente puede *castigar*, como todas las demás culpas, las culpas de la prensa, así la predicación del delito o la enseñanza declaradamente inmoral. El

castigo en virtud de un juicio solemne es consecuencia de la responsabilidad humana, mientras que toda intervención *anterior* es negación de la libertad. La *asociación* pacífica es santa como el pensamiento; Dios ponía en vosotros la inclinación a ella como el encaminarse perenne al progreso y como prenda de la Unidad que la familia humana un día debe alcanzar. Ningún poder tiene derecho a impedirla o limitarla. Cada uno de vosotros tiene el deber de usar de la vida que Dios le dio, conservarla y desarrollarla; de ahí que a cada uno de vosotros le corresponda una deuda de trabajo, único medio para sustentarla materialmente. El trabajo es sagrado; nadie tiene derecho a prohibirlo, dificultarlo o hacerlo imposible con reglamentos arbitrarios. Nadie tiene el derecho a restringir el comercio libre de sus productos; la Tierra —que es vuestra Patria— es vuestro mercado y nadie puede limitarlo.

Pero cuando hayáis obtenido que estas libertades sean sagradas; cuando hayáis constituido por fin el Estado con el voto de todos, de modo que el *individuo* tenga entreabiertas ante sí todas las vías que pueden conducir al desarrollo de sus facultades; entonces, acordaos de que por encima de cada uno de vosotros está el fin, que es vuestro deber alcanzar: vuestro perfeccionamiento moral y el ajeno, comunión siempre más íntima y vasta entre todos los miembros de la familia humana, a fin de que un día ésta no reconozca más que una sola Ley.

«Debéis formar la familia universal, edificar la Ciudad de Dios, transformar progresivamente en hechos su obra en la Humanidad con un trabajo continuo.

»Cuando, amándoos los unos a los otros como hermanos, os tratéis recíprocamente como tales, y cada

uno, buscando su propio bien en el bien de todos, una su propia vida a la vida de todos, sus propios intereses a los intereses de todos, siempre dispuesto a sacrificarse por todos los miembros de la familia común —igualmente dispuestos a su vez a sacrificarse por él—, la mayoría de los males que hoy pesan sobre la raza humana desaparecerán, como los vapores condensados sobre el horizonte desaparecen al despuntar el sol. Y lo que Dios quiere se cumplirá, puesto que su voluntad es que el amor, uniendo poco a poco de forma cada vez más estrecha a los elementos dispersos de la Humanidad, y ordenándoles en un solo cuerpo, haga que la Humanidad sea una como él es uno»²⁶.

Hermanos míos, que las palabras que acabo de citar de un hombre que vivió y murió santamente, y amó con un amor inmenso al pueblo y a su porvenir, no se os borren de la mente. La libertad no es más que un *medio*; ¡ay de vosotros y de vuestro porvenir si os acostumbráis a mirarla como a un fin! Vuestro *individuo* tiene deberes y derechos propios que no pueden ser abandonados en manos de nadie; pero ¡ay de vosotros y de vuestro porvenir si el respeto que debéis a lo que constituye vuestra vida *individual* pudiera degenerar en un fatal *egoísmo*! Vuestra libertad no es la negación de toda autoridad, es la negación de toda autoridad que no represente el fin colectivo de la Nación, y que implique su implantación y su mantenimiento sobre una base diferente a la del libre y espontáneo consentimiento vuestro.

En estos últimos tiempos, algunas doctrinas de sofistas han pervertido el santo concepto de la Libertad. Unos la han reducido a un mezuquino e inmoral

²⁶ Lamennais, *Libro del Pueblo*, III. (N. del A.)

individualismo; han dicho que el *yo* lo es todo y que el trabajo humano y el ordenamiento social no deben tender más que a la satisfacción de sus deseos. Otros han declarado que *todo* gobierno, *toda* autoridad es un mal inevitable, que debe restringirse y limitarse al máximo; que la libertad no tiene límites; que el fin de toda Sociedad es únicamente el promoverla indefinidamente; que un hombre tiene derecho a usar y abusar de la libertad, *con tal que* ésta no redunde directamente en el mal ajeno; que un gobierno no tiene más misión que la de *impedir* que un individuo *dañe* a otro. Hermanos míos, rechazad estas falsas doctrinas; son las que retrasan también hoy a Italia en el camino de su grandeza futura. Las primeras han generado el egoísmo de clase; las segundas, de una sociedad que si está bien ordenada debe representar vuestro fin y vuestra vida colectiva, hacen sólo un esbirro o un agente de policía encargado de mantener una paz aparente. Ambas doctrinas arrastran la *libertad* a ser una *anarquía*; borran la idea de un perfeccionamiento moral colectivo; borran la misión educativa, la misión de Progreso con la que la sociedad debe comprometerse. Si llegaraís a entender de esta manera la Libertad, mereceríais perderla y, pronto o tarde, la perderíais.

Vuestra libertad será santa en cuanto se desarrolle bajo el predominio de la Idea del Deber y de la Fe en el perfeccionamiento común. Vuestra Libertad florecerá protegida por Dios y por los hombres, en tanto en cuanto no consista en el derecho de usar y abusar de vuestras facultades conforme os plazca elegir, sino en cuanto sea el derecho a *elegir libremente, según vuestras inclinaciones, los medios para hacer el bien.*

IX

EDUCACIÓN

Dios os ha hecho *educables*. Por eso, tenéis el deber de educaros por cuanto en vosotros hay, y tenéis derecho a que la sociedad a la que pertenecéis no os *impida* realizar vuestra obra educativa, os *ayude* en ella y os *supla* cuando os falten los medios para la educación.

Vuestra libertad, vuestros derechos, vuestra emancipación de unas condiciones sociales injustas, la misión que cada uno de vosotros debe realizar aquí en la tierra, dependen del grado de educación que os sea dado alcanzar. Sin educación no podéis elegir con rigor entre el bien y el mal; no podéis adquirir la conciencia de vuestros derechos; no podéis obtener la participación en la vida política sin la cual no conseguiréis emanciparos; ni podéis definir a vosotros mismos vuestra misión. La educación es el pan de vuestras almas. Sin ella, vuestras facultades duermen congeladas e infecundas, como la potencia de vida que existe en la semilla queda

estérilmente dormida, si ésta es echada en terreno no roturado, sin las ventajas de la irrigación y los cuidados asiduos de un agricultor.

Hoy por hoy vosotros o no tenéis educación, o bien la recibís de hombres y de poderes que a nadie representan más que a sí mismos y, no sirviendo a un principio regulador, están condenados esencialmente a mutilar o a falsear la educación. Los menos malvados entre vuestros educadores creen haber cumplido su deber, cuando en realidad han abierto un cierto número de escuelas de forma desigual en el territorio que gobiernan, donde vuestros hijos *pueden* recibir cualquier grado de enseñanza elemental. Esta enseñanza consiste principalmente en leer, escribir y contar.

Una enseñanza tal se llama *instrucción* y se diferencia de la *educación* igual que nuestros órganos se diferencian de nuestra *vida*. Nuestros órganos no son la vida; no son más que simples instrumentos y medios para ponerla de manifiesto; no la dominan, no la dirigen: pueden concretar en hechos la vida más santa o la más corrupta. Así la *instrucción* suministra medios para poner en práctica lo que la *educación* enseña; pero no puede suplantar a la *educación*.

La *educación* se dirige a las facultades *morales*, la *instrucción*, a las *intelectuales*. La primera desarrolla en el hombre la conciencia de sus deberes; la segunda hace al hombre capaz de ponerlos en práctica. Sin *instrucción*, la *educación* sería ineficaz con demasiada frecuencia; sin *educación*, la *instrucción* sería como una palanca a la que le falta el punto de apoyo. Vosotros sabéis leer: ¿para qué os sirve, si no sabéis en qué libros se encuentra el error y en cuáles la verdad? Con la escritura, vosotros sabéis comunicar vuestros

pensamientos a vuestros hermanos: ¿qué importaría si vuestros pensamientos sólo apuntaran al egoísmo? La *instrucción*, como la riqueza, puede ser fuente de bien o de mal según las intenciones con las que se utilice: consagrada al progreso de todos es un medio de civilización y de libertad; dirigida a la utilidad personal se convierte en medio de tiranía y corruptela. Hoy en Europa, la *instrucción* carente del grado correspondiente de *educación* moral es una plaga gravísima que mantiene la desigualdad entre clase y clase de un mismo pueblo e inclina los ánimos al cálculo, al egoísmo, a las transacciones entre lo justo y lo injusto, y a las falsas doctrinas.

La distinción entre los hombres que os ofrecen más o menos *instrucción* y los que os predicán *educación*, es más seria de lo que pensáis, y vale la pena que me detenga en ello.

Dos doctrinas, dos escuelas, dividen el campo de los que luchan por la libertad y contra el despotismo. La primera declara que la *soberanía* reside en el *individuo*; la segunda sostiene que ésta vive únicamente en la sociedad, y toma como norma el consentimiento manifestado por la mayoría. La primera cree haber cumplido su propia misión cuando ha proclamado los *derechos* que se creen inherentes a la naturaleza humana y ha tutelado la *libertad*. La segunda mira casi exclusivamente a la *asociación*, y deduce del pacto que la constituye los *deberes* de todo individuo. La primera no ve más allá de lo que yo llamé *instrucción*, porque la *instrucción* tiende de hecho a ofrecer facilidad de desarrollo a las facultades individuales, sin una norma general; la segunda entiende la necesidad de una *educación*, que para ella es la manifestación del programa *social*.

La primera conduce inevitablemente a la anarquía moral; la segunda, si olvida los derechos a la libertad, corre el riesgo de caer en el despotismo de la mayoría.

A la primera pertenecía toda esa generación de hombres llamados en Francia *doctrinarios*, que traicionó las esperanzas del pueblo tras la revolución de 1830 y, gritando *libertad de instrucción* y nada más, perpetuó el monopolio del gobierno entre la clase *burguesa* que tiene más medios para desarrollar las propias facultades individuales; la segunda, desgraciadamente, hoy no está representada más que por Sectas y Poderes pertenecientes a viejas creencias, hostiles al dogma del porvenir, el Progreso.

Ambas escuelas pecan de miras muy limitadas y exclusivistas.

La verdad es ésta:

La soberanía está en Dios, en la Ley moral, en el proyecto providencial que gobierna el mundo y que poco a poco es revelado por las inspiraciones del Genio virtuoso y por las tendencias de la Humanidad en las distintas épocas de su vida; también está en el fin que es necesario alcanzar, en la misión que es preciso cumplir. No hay soberanía en el individuo, no la hay en la sociedad, sino en cuanto uno y otra son compatibles con ese proyecto, con esa Ley, y se dirigen a ese fin. Un individuo o es el mejor intérprete de la Ley moral y gobierna en su nombre, o es un usurpador que hay que derrocar. El simple voto de una mayoría no constituye soberanía si contradice de forma evidente las normas morales supremas, o cierra deliberadamente la vía al Progreso futuro. No puede existir Soberanía fuera de estos tres términos: Bien social, Libertad, Progreso.

La Educación enseña cuál es el Bien social.

La instrucción asegura al individuo la libre elección de medios para progresar sucesivamente en el concepto del Bien.

Lo que debe importaros antes que nada es que vuestros hijos aprendan lo siguiente: qué conjunto de principios y creencias guían la vida de sus hermanos en el tiempo en que han sido llamados a vivir, y en la tierra que les ha sido asignada; cuál es el programa moral, social y político de su Nación; cuál el espíritu de la legislación por la que sus obras serán juzgadas; qué grado de progreso ha alcanzado la Humanidad; qué grado debe alcanzarse. Y os interesa que, desde sus años juveniles, se sientan unidos en un espíritu de igualdad y de amor hacia un fin común con los millones de hermanos que Dios les ha dado.

La Educación, que debe dar a vuestros hijos este tipo de enseñanza, no puede venir más que de la Nación.

Hoy la enseñanza moral es anarquía. Dejada exclusivamente a los padres es nula, ya que la miseria y la necesidad de un trabajo material casi continuo les quitan el tiempo para educar y los medios para poner en su lugar a unos educadores; y es mezquina, si el egoísmo y la corruptela han pervertido y contaminado a la familia. Los muchachos son entregados a tendencias supersticiosas o materialistas, de libertad o de resignación cobarde, de aristocracia o de reacción contra ella, según el instructor, sacerdote o laico, que las tendencias paternas eligen donde hay medios. Y, una vez llegados a la juventud, ¿cómo pueden hermanarse con obras coordinadas y representar en sí mismos la unidad del país? La sociedad les llama a promover el desarrollo de una idea común en la que nunca fueron iniciados. La sociedad los castiga por violaciones de leyes tal vez desconocidas, de las que

la sociedad nunca enseña su espíritu ni su fin al ciudadano. La sociedad desea de ellos cooperación y sacrificio para un fin que ninguna escuela les explica al inicio de su vida civil. Aunque parezca extraño, los hombres de la *doctrina*, a la que me acabo de referir hace poco, reconocen en cada *individuo* el derecho de amaestrar a los jóvenes; en cambio, no se lo reconocen a la *asociación* de todos, a la Nación. Su grito *libertad de enseñanza* deshereda a la Patria de toda dirección moral. Declaran importantísima la unidad del sistema monetario y de los pesos; y, en cambio, la unidad de los *principios* sobre los que la vida nacional debe tener su fundamento y desarrollo no es nada para ellos. No os debéis dejar engañar por ese grito que casi todos los fautores modernos de Constituciones repiten uno tras otro.

Sin Educación Nacional no existe moralmente una Nación. La conciencia nacional no puede salir más que de ella.

Sin Educación Nacional común a todos los ciudadanos, la fórmula igualdad de *deberes* y de *derechos* está vacía de sentido. En tal caso, el conocimiento de los *deberes*, la posibilidad del ejercicio de los *derechos* son dejados al azar de la suerte o al arbitrio de quien elige al educador.

Los hombres que se declaran adversos a la unidad de la educación invocan la libertad. ¿La libertad de quién? ¿De los padres o de los hijos? En su sistema, la libertad de los hijos es violada por el despotismo paterno; la libertad de las generaciones jóvenes sacrificadas a las viejas; y la libertad de progreso se convierte en ilusión. Las creencias individuales, quizás falsas y adversas al progreso, son transmitidas, en exclusiva y con autoridad, de padre a hijo, en la edad en que el discernimiento es imposible; más tarde, en las condiciones de la mayoría

de vosotros, la fatalidad de un trabajo material a todas horas imposibilitará al alma joven, en la que se habrán imprimido esas creencias, el confrontarlas con otras y modificarlas. En nombre de esa libertad engañosa, el sistema anárquico del que os hablo tiende a fundar y a perpetuar el peor de los despotismos: la *casta moral*.

Lo que ese sistema protege es el *capricho*, no la *libertad*. Libertad verdadera no existe sin igualdad; y la igualdad no puede existir entre quien no parte de una base, de un principio común, de una conciencia uniforme del Deber. La libertad sólo se ejerce más allá de esa conciencia. Os dije unas páginas atrás que la libertad verdadera no consiste en el derecho de elegir el mal, sino en el derecho de elegir entre las vías que conducen al *bien*. La *libertad* que invocan esos falsos filósofos es el arbitrio concedido al padre de elegir el mal para el hijo. Si un padre amenazara con mutilar, con un daño cualquiera en el cuerpo de su hijo, la sociedad intervendría llamada por todos; y el *alma*, la mente de aquel ser, ¿será menos que el cuerpo? ¿No podrá la sociedad protegerla de la mutilación de sus facultades, la ignorancia, y de la desviación del sentido moral, la superstición?

Ese grito de libertad de enseñanza resultó beneficioso en el pasado y resulta beneficioso también hoy dondequiera que la educación moral sea monopolio de un gobierno despótico, de una casta retrógrada, de un sacerdocio adverso al Progreso por motivos dogmáticos. Fue un arma contra la tiranía; una palabra de emancipación imperfecta, pero indispensable. Beneficiaos de ella dondequiera que seáis esclavos. Sin embargo, yo os hablo de un tiempo en el que la fe religiosa habrá escrito en las puertas del templo la palabra PROGRESO y todas las instituciones repetirán bajo distintas formas esa palabra,

y la Educación Nacional dirá al alumno al finalizar la enseñanza: *a ti, destinado a vivir bajo un Pacto común entre nosotros, hemos enseñado las bases fundamentales de ese Pacto, los principios en los que hoy por hoy cree tu Nación; observa que el primero entre esos principios es Progreso; mira que tu misión de hombre y de ciudadano es la de mejorar, siempre que puedas, la mente y el corazón de tus hermanos. Ve, examina, confronta; y, si descubres una verdad superior a la que creemos poseer, promúlgala valientemente y tendrás la bendición de tu Patria.* Entonces, no antes, rechazad ese grito de *libertad de enseñanza* como alejado de vuestras necesidades y funesto para la Unidad de la Patria; y pedid y exigid la implantación de un sistema de educación nacional gratuita y obligatoria para todos.

La Nación debe a cada ciudadano la transmisión de su programa. Cada ciudadano debe recibir en su escuela la enseñanza moral, un curso de nacionalidad que comprenda un cuadro sumario de los progresos de la Humanidad, la Historia Patria y la exposición sencilla de los principios que rigen la legislación del país; así como la instrucción elemental en torno a la cual no existen discrepancias. Cada ciudadano tiene que aprender en las escuelas la igualdad y el amor.

Transmitido este programa, la libertad recupera sus derechos. No sólo la enseñanza de la familia, sino todas las demás son sagradas. Todo hombre tiene derecho ilimitado a comunicar a los demás sus propias ideas; todo hombre tiene el derecho a escuchar. La Sociedad tiene que proteger y animar la libre expresión del Pensamiento, bajo cualquier forma; y tiene que abrir todas las vías para que el programa social pueda desarrollarse y modificarse para el bien.

X

ASOCIACIÓN - PROGRESO

Dios os ha hecho *sociales y progresivos*. De ahí que tengáis el deber de *asociaros* y de *progresar* en tanto en cuanto lo requiera la esfera de actividad en la que las circunstancias os situaron, y tengáis el derecho a que la sociedad a la que pertenecéis no se *interponga* en vuestra obra de asociación y de progreso, os *ayude* en ella y os *supla*, cuando los medios de *asociación* y de *progreso* os falten.

La *libertad* os *da facultad* para elegir entre el bien y el mal, es decir, entre el deber y el egoísmo. La *educación* debe enseñaros a *elegir*. La *asociación* debe daros *las fuerzas* con las que podréis convertir la elección en un hecho. El *progreso* es *el fin* que debéis proponeros a la hora de elegir y —cuando se haya cumplido visiblemente— será a la vez la prueba de que no os engañasteis en la elección. Dondequiera que una sola de estas cuatro condiciones sea traicionada o descuidada

no existe *hombre* ni *ciudadano*, o existe imperfecto o impedido en su desarrollo.

Por tanto, debéis luchar por todas, y especialmente por el derecho de Asociación, sin el cual la Libertad y la Educación resultan inútiles.

El derecho de Asociación es sagrado como la Religión, que es la Asociación de las almas. Sois todos hijos de Dios; entonces, sois hermanos. ¿Y quién puede sin delito limitar la asociación, la *comuni6n* entre hermanos?

Esta palabra *comuni6n* —que he pronunciado conscientemente— la conocéis por el Cristianismo, que, en el pasado, los hombres declararon religi6n inmutable y no es sino un escal6n en las manifestaciones religiosas de la Humanidad. Y es una palabra santa. Enseñ6 a los hombres que formaban una sola familia de hombres iguales en Dios; y reuni6 al señor y al *siervo* en una 6nica idea de salvaci6n, de esperanzas y de amor en el Cielo.

Era un inmenso progreso frente a los tiempos anteriores, cuando pueblo y filósofos creían que las almas de los ciudadanos y de los esclavos eran de naturaleza distinta. Y al Cristianismo le bast6 esta misi6n. La *comuni6n* era el s6mbolo de la igualdad y de la hermandad de las almas; y correspondía a la Humanidad el ampliar y desarrollar la verdad escondida en aquel s6mbolo.

La Iglesia no podía y no lo hizo. Tímida e incierta al principio, aliada con los Señores y con el poder temporal después, e impregnada de una tendencia a la aristocracia en provecho propio que no existía en el esp6ritu del fundador, se desorient6 tanto en su camino que, retrocediendo, disminuy6 el valor de la Comuni6n, limitándola para los laicos a la comuni6n s6lo en el pan

y conservando para los sacerdotes la comuni6n bajo las *dos especies*.

Desde entonces, el grito de cuantos sentían el derecho a una comuni6n ilimitada —sin distinción entre eclesiásticos y laicos— para toda la familia humana fue: *comuni6n bajo las dos especies al pueblo, ¡el c6liz al pueblo!* En el siglo XV, ese grito fue grito de multitudes sublevadas, preludio a la Reforma religiosa santificado por el martirio. Un santo var6n, Juan Huss de Bohemia, jefe de aquel movimiento, pereci6 entre las llamas encendidas por la Inquisici6n. Hoy la mayoría de vosotros ignora la historia de esas luchas y las creen luchas de fanáticos por cuestiones simplemente teol6gicas. Pero, cuando la Historia hecha popular por la Educaci6n Nacional os haya enseñado que todo progreso en la cuesti6n religiosa conlleva el correspondiente progreso en la vida civil, entenderéis el justo valor de esas contiendas, y honraréis la memoria de aquellos mártires como benefactores vuestros.

Debemos a esos mártires y a los que les precedieron el hecho de hoy saber que no existe casta privilegiada entre Dios y los hombres; que los mejores en virtud y sabiduría de cosas divinas y humanas pueden y deben aconsejarnos y dirigirnos por las vías del bien, pero sin monopolio de poder o supremacía de clase; y que el derecho de comuni6n es igual para todos. Lo que es santo en el Cielo es santo en la Tierra. Y la Comuni6n de los hombres en Dios lleva consigo la asociaci6n de los hombres en la vida terrena. La asociaci6n religiosa de las almas genera el derecho de asociaci6n en las facultades y en las obras que hacen *del pensamiento*, una *realidad*. Sea, por tanto, la Asociaci6n un deber y un derecho para vosotros.

Para limitar el derecho de asociación entre los ciudadanos, algunos os dirán que la asociación es el Estado, la Nación; que todos vosotros sois o debéis ser sus miembros; y que, en consecuencia, toda asociación parcial entre vosotros es o bien adversa al Estado, o bien superflua.

Pero el Estado y la Nación no representan sino la asociación de los ciudadanos en esas cosas y en esas inclinaciones que son comunes a *todos* los hombres que forman parte de ella. Existen inclinaciones y *fines* que no incluyen a *todos* los ciudadanos, sino sólo a un cierto número de ellos. Y del mismo modo que las inclinaciones y el fin común a *todos* generan la Nación, las inclinaciones y el fin común a *muchos* ciudadanos deben generar la asociación *especial*.

Además, y ésta es la base fundamental para el derecho de asociación, la asociación es la fianza del Progreso. El Estado representa una cierta suma, un cierto conjunto de *principios* en los que la generalidad de los ciudadanos coincide en el período en que el Estado es fundado. Imaginad que un principio nuevo y verdadero, un nuevo y razonable desarrollo de las verdades que dan vida al Estado se presenta a algunos ciudadanos. ¿Cómo podrán difundir su conocimiento sin asociarse? Imaginad que, como consecuencia de descubrimientos científicos, de nuevas comunicaciones abiertas entre pueblos o por otra causa determinante, se manifiesta un nuevo *interés* para un cierto número de hombres pertenecientes a ese Estado. ¿Cómo podrán conquistarle los primeros que lo captaron un lugar entre los *intereses* ya existentes desde hace mucho tiempo si no es hermanando sus propios medios y sus propias fuerzas? La inercia y el estancamiento en la condición de las cosas

existentes sancionados de común acuerdo son demasiado connaturales a la forma de ser, para que un solo individuo pueda sacudirlos y vencerlos con su palabra. En cambio, la asociación de una minoría que va creciendo de día en día sí puede. La asociación es el método del porvenir. Sin ella, el Estado permanecería inmóvil, encadenado al grado de civilización ya alcanzado.

La asociación debe ser *progresiva* en el fin al que tiende, no *contraria* a las verdades conquistadas para siempre por el acuerdo general de la Humanidad y de la Nación. Una asociación que se implantara para facilitar el robo de la propiedad ajena, una asociación que obligara a sus miembros a la poligamia, una asociación que declarase que se debe disolver la Nación o predicase el establecimiento del Despotismo sería ilegal. La Nación tiene derecho a decir a sus miembros: *no podemos tolerar que se difundan en medio de nosotros doctrinas violadoras de lo que constituye la naturaleza humana, la Moral y la Patria. Salid y estableced entre vosotros la asociación que vuestras inclinaciones os sugieran más allá de nuestros confines.*

La asociación debe ser *pacífica*. No puede tener otras armas más que el apostolado de la palabra. Debe proponerse *persuadir*, no *obligar*.

La asociación debe ser *pública*. Las asociaciones secretas, armas de guerra legítimas donde no hay Patria ni Libertad, son ilegales y pueden ser disueltas por la Nación, cuando la Libertad es un derecho reconocido y cuando la Patria protege el desarrollo y la inviolabilidad del pensamiento. Si la asociación debe enseñar la vía al Progreso, debe ser sometida al examen y al juicio de todos.

Y, por último, la Asociación debe respetar en los demás los *derechos* que brotan de las condiciones esenciales

de la naturaleza humana. Una asociación que violara, como las corporaciones del medievo, la libertad del trabajo o tendiese directamente a restringir la libertad de conciencia, podría ser rechazada gubernativamente por la Nación.

Fuera de estos límites, la libertad de asociación entre los ciudadanos es sagrada, inviolable, como el progreso que tiene vida en ella. Todo Gobierno que se permitiera restringirla traicionaría su misión social; el pueblo *debería*, primero, amonestarle, y luego, agotadas todas las vías pacíficas, derrocarlo.

Y son éstas, hermanos míos, las bases principales sobre las que se apoyan vuestros Deberes y las fuentes de las que proceden vuestros Derechos. Infinitas son las cuestiones especiales que pueden surgir en vuestra vida civil; pero no corresponde a este trabajo el preverlas y ayudaros a resolverlas. La única intención de mi trabajo era exponeros, como antorchas en el camino, los *principios* que deben predominar sobre todas esas cuestiones y en cuya rigurosa aplicación hallaréis siempre el modo de resolverlas. Y creo que lo he hecho.

Os he señalado a Dios como fuente del Deber y prenda de igualdad entre los hombres; la ley moral como fuente de toda *ley* civil, y base de todo juicio vuestro sobre la conducta de quien hace las leyes; el pueblo, vosotros, nosotros, la generalidad de los ciudadanos que forman la Nación, como el único intérprete legítimo de la ley y fuente de todo poder político.

Os he dicho que el carácter fundamental de la ley es *Progreso*: progreso indefinido, continuo de una época a otra; progreso en toda rama de la actividad humana, en toda manifestación del pensamiento, de la religión, hasta la industria o la distribución de la riqueza.

Os he indicado cuáles son vuestros *deberes* hacia la Humanidad, hacia la Patria, hacia la Familia y hacia Vosotros mismos. Y he deducido esos deberes de las condiciones que constituyen la naturaleza *humana* y que es obligación vuestra desarrollar. Esas condiciones —inviolables en todo *hombre*— son: *libertad, educabilidad, sociabilidad, capacidad y necesidad de progreso*. Y de esos caracteres, sin los cuales no existe *hombre* ni *ciudadano*, he inferido vuestros deberes, vuestros derechos y las condiciones generales del Gobierno que debéis buscar para la Patria.

No olvidéis nunca *esos principios*. Vigilad para que no sean violados nunca. Encarnadlos en vosotros. Entonces seréis libres y mejoraréis.

El trabajo que he emprendido para vosotros ya se habría cumplido si no brotara de las vísceras de la sociedad —tal como hoy está ordenada— una tremenda objeción contra la *posibilidad* de cumplir esos *deberes* y de ejercer esos *derechos*: la desigualdad de los *medios*.

Para cumplir *deberes* y ejercer *derechos* son necesarios *tiempo, desarrollo intelectual y seguridad en la vida física*.

Ahora bien, muchos de vosotros no tenéis hoy estos elementos de progreso. Vuestra vida es una continua e incierta batalla para conquistar los medios para sustentar vuestra existencia material. Para vosotros no se trata de *progresar*, se trata de *vivir*.

Así pues, existe un vicio radical profundo en la sociedad así como hoy está ordenada. Y mi trabajo sería inútil si no definiera ese vicio y no os indicara el camino para corregirlo.

La *cuestión económica* será, por tanto, tema de la última parte de mi trabajo.

XI

CUESTIÓN ECONÓMICA

1

Muchos, demasiados entre vosotros, son pobres. Al menos para las tres cuartas partes de los hombres que pertenecen a la clase *obrero*, agrícola o industrial, la vida es una lucha diaria para conquistarse los medios *indispensables* para la existencia. Trabajan con sus brazos durante una jornada de diez, doce, tal vez catorce horas, y de este asiduo, monótono, penoso trabajo apenas sacan lo *necesario* para la *vida física*. Enseñarles el deber de progresar, hablarles de la vida intelectual y moral, de derechos políticos, de educación en el orden social actual, es una verdadera ironía. No tienen *tiempo* ni *medios* para progresar. Extenuados, exhaustos, casi entontecidos por una vida consumada en el marco de unas pocas operaciones mecánicas, aprenden un mudo, impotente y a menudo injusto rencor contra la clase.

[326]

de hombres que les dan empleo; buscan el olvido de los dolores presentes y de las incertidumbres futuras en los estímulos de las bebidas fuertes, y se acuestan —en lugares a los cuales es más apropiado el nombre de madriguera que el de dormitorio— para despertarse al mismo ejercicio de sus fuerzas físicas.

Ésta es una condición tristísima y es preciso cambiarla.

Sois *hombres* y, como tales, tenéis facultades, no sólo físicas, sino intelectuales y morales que es vuestro deber el desarrollarlas. Debéis ser *ciudadanos* y, como tales, debéis ejercer, para el bien de todos, unos derechos que requieren un cierto grado de educación y una cierta cantidad de tiempo.

Está claro que debéis trabajar *menos* y ganar *más* de lo que hoy hacéis.

Hijos todos de Dios, y hermanos en Él y entre nosotros, estamos llamados a formar una sola gran familia. En esta familia pueden existir desigualdades generadas por las distintas aptitudes, por las diversas capacidades, por los distintos deseos de trabajo. Pero un principio debe presidirla: *cualquiera que esté dispuesto a dar, para el bien de todos, lo que pueda en su trabajo, debe obtener una compensación tal que lo haga capaz de desarrollar, más o menos, su propia vida bajo todos los aspectos que la definen.*

Todos debemos estudiar el modo de acercarnos de siglo en siglo cada vez más a este *ideal*. Cada cambio, cada revolución que no se acerque a éste al menos en un paso, que no haga corresponder al progreso *político* un progreso *social*, que no promueva al menos en un grado la mejora material de las clases más pobres, viola el proyecto de Dios, se reduce a una guerra de facciones

contra facciones en busca de una dominación ilegítima, y es una mentira y un mal.

Pero *¿hasta qué punto* podemos alcanzar hoy este fin? *¿Y cómo*, por qué vías podemos alcanzarlo?

Algunos entre vuestros amigos más tímidos han buscado el remedio en la *moralidad* del obrero. Fundando cajas de ahorro, u otras instituciones semejantes, han dicho a los obreros: *traed aquí vuestro dinero; economizad; absteneos de todo exceso en la bebida o en otras cosas; emancipaos de la miseria con las privaciones*. Y son óptimos consejos porque apuntan a la moralización del obrero, sin la que todas las reformas resultan inútiles. Pero no resuelven la cuestión de la miseria de la que os hablo, ni tienen en cuenta en absoluto el deber *social*. Poquísimos de vosotros *pueden* economizar ese dinero. Y esos poquísimos pueden, acumulando lentamente, proveer en parte a los años de su vejez, mientras la cuestión económica debe apuntar a proveer para los años viriles el desarrollo, toda la expansión posible de la vida cuando está activa, potente y puede contribuir eficazmente al progreso de la Patria y de la Humanidad. Para lo que se refiere a los bienes materiales, la cuestión está en cómo *acrecentar* la riqueza y la producción; y aquellos consejos ni siquiera apuntan a esto. Además, la Sociedad que vive del trabajo y pide, cada vez que es amenazada, un tributo de sangre a los hijos del pueblo, tiene una deuda sagrada contraída con ellos.

Otros, no enemigos, pero poco preocupados por el pueblo y por el grito de dolor que brota de las vísceras de los trabajadores, temerosos de toda innovación profunda, y ligados a una escuela llamada de los *economistas*, que combatió con mérito y en beneficio de todos las luchas por la libertad de la industria, pero sin

fijarse en la necesidad *as progreso* y de *asociación* inseparables —también ellas— de la naturaleza humana, sostuvieron y sostienen, como los *filántropos* de los que os acabo de hablar, que cada uno con su propia actividad —incluso en las condiciones actuales— puede edificar su propia independencia; que todo cambio en la constitución del trabajo resultaría superfluo o dañino; y que la fórmula *cada uno para sí, libertad para todos* es suficiente para poco a poco ir creando un equilibrio aproximado de bienestar y comodidades entre las clases que constituyen la Sociedad. Libertad de comercio interior, libertad de comercio entre las naciones, disminución progresiva de los dacios o impuestos de consumo especialmente sobre las materias primas, incentivos ofrecidos generalmente a las grandes empresas industriales, a la multiplicación de las vías de comunicación y a las máquinas que hacen más activa la producción. Esto es, según los *economistas*, cuanto puede hacerse desde la Sociedad. Y, para ellos, toda intervención de la Sociedad más allá de estos límites es fuente de mal.

Si esto fuera verdad, la plaga de la miseria sería insanable. Y Dios no quiera, hermanos míos, que, convencido, pueda yo jamás lanzar como respuesta a vuestros sufrimientos y a vuestras aspiraciones esta respuesta desesperada, atea e inmoral. Dios ha establecido para vosotros un futuro mejor, que no es el que se halla en los remedios de los *economistas*. Esos remedios, de hecho, no apuntan más que a aumentar la *producción* de la riqueza en lo posible y por un cierto tiempo, no a hacer más equitativa su *distribución*. Mientras los *filántropos* contemplan únicamente al *hombre* y se afanan en hacerlo más moral, sin encargarse de acrecentar la riqueza común, a fin de darle la

oportunidad de mejorarse; los *economistas* no apuntan más que a fecundar las fuentes de la *producción* sin ocuparse del *hombre*. Bajo el régimen exclusivo de libertad que predicán y que ha regulado más o menos el mundo económico en los tiempos más cercanos a nosotros, las pruebas más innegables nos muestran un aumento en la actividad productiva y en capitales, no en la prosperidad extendida a todos; la miseria de las clases populares es la misma que antes. La libertad de competencia para quien nada posee, para quien —no pudiendo ahorrar sobre su jornal— no tiene con qué iniciar la competencia, es mentira, como es mentira la libertad política para quien, faltándole educación, instrucción, medios y tiempo, no puede ejercer sus derechos. El aumento de las facilidades en los intercambios comerciales, los progresos en los medios de comunicación, podrían emancipar poco a poco al trabajo de la tiranía del *comercio*, de la clase intermedia entre la *producción* y los *consumidores*; pero no contribuyen a emanciparlo de la tiranía del *capital*, no dan los medios de trabajo a quien no los tiene. Y por falta de una distribución equitativa de la riqueza, de un más justo reparto de los productos, de un aumento progresivo en la cifra de consumidores, el mismo capital se desvía de su verdadero fin económico, se inmoviliza en parte en las manos de unos pocos, en lugar de expandirse todo él por medio de la circulación; y se dirige a la producción de objetos superfluos, de lujo, de necesidades ficticias, en lugar de concentrarse en la producción de los objetos de primera necesidad para la vida, o se aventura en peligrosas y a menudo inmorales especulaciones.

Hoy, el *capital* —y ésta es la plaga económica de la Sociedad actual— es el déspota del trabajo. Tres clases

forman hoy la Sociedad desde el punto de vista económico: *capitalistas*, es decir, quienes detentan los medios o instrumentos del trabajo, tierras, granjas, dinero al contado y materias primas; *empresarios*, dirigentes, comerciantes, que representan o deberían representar la inteligencia; y *obreros*, que representan el trabajo manual. De las tres clases, sólo la primera es dueña de las oportunidades de acción, dueña de promover, retrasar, acelerar, dirigir el trabajo hacia ciertos fines. Y la parte que les corresponde en los beneficios del trabajo, en el valor de la producción — en comparación—, está ya determinada: el arrendamiento de los instrumentos de trabajo no varía sino en torno a unos límites conocidos y restringidos; y el tiempo, hasta un cierto punto al menos, es suyo, no está en manos de la absoluta necesidad. La parte que corresponde a los segundos es incierta, dependiendo de su inteligencia, de su actividad, pero especialmente de las circunstancias, del desarrollo mayor o menor de la competencia, y de la llegada o retirada de los capitales, como consecuencia de acontecimientos que no se pueden prever. La parte que corresponde a los últimos, a los *obreros*, es el *salario*, determinado *con anterioridad* a que se desarrolle su trabajo y sin relación con las ganancias mayores o menores que se obtengan de esa tarea; y los límites en torno a los que se mueve están determinados por la relación que existe entre el trabajo *ofrecido* y el trabajo *demandado*, en otros términos, entre la cantidad de *población* obrera y el volumen de *capital*.

Ahora bien, dado que la población tiende a aumentar, y a un aumento que supera generalmente — aunque sea por poco— el aumento del capital, el salario tiende a disminuir en el caso de que no se interpongan otras

causas. Y el tiempo no está en manos del obrero; las crisis financieras y políticas, la repentina aplicación de nuevas máquinas a distintos ramos de la actividad industrial, las irregularidades en la producción, y su frecuente y excesivo acumularse en una única dirección, inseparable de una poco ilustrada competencia, el reparto desigual del pueblo de trabajadores en ciertos puntos geográficos o en ciertos ramos de la actividad, y otras muchísimas causas que interrumpen el trabajo, no dejan al obrero la libre elección de sus condiciones. Para él, de un lado está la absoluta miseria y del otro la aceptación de cualquier contrato que le sea propuesto.

Tales condiciones, repito, contienen el germen de una plaga que es preciso curar. Los remedios propuestos por los *economistas* resultan ineficaces.

Y, a pesar de ello, existe un cierto progreso en las condiciones de la clase a la que pertenecéis; progreso histórico, continuo, que ha superado ya otras dificultades. Fuisteis *esclavos*, fuisteis *siervos*, hoy sois *asalariados*. Os emancipasteis de la esclavitud y de la servidumbre; ¿por qué no os emanciparíais del yugo del *salario* para convertirlos en productores libres, señores de la totalidad del valor de la producción que sale de vuestras manos? ¿Por qué entre vuestra obra y la obra de la Sociedad —que tiene deberes sagrados hacia sus miembros— no podría tener lugar de forma pacífica la más grande, la más hermosa revolución que idearse pueda, la que, constituyendo el *trabajo* como base económica de la sociedad humana, constituyendo los frutos del trabajo como base para la propiedad, reuniese a todos los hijos de la misma madre, la PATRIA, bajo una única ley de equilibrio entre la *producción* y el consu-

mo, sin distinción de clases, sin predominio tiránico de uno de los elementos del trabajo sobre otro?

2

El sentido del deber social hacia los trabajadores, al que he apuntado hasta ahora, iba creciendo en los ánimos —gracias sobre todo a la predicación republicana— e iba asegurando el futuro popular de las revoluciones, cuando en los últimos treinta años surgieron, especialmente en Francia, algunas escuelas de hombres por lo general buenos y amigos del pueblo, pero arrastrados por excesivo amor a su sistema y por vanidad individual. Éstos, bajo el nombre de *socialismo*, propusieron doctrinas excluyentes, exageradas, a menudo adversas a la riqueza ya conquistada por otras clases y económicamente irrealizables, asustando a multitud de pequeños burgueses y suscitando desconfianza entre un orden y otro de ciudadanos. De este modo, hicieron retroceder la cuestión y dividieron en dos el campo republicano. En Francia, el primer efecto de esa desconfianza y de ese terror fue el triunfo más fácil del golpe de Estado²⁷.

No puedo examinar ahora con vosotros uno por uno los distintos sistemas que se denominaron *Sansimonismo*, *Furierismo*, *Comunismo*, o con otro nombre. Fundados casi todos sobre *ideas* buenas en sí y aceptadas por cuantos pertenecen a la Fe del Progreso, esas ideas fueron pervertidas o borradas por los *medios* falsos o tiránicos que proponían para su aplicación. Y es nece-

²⁷ De diciembre de 1851 por Napoleón III, que acabó con la II República francesa.

sario que os apunte brevemente en qué pecaban, porque las promesas ofrecidas al pueblo por aquellos sistemas son tan espléndidas que os podrían seducir fácilmente y correríais el riesgo, abrazándolas, de atrasar un porvenir de emancipación infalible y no lejano. Es verdad —y esto debería bastar para despertar una gran duda en vuestras almas— que, cuando las circunstancias llamaron al poder a algunos de esos hombres, ni siquiera intentaron la aplicación práctica de sus doctrinas; gigantes de audacia en las páginas que escribieron, retrocedieron ante la realidad de las cosas.

Si, examinando un día atentamente esos sistemas, recordáis las ideas fundamentales que os he ido indicando hasta ahora y los caracteres connaturales a la naturaleza humana, hallaréis que todos esos sistemas violan la Ley del Progreso, el modo como éste se cumple en la Humanidad, y una facultad u otra de las que constituyen al Hombre.

El Progreso se cumple por una ley que ningún poder humano puede destruir, paso a paso, con el *desarrollo*, con la *modificación* perpetua de los elementos que manifiestan la actividad de la propia vida. A menudo los hombres, en ciertas épocas, en ciertos países y bajo la influencia de ciertos prejuicios y de ciertos errores, han dado nombre de elementos constitutivos, de condiciones de la vida social, a cosas que no se fundamentan en la naturaleza, sino sólo en hábitos convencionales de una sociedad desviada, y que después de aquella época o más allá de los confines de aquellos países, desaparecen. Mas vosotros podéis descubrir cuáles son verdaderamente los elementos consustanciales a la naturaleza humana, interrogando —como os dije en otra parte— los instintos de vuestras almas y comprobando en la

tradición de todos los tiempos y de todos los países, si esos instintos vuestros han sido siempre los instintos de la Humanidad. Y estos instintos, que una voz congénita en vosotros (es la gran voz de la Humanidad) os señala como elementos constitutivos de la vida, deben ser siempre modificados y desarrollados de una época a otra, mas no pueden ser nunca abolidos.

Entre estos elementos constitutivos de la vida humana, además de la Religión, la Libertad, la Asociación y otros esbozados en el curso de este libro, está también la Propiedad. El *principio*, el origen de la Propiedad, está en la naturaleza humana y representa las necesidades de la vida *material* del *individuo*, que tiene el deber de mantener. Como por medio de la religión, de la ciencia y de la libertad, el *individuo* es llamado a transformar, mejorar y dominar el mundo *moral* e *intelectual*, así también es llamado a transformar, mejorar y dominar el mundo *físico* por medio del *trabajo* material. Y la propiedad es el *signo*, la representación del logro de dicha misión, de la cantidad de *trabajo* con que el *individuo* ha transformado, desarrollado y aumentado las fuerzas productivas de la naturaleza.

Así pues, la propiedad es eterna en su *principio*, y encontráis que existe y es protegida a lo largo de toda la existencia de la Humanidad. Pero los *modos* como la propiedad se gobierna son mutables, destinados a sufrir la Ley del Progreso, como todas las demás manifestaciones de la vida humana. Los que, hallando la propiedad constituida de una cierta manera, declaran esa forma inviolable y combaten a todos los que intentan transformarla, niegan el Progreso. Basta con abrir dos libros de historia pertenecientes a dos épocas distintas, para hallar una transformación en la constitución de la

Propiedad. Y los que, hallándola mal constituida en una cierta época, declaran que es necesario abolirla, eliminarla de la sociedad, niegan un elemento de la naturaleza humana, y si pudieran conseguirlo en algún momento retrasarían el Progreso, mutilando la Vida. Poco tiempo después, la propiedad reaparecería inevitablemente, y probablemente bajo la forma que tenía en los tiempos de su abolición.

La propiedad está hoy mal constituida, porque el origen del reparto actual se halla generalmente en la conquista, en la violencia con la cual, en tiempos lejanos a nosotros, ciertos pueblos y clases entrometidos se posesionaron de las tierras y los frutos de un trabajo no realizado. La propiedad está mal constituida, porque las bases del reparto de los frutos de un trabajo realizado por el propietario y por el obrero, no se fundan en una justa igualdad en proporción al mismo trabajo. La propiedad está mal constituida, porque, confiriendo a quien la tiene unos derechos políticos y legislativos que faltan al obrero, tiende a ser monopolio de unos pocos e inaccesible a la mayoría. La propiedad está mal constituida, porque el sistema impositivo está mal constituido, y tiende a mantener un privilegio de riqueza en el propietario, gravando sobre las clases pobres y quitándoles toda posibilidad de ahorro. Pero si, en lugar de corregir vicios y modificar lentamente la constitución de la propiedad, quisierais abolirla, suprimiríais una fuente de riqueza, de competencia, de actividad, y os pareceríais al salvaje que para coger el fruto tala el árbol.

No hay que abolir la propiedad porque hoy sea *fe pocos*; hay que abrir la vía a fin de que *muchos* puedan adquirirla.

Es necesario que la propiedad respete el *principio* que la hace legítima, haciendo que sólo el *trabajo* pueda crearla.

Es necesario dirigir la Sociedad hacia bases de remuneración más equitativas entre el propietario o capitalista y el obrero.

Es necesario cambiar el sistema de los impuestos, de manera que no afecten a la suma necesaria para vivir, y dejen al hombre del pueblo la posibilidad de ahorrar de modo que poco a poco llegue a obtener la propiedad.

Y, para que esto se haga realidad, es necesario suprimir los privilegios políticos concedidos a la propiedad, y hacer que *todos* contribuyan a la obra legislativa.

Pues bien, todas estas cosas son posibles y justas. Educándoos, organizándoos para pedir las con insistencia y luego para quererlas, así podréis conseguir las. Mientras que buscando la abolición de la propiedad buscaríais una imposibilidad, cometeríais una injusticia hacia quien la ha conquistado con su propio trabajo, y disminuiríais la producción en lugar de aumentarla.

3

La abolición de la propiedad *individual*, con todo, es el remedio propuesto por muchos sistemas *socialistas* de los que os hablo, y especialmente por el *comunismo*. Otros van más allá, y hallando la idea de religión, la idea de gobierno y la idea de patria falseadas por los errores religiosos, por los hombres privilegiados y por el egoísmo de las dinastías, piden la abolición de toda religión, de todo gobierno y de toda nacionalidad. Esta es una forma de proceder de niños o de bárbaros. ¿Por qué, en nombre de las enfermedades generadas por un aire malsano, no intentan la supresión de todo aire respirable?

La idea de quien quisiera, en nombre de la *libertad*, fundar la *anarquía* y eliminar la *sociedad* para no dejar más que al *individuo* con sus derechos, no es necesario que os la refute. Todo mi trabajo combate este sueño culpable que reniega del progreso, de los deberes, de la hermandad humana, de la solidaridad de las naciones, de todas las cosas que vosotros y yo veneramos. Pero el proyecto de los que, limitándose a la cuestión económica, piden la abolición de la propiedad individual y la instauración del comunismo, toca el extremo opuesto, niega al *individuo*, niega la *libertad*, cierra la vía hacia el progreso y petrifica, por así decir, la sociedad.

La fórmula general del comunismo es la siguiente: que la propiedad de todo lo que producen tierras, capitales, patrimonios e instrumentos de trabajo se concentre en manos del Estado. El Estado, que asigne una parte del trabajo a cada uno. Luego, que el Estado asigne a cada uno una retribución, según algunos, absolutamente igual, según otros, en función de sus necesidades.

Si esto fuera posible algún día, sería vida de castores, no de hombres.

La libertad, la dignidad y la conciencia del individuo desaparecen en una organización de máquinas productoras. La vida física puede ser satisfecha; pero la vida moral y la vida intelectual son anuladas, y con ellas la competencia, la libre elección del trabajo, la libre asociación, los incentivos para producir, las alegrías de la propiedad, ocasiones todas que inducen a progresar. En ese sistema, la familia humana es una manada de ganado a la que basta ser conducida a un pasto que resulte suficiente. ¿Quién entre vosotros querría resignarse a un programa así?

«La igualdad está conquistada», dicen. ¿Qué igualdad?

¿La igualdad en la distribución del trabajo? Es imposible. Los trabajos son de naturaleza distinta, no son calculables en función de la duración o el montante de trabajo realizado en una hora, sino en cuanto a su dificultad, en lo desagradable del trabajo, en el derroche de vitalidad que conlleva, en el beneficio ofrecido a la sociedad. ¿Cómo calcular la igualdad de una hora de trabajo transcurrida en una mina, o purificando el agua fétida de un pantano, con una hora pasada en un telar? La imposibilidad de un cálculo semejante es tal que ha sugerido a alguno entre los fundadores de sistemas sociales la idea de hacer que cada uno deba realizar a su vez un cierto montante de trabajo en cada ramo de actividad útil. Remedio absurdo que haría imposible la calidad de los productos, sin —en cambio— alcanzar a suprimir la desigualdad entre el débil y el fuerte, entre el capaz y el lento de inteligencia, entre el hombre de temperamento linfático y el de temperamento nervioso. Un trabajo fácil y agradable para uno, es difícil para otro.

¿La igualdad en el reparto de los productos? Es imposible. O la igualdad sería absoluta y constituiría una inmensa injusticia, al no distinguir entre las distintas necesidades —resultado del organismo—, ni entre las fuerzas y capacidades adquiridas por un sentido del deber, y las fuerzas y capacidades recibidas —sin mérito alguno— de la naturaleza. O la igualdad sería relativa y calculada en función de las distintas necesidades; y, no teniendo en cuenta la producción individual, violaría los derechos de propiedad que el operario debe tener por los frutos de su trabajo.

Además, ¿quién sería el árbitro para decidir acerca de las necesidades de cada individuo? ¿El Estado?

Obreros, hermanos míos, ¿estáis dispuestos a aceptar una jerarquía de jefes, dueños de la propiedad común, dueños del espíritu por medio de una educación excluyente, dueños de los cuerpos por medio de la determinación del trabajo, de la capacidad y de las necesidades? ¿No es ésta una renovación de la antigua esclavitud? ¿No serían arrastrados esos jefes por la teoría del *interés* que representarían, y seducidos por el inmenso poder que concentrarían en sus manos, a fundar la dictadura hereditaria de las antiguas castas?

No; el Comunismo no conquista la igualdad entre los trabajadores; no aumenta la producción —que es la gran necesidad de hoy— porque, asegurada la vida, la naturaleza humana está satisfecha —como puede verse en la mayoría—, y el incentivo a un aumento de la producción —con el fin de que se extienda a todos los miembros de la sociedad— se hace tan pequeño que no es suficiente para estimular sus facultades²⁸, no mejora los productos, no induce a progresar en los inventos y no será nunca ayudada por la incierta e ignorante dirección *colectiva* de la organización. Ante los males que acosan a los hijos del pueblo, el Comunismo no ofrece más que un remedio para protegerles del *hambre*. Ahora bien, ¿no puede hacerse esto, no puede asegurarse el derecho a la vida y al trabajo del obrero, sin subvertir todo el orden social, sin hacer estéril la producción, sin impedir el progreso,

²⁸ Ha sido calculado que si, entre cien mil trabajadores, un trabajador produjera en un año *cien* francos más que la producción *media*, éste recogería en su provecho una milésima parte por año y tres centésimas partes cada treinta años. ¿Quién puede llamar a esto un estímulo a la producción? (*N. del A.*)

sin eliminar la libertad del individuo, y encadenarlo en una organización soldadesca y tiránica?

4

El remedio a vuestras condiciones no puede hallarse en organizaciones generales, arbitrarias, concebidas artificialmente desde la nada por una inteligencia u otra, contradiciendo los fundamentos universales adoptados en la vida civilizada e implantados de repente por medio de decretos. Nosotros no estamos aquí abajo para *crear* la Humanidad, sino para *continuarla*; podemos y debemos modificarla, organizar mejor sus elementos constitutivos, pero no podemos suprimirlos. La Humanidad es y será siempre rebelde a semejantes proyectos. El tiempo que gastarais en esas ilusiones sería, por tanto, tiempo perdido.

Tampoco puede hallarse el remedio en aumentos de salarios *impuestos* por la autoridad gubernativa, sin otras transformaciones que aumenten el capital. El aumento de los gastos en salarios, es decir, el aumento de los costes de producción, arrastraría el encarecimiento de los productos, la disminución del consumo y del trabajo para los obreros.

Ni siquiera puede hallarse en nada que elimine la *libertad*, consagración y estímulo al trabajo; ni en cosa alguna que disminuya los capitales a invertir, instrumentos del trabajo y de la producción.

El remedio a vuestras condiciones es la *unión del capital y del trabajo en unas mismas manos*.

Cuando la sociedad no conozca otra distinción más que *entre productores y consumidores* o, mejor, cuando

todo hombre sea *productor y consumidor*, cuando los frutos del trabajo, en lugar de repartirse entre la serie de intermediarios que —empezando por el capitalista hasta llegar al comerciante al por menor— a menudo aumenta el precio del producto en un cincuenta por ciento, queden enteramente en manos del trabajo; entonces, las causas *permanentes* de miseria desaparecerán. Vuestro futuro está en vuestra emancipación de las exigencias de un capital árbitro hoy de una producción a la que permanece ajeno.

Vuestro futuro es *material y moral*. Mirad a vuestro alrededor. Donde halláis el *capital* y el *trabajo* reunidos en las mismas manos, donde los frutos del trabajo —aunque sólo sea eso— son repartidos entre los que trabajan en función de su incremento y de los beneficios para la obra colectiva, allí encontráis disminución de la miseria y al mismo tiempo aumento de la moralidad. En el Cantón de Zúrich, en la Engadina, en muchas otras partes de Suiza donde el campesino es propietario, y donde tierra, capital y trabajo están reunidos en un solo individuo; en Noruega, en Flandes, en la Frisia Oriental, en Holstein, en el Palatinado alemán, en Bélgica y en la Isla de Guernesey en las costas inglesas, es visible una prosperidad comparativamente superior a la de todas las demás partes de Europa donde al campesino le falta la propiedad de la tierra. Un tipo de agricultores notables por honestidad, dignidad, independencia y modos francamente leales puebla aquellas regiones. Entre los trabajadores de las minas de Cornualles en Inglaterra, como entre los navegantes americanos que comercian con China y se dedican a la pesca de las ballenas —entre quienes está en vigor la participación en las ganancias de la empresa—, los documentos oficiales reconocen que sus costumbres

son mejores que las de los trabajadores sometidos únicamente a la ley del *salario* predeterminado.

El futuro social es éste: el *trabajo asociado* y el *reparto de los frutos del trabajo* —o sea, de lo conseguido por la venta de los productos— entre los trabajadores en proporción al trabajo realizado y al valor de ese trabajo. Aquí está el secreto de vuestra emancipación. Fuisteis *esclavos* en el pasado; después, *siervos*, luego, *asalariados*; dentro de poco seréis, si queréis, *libres productores* y hermanos en la *asociación*.

Asociación libre, voluntaria, organizada sobre bases determinadas por vosotros mismos, entre hombres que se conocen, se aman y se estiman uno a otro. No forzada, no impuesta por la autoridad gubernativa, no organizada sin relación con los afectos y los vínculos individuales, entre hombres considerados no como seres libres y espontáneos, sino como cifras y máquinas productoras.

Asociación administrada con hermandad republicana por vuestros delegados y de la cual, si queréis, podréis retiraros. Asociación no sometida al despotismo del Estado y de una jerarquía constituida arbitrariamente y desconocedora de vuestras necesidades y de vuestras aptitudes.

Asociación de *núcleos* formados de acuerdo a vuestras inclinaciones, no como querrían los autores de los sistemas sociales que os he apuntado, sino formados por *todos* los hombres pertenecientes a un cierto ramo de actividad industrial o agrícola.

La concentración de *todos* los individuos —del Estado o incluso de una sola ciudad— que se dedican a un mismo arte en una *sola* sociedad productora traería de nuevo el antiguo y tiránico monopolio de las Corporaciones gremiales, haría a los productores árbitros de los

precios en perjuicio de los consumidores; daría una forma legal a la opresión de las minorías; alejaría al obrero descontento de toda posibilidad de trabajo; y suprimiría toda necesidad de progreso al anular toda competitividad en el trabajo y todo estímulo a la invención.

La Asociación, probada tímidamente y en circunstancias desfavorables en Francia en los últimos veinte años, después en Inglaterra y en Bélgica, y coronada de éxito dondequiera que fue probada con voluntad firme y espíritu de sacrificio, contiene el secreto de toda una transformación social que, en virtud de vuestras tradiciones y de la iniciativa de progreso social que estuvo siempre en vosotros, debería conseguirse en Italia. Y esta transformación, emancipándoos de la esclavitud del *salario*, avivaría la producción en favor de todas las clases y mejoraría el estado económico del país. Hoy el capitalista tiende por lo general a ganar el máximo posible para retirarse de la arena del trabajo. En el marco de la organización de la *asociación*, no tenderíais más que a aseguraros la *continuidad* del trabajo, es decir, de la producción. Hoy, el jefe que dirige los trabajos —convertido en tal no por una aptitud especial, sino por el hecho de hallarse provisto de capitales— a menudo es imprudente, precipitado e incapaz; una asociación, dirigida por delegados, vigilada por todos sus miembros, no correría tales riesgos. Hoy, el trabajo está dirigido a menudo a la producción de objetos *superfinos*, no *necesarios*. A raíz de la desigualdad caprichosa e injusta de las retribuciones, los trabajadores abundan en un ramo de actividad y faltan en otro; el obrero, limitado a una retribución *determinada*, no tiene motivo para dedicar a su obra todo el celo del que es capaz, toda la actividad con la que podría multiplicar o mejorar los productos.

Y la *asociación* pondría remedio evidente a ésta y a otras causas de perturbación o de inferioridad en la producción.

Las bases generales que tendréis que dar a vuestras asociaciones, si queréis hacer una obra de sacrificio y de futuro para el género humano, son: libertad para retirarse sin dañar a la *asociación*; igualdad de los socios en la elección de administradores temporales o, mejor, administradores que podrán ser revocados de sus cargos; admisión a la misma, después de su fundación, sin exigencia de entregar un capital y constitución de una cantidad a partir de los beneficios de los primeros tiempos en favor del fondo común; *indivisibilidad y perpetuidad del capital colectivo*; retribución para todos igual a las *necesidades* de la vida; reparto de los *beneficios* según la cantidad y la calidad del trabajo de cada uno.

Cada una de estas bases, especialmente la que se refiere a la perpetuidad del capital colectivo —vínculo entre vosotros y la generación futura, y prenda de emancipación—, merecería un capítulo. Sin embargo, un estudio especial sobre las *asociaciones obreras* no cabe en la estructura del presente libro. Quizás, si Dios me da todavía algunos años de vida, lo escriba aparte y por amor a vosotros. Mientras, tened la seguridad de que el hecho de apuntar esas normas es fruto por mi parte de un examen meditado y severo, y merece una atenta consideración por vuestra parte.

¿Y el capital? El capital primero con el que poder iniciar la *asociación*, ¿dónde se puede conseguir? Es una cuestión grave y no puedo tratarla aquí como quisiera. Más os apuntaré resumidamente vuestro deber y el de los demás.

La primera fuente de ese capital está en vosotros, en vuestros ahorros, en vuestro espíritu de sacrificio. Conozco la condición de la mayoría de vosotros; y, sin embargo, gracias a un trabajo no interrumpido o mejor retribuido, no falta a algunos la posibilidad de recoger —ahorrando— entre dieciocho o veinte de vosotros la pequeña suma que os bastaría para iniciar el trabajo por vuestra cuenta. Y debería sosteneros en este ahorro la conciencia de estar cumpliendo un deber solemne y de *merecer* la emancipación invocada.

Podría citaros asociaciones industriales, ahora poderosas por sus medios, que se iniciaron aquí en Inglaterra con el ingreso de una moneda cada día por parte de un cierto número de obreros. Podría repetir os muchas historias de sacrificios continuados heroicamente en Francia y en otras partes por núcleos de obreros, hoy en posesión de capitales considerables, semejantes a la historia que hallaréis en la conclusión de este pequeño volumen (en nota a pie de página) con algunos detalles. No existe casi ninguna dificultad que no sea superable con una firme voluntad, mantenida por la conciencia de estar haciendo el bien.

Vosotros mismos podéis contribuir con vuestros ahorros a dar una ayuda en dinero, o algo de material, o incluso algún instrumento de trabajo para el pequeño fondo primigenio. Y, gracias a una conducta que os gane la estima ajena, podéis recoger pequeños préstamos de parientes o compañeros, quienes se convertirían simplemente en accionistas de la asociación y no recibirían el montante de su préstamo más que con las ganancias de la empresa. Para muchas de vuestras industrias, en las cuales el precio de las materias primas es de escaso

monto, el capital necesario para iniciar el trabajo independiente es poco. Lo conseguiréis, *si queréis*.

Y será mejor para vosotros si la formación de ese pequeño capital es todo vuestro, fruto del sudor de vuestra frente o del crédito que hayáis conseguido actuando bien. Igual que las Naciones conservan mejor la libertad que conquistaron con su propia sangre, también vuestras asociaciones hallarán mayor y más prudente beneficio en el capital recogido velando y ahorrando, que en el capital facilitado por otra fuente. Es la ley de las cosas. Las Asociaciones Obreras que, en el París de 1848, tuvieron subvenciones gubernativas a la hora de su fundación prosperaron bastante menos que las que formaron el capital primitivo con el sacrificio.

Mas por el hecho de que yo, queriéndoo de verdad y no adulando servilmente las debilidades que existen o pueden nacer en vosotros, os aconseje el sacrificio, no disminuye el *deber* ajeno. Los hombres que las circunstancias han provisto de riquezas deberían entender que vuestra emancipación es parte de un plan de la Providencia y que se cumplirá inevitablemente, o con ellos o contra ellos. Muchos entre esos hombres, y especialmente los de fe republicana, entienden esto desde ahora. Y en ellos, si les dais pruebas de voluntad y de honesta inteligencia, hallaréis ayudas para esta empresa. Apenas se percaten de que la tendencia a la *asociación* es, no un capricho pasajero, sino la fe de la mayoría de vosotros, podrán facilitaros y os facilitarán las vías del crédito tanto con anticipos, como fundando Bancos que acrediten el trabajo futuro —la fuerza colectiva de los obreros—, como igualmente admitiéndoo a participar en los beneficios de sus empresas, estadio intermedio

entre el presente y el porvenir, del que recogeréis probablemente el pequeño capital que precisa la asociación independiente. Más que en otra parte, en Bélgica ya existen instituciones de este tipo, con el nombre de *Banco de anticipos* o de *Bancos del pueblo*. En Escocia, muchos bancos dan crédito a cualquier hombre de reconocida probidad que empeñe su honor y presente como fiador a otro individuo de honestidad igualmente ejemplar. Y la admisión de los obreros a participar en los beneficios es una norma adoptada por muchos Jefes con éxito sin igual²⁹.

XI

CONCLUSIÓN

El Estado, el Gobierno —institución legítima sólo cuando está fundada sobre una misión de *educación* y *de progreso* hoy todavía malentendida— tiene contraída una deuda solemne con vosotros que podrá saldar fácilmente si un día llega a ser Gobierno Nacional de verdad, Gobierno de Pueblo libre y Uno. Una amplia serie de ayudas podrá salir entonces del Gobierno para el Pueblo, resolviendo así el problema social sin expolios, sin violencias, sin dañar la riqueza *adquirida anteriormente* por los ciudadanos, sin suscitar ese antagonismo entre clase y clase que es injusto, inmoral y fatal para la Nación, y que hoy retrasa visiblemente el progreso en Francia. Y poderosas ayudas para ello serían las siguientes: La influencia moral ejercida en favor de las *asociaciones*, con su aprobación manifestada públicamente

²⁹ A modo de ejemplo, el establecimiento de pintura de edificios del Sr. Leclair en París, basado en ese principio, es notable por la prosperidad de que goza. (*N. del A.*)

por los representantes gubernativos, con la frecuente discusión sobre su principio fundamental en el Parlamento, con la legalización de todas las Asociaciones voluntarias constituidas sobre las bases señaladas más arriba.

Mejora de las vías de comunicación y abolición de todo lo que ahora traba el transporte de los productos.

Institución de almacenes o lugares de depósito públicos, en donde —una vez calculado el valor aproximado de las mercancías entregadas— se extendería a las Asociaciones un documento o un *bono* semejante a un billete bancario, admitido para la circulación y para el descuento de letras, de forma que permitiera a la *asociación* poder continuar en sus trabajos y no ser ahogada por las necesidades de una venta inmediata y a cualquier precio.

Concesión a las Asociaciones de las obras que el Estado necesita, en el marco de una igualdad de condiciones.

Simplificación de los trámites judiciales, hoy ruinosos y a menudo inaccesibles a los pobres.

Facilidades jurídicas para la movilización de los predios.

Cambio radical del sistema de impuestos públicos: substitución del actual complejo y costoso sistema de impuestos directos e indirectos por un solo impuesto sobre la renta. Y sanción del principio de *la sacralidad de la vida*. No siendo posible ni el trabajo, ni el progreso, ni el cumplimiento de los deberes sin la vida, entonces los impuestos no pueden empezar hasta que la renta no supere la cifra de dinero *necesaria* para la vida.

Pero hay más. La desamortización o apropiación de las posesiones eclesiásticas —cosa que ahora no es el

momento de discutir, pero que es inevitable toda vez que la Nación asuma una misión de educación y de progreso colectivo— pondrá en manos del Estado una suma de riqueza más notable de lo que algunos creen. Imaginad que a ésta se añada el valor de las tierras, roturables y fertilísimas todavía incultas; el valor de las ganancias de las vías férreas y de otras empresas públicas, cuya administración tendrá que concentrarse en el Estado; el valor de las propiedades territoriales pertenecientes a los Municipios³⁰; el valor de las sucesiones *colaterales* que, más allá del cuarto grado de parentesco, deberían recaer al Estado; y otros valores que es inútil enumerar. Imaginad que de todo este inmenso montante de riqueza se forme un FONDO NACIONAL, dedicado al progreso intelectual y económico de todo el país. ¿Por qué una parte considerable de ese fondo no se podría transformar —con las necesarias precauciones para evitar el despilfarro— en un fondo de *crédito* a distribuirse, con un interés del uno y medio o del dos por ciento, a las *asociaciones* voluntarias obreras, constituidas siguiendo las normas indicadas más arriba y que conllevarían con seguridad *moralidad y capacidad*! Ese capital debería ser sagrado para el trabajo del porvenir y no sólo de una generación. Y la vasta escala de tales operaciones aseguraría una compensación para las pérdidas, inevitables de vez en cuando.

La distribución de ese *crédito* debería hacerse no por el Gobierno ni por un banco Nacional Central, sino

³⁰ Esas propiedades pertenecen *legalmente* a los Ayuntamientos, *moralmente* a los necesitados del Municipio. No se trata de secuestrárselas a los Ayuntamientos, sino de dedicarlas a los pobres de cada Municipio, haciendo de ellas —bajo la alta dirección de los Consejos municipales electivos— el *capital* inalienable de las *Asociaciones agrícolas*. (N. del A.)

que, bajo la supervisión del Poder Nacional, debería hacerse *por Bancos locales administrados por Consejos Municipales electivos*.

Sin afectar a la riqueza actual de las diversas clases, sin atribuir a una sola lo recaudado por los impuestos que, exigidos a *todos* los ciudadanos debe devengar en beneficio de *todos*, el conjunto de las acciones aquí sugeridas, difundiendo el crédito por todo, incrementando y mejorando la producción, obligando a disminuir gradualmente el interés del dinero, confiando el progreso y la continuidad del trabajo al celo y a la utilidad de todos los productores, substituiría una cantidad de riqueza concentrada en pocas manos e incorrectamente dirigida, por la *nación rica*, administradora de su propia producción y de su propio consumo³¹.

³¹ En 1848, la necesidad de un considerable capital para el establecimiento de una manufactura de pianos llevó a los delegados de varios centenares de obreros —reunidos para la formación de una gran asociación— a pedir al Gobierno en su nombre una subvención de 300.000 francos. La comisión gubernativa lo rechazó.

La asociación se disolvió, pero catorce obreros decidieron superar todos los obstáculos y reconstruirla con sus propios medios. No tenían dinero ni crédito; tenían fe.

Algunos de ellos aportaron a la Sociedad materiales e instrumentos de trabajo por valor de unos 2.000 francos. Pero era indispensable un capital de circulación. Cada uno de los asociados, no sin esfuerzo, contribuyó con 10 francos. Algunos obreros que no tenían un interés directo en la Sociedad añadieron sus pequeños óbolos a aquel reducido capital inicial. Y el 10 de marzo de 1849, alcanzada la suma de 229 francos y 50 céntimos, se declaró constituida la asociación.

Aquel fondo social era insuficiente para la instalación y para los pequeños gastos, indispensables en el día a día de una empresa. No quedando nada para los salarios, pasaron más de dos meses sin que los obreros pudieran recibir un solo céntimo de retribución. ¿Cómo vivieron en ese tiempo de crisis? Pues como viven los obreros en

Obreros italianos, éste es vuestro futuro. Podéis adelantarlos. Conquistad la Patria. Conquistadle un Gobierno popular que represente su vida colectiva, su misión, su pensamiento. Organizaos entre vosotros en una Liga de Pueblo vasta y general, incluso vuestra voz sea voz de millones y no de pocos individuos. Tenéis la Verdad y la Justicia. La Nación os escuchará.

Pero observad y creed en la palabra de un hombre que desde hace treinta años estudia el funcionamiento de las cosas en Europa y ha visto fracasar, por la in-

los períodos sin trabajo, ayudados quizás por el obrero que tiene la suerte de trabajar, vendiendo, empeñando uno por uno los objetos de uso cotidiano.

Realizaron algunos trabajos. Y su precio fue pagado el 4 de mayo de 1849. Aquel día fue para la asociación lo que es una victoria al empezar una guerra; y así se celebró. Pagadas las deudas exigibles, quedaba para cada socio una suma de 6 francos con 61 céntimos. Se acordó que, tras quedarse 5 francos como salario, se consagraría el resto de cada uno a una comida fraterna. Los catorce socios, la mayoría de los cuales no habían probado vino desde hacía un año, se reunieron junto a sus familias en una comida común y el gasto fue de treinta y dos sueldos por familia.

Todavía durante todo un mes, el salario sólo fue de 5 francos por semana. En junio, un panadero, amante de la música o especulador, propuso la compra de un piano a pagarse con el pan. Se aceptó la propuesta y se acordó el precio en razón de 480 francos. Fue una suerte para la asociación, pues estuvo segura de contar al menos con lo indispensable. No se calculó en los salarios el valor del pan. Cada uno tuvo cuanto necesitaba y, para los casados, cuanto necesitaba su familia.

Mientras, la asociación, compuesta por obreros muy capaces, superaba poco a poco todos los obstáculos y las privaciones que había encontrado en su primer período. Sus libros de cuentas presentan los mejores testimonios de los progresos conquistados. Desde el mes de agosto de 1849, lo que cobraron semanalmente ascendió a

moralidad de los hombres, las empresas más santas y útiles. No tendréis éxito más que *mejorando*; no conquistaréis el ejercicio de vuestros derechos si no es *mereciéndolos*, con el sacrificio, con la actividad, con el amor. Buscando en nombre de un *deber* cumplido o a ser cumplido, lo obtendréis; buscando en nombre del egoísmo, en nombre de no sé qué derecho al *bienestar* que los hombres del materialismo os enseñan, no obtendréis más que triunfos de un momento seguidos de desilusiones tremendas. Los que os hablan en nombre del *bienestar* y de la felicidad material os traicionarán. También ellos buscan *su* bienestar; se hermanarán con vosotros, como con un elemento de fuerza, mientras

10, 15, 20 francos para cada uno; y esa suma no representaba toda la ganancia; cada socio vertía en el fondo común una suma superior a la que se quedaba.

El inventario social a 30 de diciembre de 1850 daba los siguientes resultados:

Los asociados eran 32 en aquella época. El establecimiento pagaba 2.000 francos de alquiler y ya quedaba pequeño para el trabajo.

Los instrumentos de trabajo sumaban un valor de 5.922 francos con 60 céntimos.

Las mercancías y las materias primas representaban 22.972 francos con 28 céntimos.

La cartera de la Sociedad contenía billetes por valor de 3.540 francos.

La cuenta de los deudores, que pagaron casi todos, ascendía a 5.861 francos con 90 céntimos.

El activo era, por tanto, de 39.317 francos con 88 céntimos.

De este activo, la Sociedad no era deudora más que de 4.737 francos con 80 céntimos a algunos acreedores, y de 1.650 francos a 80 simpatizantes, obreros de ese oficio, que habían hecho un préstamo a la asociación en su primer período.

Activo real de 32.930 francos con 2 céntimos.

La asociación continuó desde entonces a florecer.

(Sacado de un escrito de A. Cochut.) (*N. del A.*)

tengan obstáculos que superar para conquistarlo. Cuando ya tengan su bienestar gracias a vosotros, os abandonarán para *disfrutar* tranquilamente de su conquista. Es la historia del último medio siglo. Y el calificativo para este medio siglo es *materialismo*.

Historia de dolor y de sangre. Yo he visto a los hombres que negaban a Dios, a la religión, a la virtud del deber y del sacrificio, y hablaban en nombre del derecho a *la felicidad*, al *disfrute*, luchar audazmente con las palabras «pueblo y libertad» en los labios, e inmiscuirse entre nosotros —hombres de la nueva fe— que imprudentes les acogimos en nuestras filas. Cuando se abrió para ellos —con una victoria o con una transacción cobarde— la posibilidad del *disfrute*, desertaron y se convirtieron en nuestros enemigos acérrimos al día siguiente. Pocos años de peligros, de persecuciones sufridas habían sido suficientes para cansarlos. ¿Por qué, sin conciencia de una Ley del deber, sin fe en una misión impuesta al hombre por un Poder superior a todos, habrían de persistir en el sacrificio hasta el final de su vida? Y vi, con un dolor más profundo, a los hijos del pueblo —educados en el materialismo por esos hombres, por esos filósofos— que traicionaban su misión, traicionaban el futuro, traicionaban a su Patria y a sí mismos, con la estúpida e inmoral esperanza de hallar el *bienestar* material en los caprichos y en los intereses de la tiranía. Vi a los obreros de Francia contemplar como espectadores indiferentes el 2 de diciembre³²,

³² El golpe de Estado de 2 de diciembre de 1851, que acabó con la II República francesa por manos de su presidente Luis Napoleón Bonaparte, quien se convirtió en emperador Napoleón III, inaugurando así el II Imperio francés.

porque para ellos todas las cuestiones se habían reducido a una cuestión de prosperidad *material*, y se engañaban creyendo que las *promesas* lanzadas con habilidad, por quien había eliminado la libertad de su patria, quizás se podrían convertir en realidad. Hoy lamentan haber perdido la libertad sin haber conquistado el *bienestar*. No, sin Dios, sin conciencia de ley, sin moralidad, sin fuerza para el sacrificio, perdidos tras hombres que no tienen ni fe, ni culto por la verdad, ni vida de apóstoles, ni cosa alguna salvo la vanidad de sus sistemas, yo digo con profundo convencimiento que no tendréis éxito. Tendréis revueltas, no la verdadera, la gran Revolución que vosotros y yo invocamos. Esa Revolución, si no es una ilusión de egoistas espoleados por la venganza, es una obra religiosa.

Mejoraos vosotros mismos y a los demás: éste es el primer objetivo y la suprema esperanza de toda reforma, de todo cambio social. No se cambia la suerte del *hombre* enluciendo y embelleciendo la casa donde vive. Allí donde no respire un alma de *hombre* sino un cuerpo de *esclavo*, todas las reformas son inútiles. La casa embellecida, decorada con lujo, es *sepulcro blanqueado* y nada más. Nunca lograréis inducir a la Sociedad a la que pertenecéis a que sustituya el sistema del *salario* por el de la *asociación*, si no es probándole que la *asociación* será entre vosotros un instrumento para mejorar la producción y para la prosperidad colectiva. Y no probaréis esto si no es mostrándoos capaces de fundar y mantener la *asociación* con honestidad, con amor recíproco, con capacidad de sacrificio y con afecto al trabajo. Para progresar os conviene mostraros *capaces* de progresar.

Tres cosas son sagradas: la Tradición, el Progreso y la Asociación. Veinte años atrás escribí lo que si-

gue: «Creo en la inmensa voz de Dios que los siglos me transmiten a través de la tradición universal de la Humanidad. Y ella me dice que la Familia, la Nación y la Humanidad son los tres ámbitos en los que el *individuo* humano debe trabajar para el *fin* común, para el perfeccionamiento moral de sí mismo y de los demás o, mejor, de sí mismo a través de los demás y para los demás. Esa voz me dice que la *propiedad* está destinada a poner de manifiesto la actividad *material* del individuo, la parte que le corresponde en la transformación del mundo físico, como el derecho de *voto* debe manifestar la parte que le corresponde en la administración del mundo político. Esa voz me dice que, precisamente del uso más o menos bueno de estos derechos en esos ámbitos de actividad, depende el mérito o demérito de los individuos ante Dios y los hombres. Esa voz me dice que todas estas cosas, elementos constitutivos de la naturaleza humana, se transformaron, se modificaron continuamente acercándose al ideal que intuimos en el alma, pero no pueden ser nunca destruidas; y que los sueños de *comunismo*, de abolición, de confusión del *individuo* en el *conjunto* social, siempre fueron accidentes pasajeros en la vida del género humano, visibles en toda gran crisis intelectual y moral, pero que son incapaces de hacerse realidad si no es a una mínima escala, como en el caso de los Conventos Cristianos.

»Creo en el eterno progreso de la vida, en la criatura de Dios, en el progreso del Pensamiento y de la Acción, no sólo en el hombre del pasado, sino en el hombre del porvenir. Creo que no es tan importante *determinar* la forma del progreso futuro, cuanto, con una educación verdaderamente religiosa, abrir a los hombres las vías de todo progreso y hacerlos capaces de llevarlo a tér-

mino. Y creo que no se hace mejor al hombre, más afable, más noble, más divino —lo cual es *nuestro fin* en la Tierra— colmándolo de goces físicos, proponiéndole como fin de la vida esa ironía que lleva por nombre *felicidad*.

»Creo en la Asociación como único medio que tenemos para alcanzar el Progreso, no sólo porque multiplica la acción de las fuerzas productoras, sino porque acerca las distintas manifestaciones del alma humana y hace que la vida del *individuo* esté en comunión con la vida *colectiva*. Y sé que la *asociación* no puede ser fecunda si no existe entre individuos *libres* y entre naciones *libres*, capaces de tener conciencia de su misión. Creo que el hombre tiene que comer y vivir, y no tener todas las horas de su existencia absorbidas por un trabajo material, para tener la oportunidad de desarrollar las facultades superiores que hay en él. Pero oigo con horror las voces que dicen a los hombres: *alimentarse es vuestro fin; disfrutar es vuestro derecho*, porque sé que ese lema no puede crear más que egoístas. Y ésta fue la condena de toda idea noble, de todo martirio y de toda prenda de futura grandeza en Francia y en otros sitios, y comienza a serlo desgraciadamente en Italia.

»Lo que quita hoy la vida a la Humanidad es la falta de una fe común, de un pensamiento adoptado por todos que reúna Tierra y Cielo, Universo y Dios. Carente de fe semejante, el hombre se ha postrado delante de la materia muerta, y ha permanecido como adorador del ídolo *Interés*. Y los primeros sacerdotes de aquel culto fatal fueron los reyes, los príncipes y los Gobiernos malvados de hoy. Estos inventaron la horrible fórmula del *cada uno para sí*. Sabían que con ella crearían el

egoísmo. Y sabían que entre el egoísta y el esclavo no hay más que un paso.»

Obreros italianos, hermanos míos, evitad ese paso. Vuestro futuro está en evitarlo.

A vosotros corresponde una solemne misión, probar que somos todos hijos de Dios y hermanos en Él. No lograréis esa misión si no es superándoos y cumpliendo el Deber.

Os he indicado, como mejor he podido, cuál es vuestro Deber. Y el principal, el esencial entre todos, es el que tenéis hacia la Patria. Construir la es vuestro deber; y también es una necesidad. Los incentivos y los medios de los que os he hablado, no pueden venir más que de la Patria Una y Libre. La mejora en vuestras condiciones sociales no puede venir más que de vuestra participación en la vida política de la Nación. Sin *voto*, no tendréis jamás verdaderos representantes de vuestras aspiraciones y de vuestras necesidades. Sin un Gobierno popular que desde Roma redacte y desarrolle el PACTO ITALIANO, fundado en el *consenso* y dirigido al *progreso* de *todos* los ciudadanos del Estado, no hay para vosotros esperanza de mejora. El día en que, siguiendo el ejemplo de los *socialistas* franceses, separéis la cuestión *social* de la *política* y digáis: *podemos emanciparnos, sea cual sea la forma de las Instituciones que rija la Patria*; entonces, vosotros mismos habréis firmado la perpetuidad de vuestra servidumbre.

Y, al despedirme de vosotros, os señalaré otro Deber, no menos solemne del que nos une para fundar la Patria Libre y Una.

Vuestra emancipación no puede fundarse más que sobre el triunfo de un Principio: la unidad de la Familia Humana. Hoy, la mitad de la familia humana, la mitad

de la que esperamos inspiración y consuelo, la mitad que tiene a su cuidado la primera educación de nuestros hijos, por singular contradicción, es declarada civil, política y socialmente desigual, excluida de esa Unidad de la Familia Humana. A vosotros que, en nombre de una verdad religiosa, buscáis vuestra emancipación, a vosotros corresponde protestar de todas las formas posibles y en todas las ocasiones contra esa negación de la Unidad.

Vosotros debéis llevar siempre a la par la *emancipación de la mujer* y la *emancipación del obrero*, y eso dará a vuestro trabajo la consagración de una verdad universal.